

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE PSICOLOGIA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA COGNITIVA, SOCIAL Y ORGANIZACIONAL

TESIS DOCTORAL

APEGO AL LUGAR:
AMBITOS, DIMENSIONES Y ESTILOS

Autora: M.Carmen Hidalgo Villodres
Director: Dr. Bernardo Hernández Ruiz

Agradecimientos

Casi desde los inicios de este trabajo deseé que llegara el momento de escribir estas líneas. Sin duda porque suponía la conclusión de un largo proyecto que en ocasiones parecía no tener fin. Pero también porque desde esos mismos inicios deseaba reflejar mi agradecimiento a todas las personas que de una u otra forma iban contribuyendo a alcanzar dicha meta. La realización de una tesis doctoral es un proceso lento y costoso. Todo el que ha pasado por ello lo sabe, pero se convierte en algo incomprensible para todos aquellos ajenos a la investigación. Sin embargo, una vez concluida, los buenos momentos tienden a permanecer sobre los otros, y de manera especial las personas que participaron en ellos. Sólo ahora me doy cuenta de cuántos eran aquéllos con quienes podía contar.

En primer lugar, debo agradecer al director de esta tesis, Bernardo Hernández Ruiz, la confianza depositada en mí desde el principio. Una confianza y un respeto hacia mi trabajo que si bien en algunos momentos llegaron a parecerme incluso excesivos, ahora le reconozco. Su paciencia ante mis crisis y la amistad mantenida han sido otros factores que han contribuido a finalizar este trabajo. Por último, su serenidad cuando a mí ya me faltaba ha permitido mejorar el resultado final.

Otras personas me escucharon y aconsejaron cuando todavía estaba perdida. Agradezco la atención y los consejos que me dedicaron en sus visitas a Tenerife Esther Wiesenfeld y José Antonio Corraliza. También Ernesto Suárez estuvo siempre dispuesto a intentar desenredar mis embrollos mentales, y tenderme su mano amiga.

El resultado de esta tesis ha mejorado también gracias a los profesores del área de Psicología Social de la Universidad de La Laguna, especialmente a los miembros de la comisión de doctores M^a Nieves Quiles, Luis Díaz Vilela y Félix Quintana, que leyeron atentamente la tesis e hicieron comentarios y sugerencias muy oportunos. A M^a Nieves Quiles quiero además agradecerle la amistad que me ha ofrecido durante todo este tiempo.

A Luis Díaz Vilela su colaboración y asesoramiento en los análisis estadísticos, así como a Ana M^a Martín su conocimiento y capacidad para resolver todas mis dudas sobre el Análisis Factorial y su trato cariñoso.

No puedo tampoco olvidar los cuatro años de beca compartidos con Yanes, compañero de

despacho y de doctorado. Poder compartir durante todo este tiempo las esperanzas, los problemas y las soluciones que íbamos encontrando en la dura lucha con la investigación ha sido para mí un gran estímulo.

La última etapa en Málaga me ha servido para redescubrir el cariño y el apoyo incondicional de la familia. Si siempre han estado cerca, su disponibilidad mientras yo estaba “encerrada” ha sido reconfortante. La ayuda de mis padres llegaba a veces de forma anticipada. La “flexibilidad” de Sonia y Miguel para diversas tareas me ha llevado a sentirme en deuda con ellos. Me gustaría que supieran lo que ha significado para mí.

Por último, tanto esta tesis como yo no habríamos salido victoriosas sin la ayuda, el apoyo, el amor, la paciencia, el tesón, el conocimiento y el entusiasmo por la investigación de Carlos Santamaría. Gracias a él me adentré en el ámbito académico, y gracias a él he podido continuar. Siento no poder corresponderle en la misma medida.

Para terminar, debo también agradecer a algunas instituciones: al Gobierno de Canarias por haberme otorgado la Beca de Postgraduados para la realización de Tesis doctorales, al Departamento de Psicología Cognitiva, Social y Organizacional de la Universidad de La Laguna y al Departamento de Psicología Social y de la Personalidad de la Universidad de Málaga por la buena acogida con que me han recibido, tanto a nivel personal como respecto a los recursos que me han brindado.

INDICE

1. Introducción.....	8
2. Concepto de apego al lugar.....	16
2.1. Conceptos relacionados con el apego al lugar.....	19
2.1.1. Sentimientos hacia la comunidad.....	20
2.1.1.1. Apego a la comunidad.....	20
2.1.1.2. Sentimiento de comunidad.....	26
2.1.2. El lugar como origen de la identidad.....	28
2.1.2.1. Identidad de lugar.....	29
2.1.2.2. Identidad urbana.....	35
2.1.2.3. Identidad social urbana.....	37
2.1.3. Otros conceptos.....	41
2.1.3.1. Satisfacción residencial.....	41
2.1.3.2. Apropiación del espacio.....	43
2.1.3.3. Territorialidad.....	47
2.1.3.4. Dependencia de lugar.....	49
2.2. Concepto de apego al lugar.....	51
2.3. Componentes del apego.....	59
2.4. Teorías sobre el apego.....	61
3. Estudios sobre apego al lugar.....	67
3.1. Aspectos metodológicos.....	69
3.2. Predictores de apego.....	75
3.3. Ambitos de análisis.....	82
3.4. Dimensión del lugar.....	85
3.5. Estilos de apego.....	88
3.6. Objetivos.....	91

4. Estudio 1: Ambitos de análisis del apego al lugar.....	93
4.1. Introducción.....	94
4.2. Método.....	98
4.2.1. Sujetos.....	98
4.2.2. Instrumento.....	102
4.2.3. Procedimiento.....	103
4.3. Resultados.....	104
4.4. Discusión.....	112
5. Estudio 2: Apego a las dimensiones física y social del lugar.....	115
5.1. Introducción.....	116
5.2. Método.....	121
5.2.1. Sujetos.....	121
5.2.2. Instrumento.....	126
5.2.3. Procedimiento.....	128
5.3. Resultados.....	128
5.4. Discusión.....	144
6. Estudio 3: Apego físico al lugar.....	150
6.1. Estudio 3A.....	151
6.1.1. Introducción.....	151
6.1.2. Método.....	153
6.1.2.1. Sujetos.....	153
6.1.2.2. Diseño.....	153
6.1.2.3. Procedimiento.....	153
6.1.3. Resultados.....	155

6.1.4. Discusión.....	156
6.2. Estudio 3B.....	158
6.2.1. Introducción.....	158
6.2.2. Método.....	158
6.2.2.1. Sujetos.....	158
6.2.2.2. Diseño.....	159
6.2.2.3. Procedimiento.....	159
6.2.3. Resultados.....	160
6.2.4. Discusión.....	162
7. Estudio 4: Estilos de Apego al lugar.....	165
7.1. Introducción.....	166
7.2. Método.....	169
7.2.1. Sujetos.....	169
7.2.2. Instrumento.....	169
7.2.3. Procedimiento.....	172
7.3. Resultados.....	172
7.4. Discusión.....	183
8. Conclusiones.....	186
9. Referencias.....	196
10. Anexos.....	206

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

El conocimiento popular no ha permanecido ajeno a la existencia de un sentimiento especial de las personas por sus lugares de residencia. De esta forma, para muchos es comprensible que se rechacen oportunidades laborales y personales si ello supone abandonar el lugar donde uno se ha criado. Por alguna razón desconocida, en nuestro país este sentimiento se atribuye de manera especial a los gallegos. Así, *la morriña* "explica" que las personas que viven lejos de su hogar estén deseando volver a él, y muchas otras ni siquiera se decidan a hacerlo. A veces algunos vencen esta tendencia y se alejan en busca de oportunidades que no puede brindarles su hogar, pero por lo general tarde o temprano acaban "echando raíces" en el nuevo lugar, y éste acaba funcionando como aquél.

No hay duda de que las personas desarrollan sentimientos afectivos hacia el lugar donde nacen y viven, y que este lugar cumple una función importante en sus vidas. Este fenómeno se pone de manifiesto en numerosas ocasiones, por ejemplo cuando los habitantes de zonas peligrosas se resisten a cambiar de lugar de residencia y deciden afrontar riesgos (como desastres naturales: terremotos, volcanes, o guerras, etc.) con tal de no abandonar su casa o su ciudad, o bien en los desajustes psicológicos que se producen en algunas personas tras realojamientos forzados (Burt, 1993; Fried, 1963, Stokols y Shumaker, 1982).

El interés científico por este fenómeno no es reciente, pero sí ha sido lento en despegar. Y ha sido bajo el techo de la Psicología Ambiental donde está encontrando su mayor aceptación y desarrollo. Sin embargo, como otros temas en esta disciplina, los primeros trabajos realizados sobre este tema se llevaron a cabo en el campo de la Sociología, concretamente de la mano de los sociólogos urbanos. En realidad, estos trabajos inicialmente estuvieron guiados por otro objetivo: analizar las consecuencias de la vida

urbana sobre los lazos sociales y sentimentales de la comunidad. Dos sociólogos, John Kasarda y Morris Janowitz, retomando el debate levantado por Wirth (1938) con su famosa obra: "Urbanismo como forma de vida", desarrollaron el concepto de apego a la comunidad identificando dos modelos explicativos (Kasarda y Janowitz, 1974). El primero, derivado de las ideas de Wirth, Töennies y Simmel, considera que la vida en las grandes ciudades a menudo conlleva una disminución en la frecuencia de interacciones sociales dentro de la propia comunidad, y, como consecuencia de ello, una pérdida de las relaciones afectivas entre sus miembros. Para este modelo, llamado modelo lineal, la formación de lazos de apego está en función principalmente de factores como el tamaño, la densidad y la heterogeneidad, las variables señaladas por Wirth (1938). El segundo modelo, formulado por otros autores como Park y Burgess, busca las causas del desarrollo de sentimientos de apego hacia la comunidad en factores tales como el tiempo de residencia, la posición en la estructura social y el estado del ciclo vital (Kasarda y Janowitz, 1974; Park y Burgess, 1925). Este modelo ha sido conocido como modelo sistémico. Ambos modelos encontraron apoyo empírico, pero con el tiempo las variables señaladas por el segundo de ellos se han mostrado más relevantes en la formación de lazos de apego.

Una característica común a todos estos trabajos es que hablan de apego a la comunidad, es decir, a las demás personas que residen en el mismo área, sin hacer referencia a los lugares en los que esas personas viven. Es por tanto un tipo de apego que podríamos denominar *social*, ya que va dirigido únicamente a personas.

Al tiempo que esta controversia se desarrollaba en la Sociología, el interés por los ambientes residenciales despertaba entre los investigadores formados en otra disciplina. Durante los años sesenta en la Psicología comienza a desarrollarse un movimiento en el que cobra importancia el ambiente físico

como explicación del funcionamiento psicológico de las personas. El interés inicial de unos cuantos investigadores llega a tomar cuerpo y desemboca en la creación de una nueva rama de la Psicología: la Psicología Ambiental. La atención hacia el ambiente físico y social que rodea al individuo, y cómo este ambiente influye sobre él se convierte en el objeto de estudio de este nuevo campo. Junto a otros muchos aspectos de la relación entre el ambiente y las personas (ver para una relación de estos temas p.e. Bonnes y Secchiaroli, 1995), algunos psicólogos ambientales se muestran interesados por los lugares de residencia y las diferentes respuestas que estos lugares producen en las personas que los habitan. Este interés dió lugar al surgimiento de un gran número de conceptos cercanos que paradójicamente repercutió negativamente en el desarrollo de este campo.

Así, en 1977 vemos aparecer por primera vez el término apego al lugar (Attachment to place: Gerson, Stueve, C.A. y Fischer, 1977), ampliándose el concepto, ya que se define como "compromiso de los individuos con sus barrios y vecinos", por lo que podemos ver que se empieza a reconocer la importancia no sólo de las otras personas con las que vivimos sino también de los lugares en los que habitamos. No obstante, a pesar del cambio de nombre el interés sigue focalizándose en la dimensión social de estos lugares, y, de hecho, en la operacionalización del apego estos autores usan mayoritariamente índices de relaciones sociales: presencia de amigos o familiares en el barrio, participación en asociaciones vecinales, relaciones con los vecinos, etc., junto a otros referidos al barrio en general: feliz con el barrio y descontento en caso de marcharse.

A partir de este momento, la proliferación de términos o conceptos que surgen cercanos al de apego al lugar es notable: dependencia de lugar, identidad de lugar, identidad urbana, sentido de comunidad, sentido de lugar, arraigo, topofilia, etc., así como su confusión con otros ya existentes como satisfacción

residencial o territorialidad. Son muchos los autores que han identificado a éste como uno de los principales obstáculos para el avance del tema. Actualmente parece haber una aceptación global del término apego al lugar (Altman y Low, 1992; Fuhrer y Kaiser, 1993; Giuliani y Feldman, 1993; Sundstrom y cols., 1996), aunque como veremos no en su significado. De esta forma, uno de los retos que tiene planteado este campo es avanzar en su conceptualización teórica, de forma que se alcance cierto consenso entre los investigadores para tratarlo de forma homogénea.

Por otra parte, la falta de precisión conceptual tiene repercusiones lógicas en el terreno empírico. Como veremos más adelante, la operacionalización del concepto ha sido hasta el momento bastante heterogénea, siendo un fiel reflejo de la confusión conceptual.

En cualquier caso, no queremos ofrecer una visión pesimista de este campo de investigación. Actualmente puede afirmarse que se está produciendo la consolidación de este constructo, y cada vez son más los trabajos que lo incluyen, bien como objeto central de interés, bien como variable interviniente en otros procesos.

El presente trabajo pretende contribuir a este asentamiento, al tiempo que intentará esclarecer algunas de las cuestiones en que actualmente se encuentra inmersa la investigación. En el capítulo 2 se analiza el concepto de apego al lugar y su relación con otros conceptos cercanos tales como apego a la comunidad, identidad de lugar, dependencia de lugar, etc. En el capítulo 3 se hace una revisión de las investigaciones realizadas hasta este momento, al tiempo que se analizan los principales problemas que caracterizan a estos trabajos. A continuación la parte empírica consta de cuatro capítulos en los que se presentan los diferentes estudios realizados en esta tesis con objeto de solventar algunos de esos

problemas. El primer estudio (capítulo 4) se lleva a cabo para identificar diferentes ámbitos en los que se desarrolla el apego al lugar, así como comprobar cuál de ellos resulta más relevante para los sujetos. El estudio 2 (capítulo 5) está enfocado a comprobar que el apego al lugar se dirige tanto hacia las personas que habitan en ese lugar como al lugar propiamente dicho. Asimismo, la cuestión sobre los predictores de apego al lugar será tratada en ambos estudios (1 y 2). En cualquier caso, nos interesaba resaltar la importancia de la dimensión física del apego al lugar, por lo que el siguiente estudio (capítulo 6) se dirigió hacia este objetivo. A continuación, en el capítulo 7 se detalla el cuarto y último estudio, en el cual se trata de encontrar un nexo común entre el apego al lugar y el apego adulto a través del análisis de los estilos de apego. Por último, en el capítulo de Conclusiones se discutirán los principales resultados encontrados en esta tesis y sus posibles repercusiones para futuras investigaciones.

PARTE TEÓRICA

CAPÍTULO 2

CONCEPTO DE APEGO AL LUGAR

El estudio de los sentimientos que las personas desarrollan hacia los lugares donde nacen y viven, y la función que estos lugares cumplen en sus vidas es un área de investigación que está recibiendo una creciente atención en los últimos años por parte de los psicólogos ambientales. El interés científico por este tema no es nuevo, y podemos comprobar, al igual que en otros campos de la Psicología Ambiental, que ha sido abordado desde una gran variedad de enfoques y disciplinas. Así, encontramos acercamientos desde la Geografía, la Sociología o la Psicología, entre otros. No obstante, el desarrollo alcanzado en este campo es limitado. Los motivos para este lento progreso pueden ser diversos. Entre ellos podrían indicarse la confusión conceptual y los problemas metodológicos derivados de ésta como algunas de las causas fundamentales. A continuación se analizarán estas y otras cuestiones en torno a la investigación sobre apego al lugar.

La primera dificultad con que tropieza el científico al abordar el estudio del apego al lugar es la diversidad de enfoques existente, tanto a nivel teórico como empírico. De esta forma, no hay acuerdo en cuanto a su denominación, definición o aproximación metodológica más adecuada para abordarlo. En primer lugar, podemos encontrar numerosos términos similares, tales como apego a la comunidad (Kasarda y Janowitz, 1974), sentimiento de comunidad (Sarason, 1974), apego al lugar (Gerson, Stueve y Fischer, 1977), identidad de lugar (Proshansky, 1978), dependencia de lugar (Stokols y Shumaker, 1981), sentido del lugar (Hummon, 1992), etc., de tal manera que a menudo se

hace difícil distinguir si se está hablando del mismo concepto con distinto nombre o de conceptos distintos. En ocasiones vemos que uno de estos términos se usa como concepto genérico que engloba a otros. Por ejemplo, para Lalli (1992) el apego al lugar es un componente de la identidad de lugar. Otras veces algunos de ellos se usan indistintamente como si fueran sinónimos. Así, Brown y Werner (1985) hablan de apego e identidad sin diferenciarlos.

Como podrá suponerse, esta confusión terminológica y conceptual obstaculiza seriamente el avance de este campo, y así lo han manifestado numerosos autores (Giuliani y Feldman, 1993; Lalli, 1992; Unger y Wandersman, 1985). Parece pues necesario realizar un esfuerzo conceptualizador sobre el significado de cada uno de estos términos, clarificar si pueden o no utilizarse como sinónimos, y determinar cuáles aportan algo distintivo. En este sentido, vamos a comenzar revisando los conceptos cercanos al apego al lugar que más habitualmente han sido confundidos con él. Posteriormente nos centraremos en el apego al lugar e intentaremos ofrecer una definición que ayude a clarificar su particularidad respecto a los demás conceptos.

2.1. Conceptos cercanos al apego al lugar

Como hemos visto, la existencia de numerosos términos similares para referirse a los sentimientos afectivos de las personas hacia sus lugares de residencia ha ocasionado cierta confusión

que a buen seguro ha retrasado el desarrollo de este campo. A continuación, con objeto de intentar esclarecer esta amalgama de términos y conceptos, vamos a analizar aquellos que más frecuentemente aparecen en la bibliografía sobre apego al lugar.

La lista ofrecida aquí no es exhaustiva, y aún es posible encontrar otros términos/conceptos propuestos por diferentes autores, tales como topofilia (Tuan, 1974), arraigo (Seamon, 1979) o sentido de lugar (Relph, 1976), desde el campo de la geografía. No obstante, a riesgo de alargar excesivamente esta exposición, y dado que actualmente estos últimos no son utilizados habitualmente en nuestro campo, hemos decidido no incluirlos en esta revisión.

Con objeto de simplificar la exposición hemos agrupado los conceptos que entendemos están próximos entre sí. Así, comenzaremos por aquellos que hacen énfasis en el componente social de los lugares, tales como el apego a la comunidad y el sentimiento de comunidad. Posteriormente continuaremos con otros que han resaltado el papel de los lugares sobre la identidad: la identidad de lugar, la identidad urbana y la identidad social urbana. Por último, se presenta un tercer grupo de conceptos que, aunque menos próximos, tienen en común haber sido confundidos en algún momento con el apego al lugar. Entre éstos últimos encontramos la satisfacción residencial, la apropiación del espacio, la territorialidad y la dependencia de lugar.

En primer lugar vamos a analizar dos conceptos cercanos entre sí que hacen referencia a los sentimientos afectivos que se desarrollan entre los miembros de un barrio o comunidad. El primero de ellos surgió en la Sociología y recibió el nombre de apego a la comunidad. El segundo se desarrolla en la Psicología Comunitaria y se denomina sentimiento de comunidad. Como veremos, las similitudes entre ambos son notables.

2.1.1.1. Apego a la comunidad

Uno de los primeros conceptos que surgió como resultado del interés por los diferentes tipos de afecto hacia los lugares de residencia fue el de *apego a la comunidad*. Este concepto se desarrolló en EEUU en la década de los setenta en el seno de la Sociología urbana de la mano de Kasarda y Janowitz (1974), haciendo referencia a la existencia de un vínculo entre los miembros de la comunidad, que se traduce en un mayor nivel de relaciones sociales entre ellos, en la participación en actividades u organizaciones comunitarias, así como en el desarrollo de sentimientos afectivos entre estas personas.

Kasarda y Janowitz (1974) retomaron las ideas de los sociólogos alemanes Töennies y Simmel, y algunos seguidores suyos de la Escuela de Chicago, acerca del impacto de la vida en las grandes ciudades sobre la formación de lazos sociales entre los miembros de un barrio o comunidad. En líneas generales, estos primeros sociólogos urbanos sostuvieron que la vida urbana, frente a la vida rural,

provoca una pérdida de relaciones íntimas entre los individuos, así como una disminución de los vínculos afectivos. En este sentido, es conocida la diferenciación que Töennies (1887) estableció entre las relaciones sociales propias de las zonas rurales y las que se desarrollan en las sociedades urbanas. En las comunidades rurales y ciudades pequeñas las relaciones sociales son personales y se realizan cara a cara. Estas relaciones tienen valor por sí mismas y suelen ser duraderas. Töennies llamó a este tipo de sociedad *gemeinschaft*. Por el contrario, en las grandes ciudades las relaciones a menudo son transitorias, impersonales y distantes, y con frecuencia sólo constituyen un medio para conseguir otros fines. Estas sociedades recibieron el nombre de *gesellschaft*.

Por su parte, Simmel (1903) advirtió que la vida en las grandes ciudades expone a sus habitantes a tal variedad e intensidad de estímulos, que produce en ellos una reacción de estrés. Para adaptarse y protegerse de esta situación estresante, los residentes urbanos deben restringir sus emociones y actuar de manera fría y calculada en sus relaciones con los demás. Asimismo, la sobrecarga de estímulos provoca un hastío e indiferencia hacia los eventos nuevos, inusuales o extraños. Las relaciones sociales pues sufren las consecuencias lógicas de este ensimismamiento del individuo, y se vuelven distantes, rígidas y escasas. Por el contrario, para Simmel la vida social en las zonas rurales es más espontánea y natural.

Estas ideas negativas sobre la vida en la ciudad fueron continuadas y desarrolladas por algunos representantes de la Escuela de Chicago. Por ejemplo, a partir de estas y otras reflexiones Louis Wirth (1938) elabora una teoría del urbanismo en la que trata de establecer un número limitado de

características identificativas de la ciudad, así como las consecuencias que se derivan de ellas. Las características que este autor considera fundamentales para definir la vida urbana son el tamaño de la población, la densidad y la heterogeneidad. Estas tres variables actúan de forma interrelacionada. En cuanto al tamaño, un gran número de habitantes entraña una gama mayor de variaciones individuales: color, etnia, estatus social, gustos, preferencias, etc. Para Wirth, "los vínculos de parentesco y de vecindad, y los sentimientos que surgen del hecho de vivir juntos durante varias generaciones bajo una tradición popular común es probable que falten o que sean, como mucho, relativamente débiles en un agregado cuyos miembros tienen antecedentes y orígenes tan diversos" (p. 39). Asimismo, el aumento del número de personas otorga necesariamente un carácter distinto a las relaciones sociales, haciendo a éstas superficiales, anónimas y transitorias. La densidad refuerza el efecto del número, incrementando aún más la heterogeneidad de los hombres y sus actividades. La diferenciación y especialización resultante hace más compleja la estructura social, haciéndola más ramificada y diferencial. La densidad produce un mayor contacto físico pero éste a su vez provoca una mayor distancia social. La ausencia de vínculos afectivos entre personas que viven o trabajan juntas fomenta el espíritu de rivalidad y de explotación mutua.

Al margen de Wirth, otros miembros de la Escuela de Sociología urbana de Chicago como W.I. Thomas (1967) o Park y Burgess (1925) mantuvieron una concepción diferente de la vida en la ciudad. Más empiristas, estos autores rechazaron la postura anterior basándose en los resultados de la investigación. Ven la comunidad como una estructura genérica de la sociedad de masas, cuya forma, contenido y efectividad varía ampliamente y cuyos defectos reflejan los problemas sociales del periodo

contemporáneo. La interacción dentro de la comunidad dependerá en este caso de otros factores, tales como el tiempo de residencia en la comunidad, la posición en la estructura social y la etapa del ciclo vital.

Estas dos perspectivas dieron lugar a dos modelos teóricos. El primero de ellos, derivado de las ideas de Töennies, Simmel y Wirth, ha sido denominado por Kasarda y Janowitz (1974) modelo de desarrollo lineal, y predice que incrementos lineales del tamaño, la densidad y la heterogeneidad de la comunidad influyen negativamente sobre los patrones de la conducta social. El segundo, que ha recibido el nombre de modelo sistémico, incide sobre el tiempo de residencia, la clase social y la etapa del ciclo vital como variables explicativas de la formación de vínculos afectivos.

Ambos modelos han sido sometidos a comprobación empírica. Por ejemplo, Kasarda y Janowitz (1974) realizaron una regresión múltiple con cinco de las seis variables incluidas en estos modelos: tamaño, densidad, tiempo de residencia, etapa del ciclo vital (edad) y clase social, para comprobar su efecto sobre los sentimientos hacia la comunidad. Sus resultados fueron claros: el tiempo de residencia fue la variable que mostró un mayor efecto sobre el apego a la comunidad. El tamaño y la densidad no alcanzaron la significatividad en ninguna de las medidas de apego utilizadas (sentirse "en casa", interés en la comunidad y lamentar mudarse a otro lugar), aunque tampoco lo hizo la edad, y la clase social tan sólo sobre una de ellas (interés en la comunidad). Por otra parte, el número de amigos y el número de familiares residentes en la comunidad también mostraron una gran influencia sobre los sentimientos hacia ésta. A partir de estos resultados, los autores confirman su preferencia por el modelo

sistémico, considerándolo más adecuado para explicar el apego que el modelo lineal. No obstante, esta cuestión aún estaba lejos de resolverse. Este artículo tuvo una gran trascendencia y desencadenó toda una serie de investigaciones que trataban, bien de corroborar sus resultados, bien de encontrar apoyo empírico al modelo lineal. Este segundo objetivo lo consiguieron, por ejemplo, Buttell, Martinson y Wilkening (1979) y Wasserman (1982), entre otros, quienes encontraron que el tamaño del pueblo o la ciudad, y no el tiempo que se llevara residiendo allí, era el principal predictor del apego a la comunidad. Con estos resultados contradictorios, la polémica estaba servida. Sin embargo, existía al menos una diferencia entre los trabajos que apoyaban una y otra hipótesis: la medida de apego utilizada. Así, Kasarda y Janowitz (1974) utilizaron como medida de apego los sentimientos hacia la comunidad, mientras que Buttell y cols. (1979) y Wasserman (1982) utilizaron medidas de satisfacción. Para comprobar si ésta era la causa de los diferentes resultados encontrados, Goudy (1982) llevó a cabo un estudio en el que incluyó todas las variables predictoras y criterio de los trabajos anteriores. Sus resultados fueron cuando menos inesperados: en este caso todas las variables fueron significativas, tanto para el apego como para la satisfacción. Pero el tiempo de residencia, la edad y la clase social (variables del modelo sistémico) tuvieron un mayor peso explicativo que el tamaño y la densidad de la población (modelo lineal). Asimismo, poseer amigos y familiares en el barrio tuvo un peso importante al igual que en los estudios anteriores. Posteriores trabajos (Sampson, 1988; Stinner, Van Loon, Chung y Byun, 1990) continuaron prestando apoyo al modelo sistémico, por lo que actualmente ha quedado desplazada la hipótesis de que la vida en la ciudad necesariamente debilita los lazos sociales y afectivos entre sus habitantes.

2.1.1.2. Sentimiento de comunidad

Un concepto muy cercano al anterior surgió dentro de la Psicología Comunitaria: el *sentimiento psicológico de comunidad*. El sentimiento de comunidad fue desarrollado originalmente por Sarason (1974), con el objetivo de convertirse en el concepto central de la Psicología Comunitaria (Sarason, 1986). Si bien no puede decirse que haya alcanzado dicha meta, sí es cierto que el concepto ha despertado un creciente interés, como puede atestiguar el gran número de investigaciones que lo utilizan actualmente. Aunque existen diferentes definiciones del concepto, una de las más extendidas es la formulada por McMillan y Chavis (1986), para quienes el sentimiento de comunidad es un mecanismo por el cual el proceso de desarrollo comunitario estimula las oportunidades de pertenencia, de influencia, de necesidad de encuentro mutuo y de desarrollo de vínculos emocionales y apoyo entre los miembros del grupo o comunidad. Básicamente se refiere a cierta forma de apego o conexión emocional compartida entre los miembros de una comunidad, basado en factores tales como el lugar donde viven o trabajan. Puede apreciarse su similitud con el *apego a la comunidad*, aunque hay que destacar que desde estos trabajos no se hace referencia a aquél.

Con objeto de profundizar en la comprensión de este concepto, se han realizado esfuerzos orientados a definir sus dimensiones. A pesar de ello, como señala Hill (1996) en su revisión, ni la aproximación teórica ni la empírica han arrojado resultados concluyentes. Casi cada estudio obtiene diferentes factores, que van desde la solución unidimensional que proponen Buckner (1988) y Davidson y Cotter (1986), hasta los seis factores obtenidos por Glynn (1981): evaluación objetiva de la

estructura comunitaria, relaciones de apoyo en la comunidad, similitud entre los miembros de la comunidad, implicación en la comunidad, calidad del ambiente comunitario y seguridad en la comunidad. Tampoco en la búsqueda de correlatos se ha obtenido éxito. Entre las variables analizadas se encuentran factores sociodemográficos tales como el tiempo de residencia, la edad o el nivel de ingresos (Buckner, 1988; Davidson y Cotter, 1986; Glynn, 1981; Robinson y Wilkinson, 1995), así como otros constructos como la participación ambiental (Suárez e Hidalgo, 1997), o la privacidad y el hacinamiento (Gómez y Hombrados, 1992). Sin embargo, como afirma Hill (1996), "para cada una de estas variables existe al menos un estudio en el que la relación no se mantuvo" (p. 433). Esta disparidad de resultados le lleva a concluir que el sentimiento psicológico de comunidad es específico de contexto, y por tanto sus dimensiones y correlatos varían de un escenario a otro. No obstante, existen otras explicaciones posibles que habría que descartar antes de llegar a ésta. Así, por ejemplo, vemos que la operacionalización del concepto utilizada en los diferentes estudios no coincide. De esta forma resulta difícil obtener resultados comunes. En este sentido, se hace patente la necesidad de alcanzar un mínimo consenso que permita profundizar en el conocimiento de este concepto.

Como hemos visto, una característica común a estos dos conceptos es que en ambos casos se trata de vínculos afectivos *entre las personas de un lugar o comunidad*, y no de sentimientos o afectos de las personas *hacia los lugares o comunidades*. En estos casos el lugar sólo sirve de referencia para delimitar el grupo de personas con los que compartir el sentimiento de pertenencia, el afecto y el apoyo social. En cambio, el apego al lugar, como veremos, va dirigido también hacia la

dimensión física de los lugares, esto es, se trata de un sentimiento afectivo tanto hacia las personas que habitan en un lugar como hacia los lugares mismos.

2.1.2. El lugar como origen de la identidad

Entre las propiedades que se ha atribuido a los lugares respecto a las personas, una de las más frecuentes ha sido su contribución al desarrollo de la identidad (Feldman, 1993; Hormuth, 1990; Hummon, 1990; Lalli, 1992; Proshansky, 1978; Valera, 1994, etc.). Son múltiples los diferentes aspectos de la relación entre los lugares y la identidad que se han descrito, si bien, de acuerdo con Twigger-Ross y Uzzell (1996), pocos han proporcionado una explicación a nivel teórico de esta relación. A continuación vamos a analizar tres aproximaciones diferentes: identidad de lugar, identidad urbana e identidad social urbana.

2.1.2.1. Identidad de lugar

El concepto de *identidad de lugar* (place identity) fue desarrollado por Harold Proshansky y sus colaboradores (Proshansky, 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983), para describir el papel que tienen las propiedades físicas del entorno residencial sobre la estructura de la personalidad, en concreto sobre la identidad personal. Para estos autores, los escenarios físicos en que el hombre se desarrolla contribuyen a establecer su identidad, de igual forma que el sexo, la raza, la clase social, la

ocupación, etc. Sin embargo, tradicionalmente, en el estudio de la identidad personal y el desarrollo del autoconcepto se ha ignorado el papel de los lugares y espacios físicos en que el hombre se desarrolla. La mayor parte de las teorías coinciden en que el desarrollo del "self" se basa en la diferenciación entre uno mismo y los otros. Sin embargo, tal como indican Proshansky y cols. (1983), esta diferenciación se extiende a los objetos y espacios físicos en que se encuentran. El niño aprende "quién es él" no sólo a través de su relación con otras personas sino también con los objetos y espacios que le rodean (juguetes, ropa, casa, ciudad, etc.). Asimismo, en contra del concepto tradicional del "self" como un sistema estable, unificado e integrado, estos autores defienden que tanto el "self" como la identidad personal son estructuras que cambian a lo largo de todo el ciclo vital. De este modo, cualquier cambio tanto en el ambiente social del sujeto (por ejemplo la muerte de un familiar) como en el físico (deterioro del barrio, cambio de residencia, etc.), afectará a la identidad personal del individuo.

A partir de estas consideraciones se establece el concepto de *identidad de lugar*, definido como "una sub-estructura de la identidad personal que, en términos generales, consiste en las cogniciones sobre el mundo físico en el cual vive el individuo. Estas cogniciones representan recuerdos, ideas, sentimientos, actitudes, valores, preferencias, significados y concepciones de conducta y experiencias relacionados con la variedad y complejidad de los entornos físicos en los cuales uno se desenvuelve" (Proshansky y cols., 1983, p.59). La identidad de lugar es pues una dimensión del "self" que define la identidad personal en relación con el entorno físico.

Como tal subestructura de la identidad personal, se asume que lo que es válido para ésta es aplicable también a aquella. En este sentido, las otras personas son importantes en la formación de la

identidad de lugar del individuo. Aunque para Proshansky y cols. (1978) la identidad de lugar es una construcción personal, resultado de la experiencia directa con escenarios físicos concretos, admiten que en esta construcción influirá lo que otras personas hagan, digan o piensen acerca de los escenarios físicos en que se desenvuelve la persona, es decir, los significados y creencias sociales.

Otra característica que estos autores atribuyen a la identidad de lugar es que es inconsciente por parte del individuo. Debido a que los escenarios físicos son los telones de fondo de los eventos sociales, es menos probable que la persona sea consciente de estos escenarios y sus propiedades que de los propios eventos. De este modo, uno simplemente se siente cómodo en algunos tipos de escenarios físicos, prefiere un espacio determinado, un tipo de luz o mobiliario, un número de personas en una fiesta u oficina, etc., pero generalmente no es consciente de esta variedad de recuerdos, sentimientos, valores y preferencias que influyen en sus respuestas ante el mundo físico.

Por otra parte, estos autores niegan que la identidad con el lugar represente una estructura cognitiva coherente e integrada, contemplándolo más bien como un popurrí de recuerdos, ideas y sentimientos hacia escenarios físicos concretos que varían en función del sexo, la edad, la clase social, la personalidad y otros descriptores sociales del individuo, así como a lo largo de su vida (Proshansky y cols., 1983). Esto lleva a Krupat (1983) a plantear si es ésta una característica específica de la identidad con el lugar o por el contrario es común a todas las subestructuras de la identidad.

Cuando la identidad de lugar implica cogniciones (ideas, pensamientos, etc.) valoradas positivamente, Proshansky habla de "pertenencia al lugar". Los factores que determinan que las cogniciones referidas al espacio físico tengan valencias positivas o negativas son: calidad del escenario físico, calidad del escenario social, adaptabilidad, competencias y habilidades ambientales, e imaginación o fantasía.

El desarrollo teórico que hacen Proshansky y sus colaboradores del concepto identidad de lugar, a pesar de ser extenso y detallado, deja un gran número de preguntas abiertas. Como afirman Twigger-Ross y Uzell (1996), en la formulación del concepto no se da cuenta de qué procesos guían la acción en relación con la identidad, ni se ofrece una explicación de cómo o porqué los lugares se hacen salientes para el autoconcepto. En este sentido, estos autores llevan a cabo un estudio claro y preciso en el que tratan de explicar a nivel teórico la relación existente entre los lugares y la identidad. Para ello, recurren a una de las teorías sobre la identidad existentes, concretamente el modelo de identidad de Breakwell (1986, 1992, 1993). Según este modelo, la identidad se rige por cuatro principios: distintividad, continuidad, autoestima y autoeficacia. Referidos a la identidad de lugar, estos principios indican que los lugares de residencia sirven para distinguir al individuo de otros que habiten en otro lugar (distintividad), funcionan como un referente para mantener el autoconcepto a través del tiempo (continuidad), proporciona a los que residen allí sentimientos positivos sobre sí mismos (autoestima) y facilita o al menos no interfiere en su modo de vida cotidiano (autoeficacia).

Twigger-Ross y Uzell (1996) analizan la investigación previa y encuentran apoyo empírico al menos a algunos de estos principios. Por ejemplo, Hummon (1990) y Feldman (1990, 1996) mostraron la distintividad asociada a ser una persona "de ciudad" o "de campo". Hummon (1990) muestra cómo barrios y comunidades están imbuidos de significados públicos y, como tales, sirven de lugares simbólicos con distintas identidades culturales. Así, los residentes en pequeñas ciudades caracterizan su propia identidad como abiertos, amistosos, auténticos, y opuesta a la de los habitantes de grandes ciudades, a quienes califican de rudos, descarados y materialistas. Feldman (1990) comprobó mediante una encuesta realizada en Denver (Colorado) que sus habitantes se identificaban con diferentes tipos de lugares (centro ciudad, barrios periféricos y afueras), y relacionaron la identidad de una persona con la identidad de cada tipo de lugar. En un estudio posterior (Feldman, 1996) observa que el tipo de identidad puede mantenerse a pesar de la movilidad residencial. Es decir, una persona que se identifica a sí misma como "persona urbana" mantendrá su identidad mudándose a otra ciudad y no a un pueblo o a las afueras. También puede cambiar y reorientarse a otro tipo de lugar en función de nuevas necesidades debidas a cambios en la vida (por ejemplo, tras un divorcio una persona puede pasar de una identidad "residencial" a una identidad urbana).

En cuanto a otro de los principios de la teoría de la identidad de Breakwell, Korpela (1989) describe cómo los lugares preferidos ayudan a mantener la autoestima, a través de las respuestas de niños de 9, 12 y 17 años a cuestiones sobre este tipo de lugares. Por su parte, Twigger-Ross y Uzell (1996) llevan a cabo un estudio en la zona del muelle de Surrey, al sureste de Inglaterra. Mediante entrevista estructurada comprobaron que este lugar contribuye a mantener y desarrollar estos cuatro

aspectos de la identidad de la mayoría de sus residentes. Las personas que manifestaron sentir apego hacia ese lugar sentían que esos lugares contribuyen a mantener su distintividad, continuidad, autoestima y autoeficacia en mayor medida que aquellos otros que no se sentían apegados.

A la crítica de falta de desarrollo a nivel teórico podríamos añadir la escasez de investigación empírica. Efectivamente, durante algún tiempo el desarrollo de la investigación sobre identidad de lugar no ha sido muy prolífico. Según Lalli (1992) la falta de investigación en torno a este concepto ha sido debida a varias razones. En primer lugar, la variedad de términos utilizados para describir fenómenos bastante similares (arraigo, dependencia del lugar, apego al lugar, etc.). Las diferencias en fundamentos teóricos y su formulación fragmentaria, y la ausencia de instrumentos de medida adecuados son otras causas de que la investigación sobre la identidad de lugar no haya sido especialmente fructífera. Asimismo, la imprecisión del término "lugar" añade una nueva dificultad a la hora de conceptualizarlo. Como hemos visto, la identidad de lugar puede referirse a espacios de diferente nivel, desde un nivel micro-espacial (por ejemplo mi habitación o mi casa) a un nivel macro-espacial (un continente o el mundo). Para Lalli (1992), una apropiada teoría psicológica sobre identidad de lugar tiene que especificar el nivel espacial examinado. En este sentido, propone mantener el término identidad de lugar como una etiqueta para designar al programa de investigación como un todo, y utilizar conceptos de un nivel medio, como por ejemplo *identidad urbana*, para las diferentes conceptualizaciones de la identidad espacial. No obstante, no es ésta la única modificación que sugiere con respecto al concepto propuesto por Proshansky. A continuación revisaremos las más importantes.

2.1.2.2. Identidad urbana

Para Lalli (1988; 1992), la orientación cognitiva de Proshansky ha ocasionado el olvido de los aspectos sociales de la identidad de lugar. Comparte con éste la concepción interaccionista simbólica (Mead, 1934), según la cual el desarrollo de la identidad personal es el resultado de la diferenciación entre uno mismo y los otros. De esta forma, definirse como residente de una ciudad implica también diferenciarse de aquellos que no viven allí. Pero el sentimiento de pertenencia no sólo lleva a "sentirse diferente"; la persona, como miembro de una determinada ciudad, adquiere una serie de características cuasi-psicológicas asociadas con esa ciudad, características que contribuyen a la formación de la identidad personal. Por ejemplo, una ciudad puede ser considerada "cosmopolita", frente a otra más "provinciana". Los habitantes de la primera se verán a sí mismos como más abiertos, etc. que los que residen en la segunda. Aunque Lalli no hace referencia a esta teoría, vemos que en este aspecto coincide con el modelo de la identidad de Breakwell (1986, 1992) comentado anteriormente.

El resto de las características distintivas de la identidad urbana podemos revisarlas a partir de la operacionalización del concepto que hace el autor. Así, Lalli (1992) propone en total cinco dimensiones que integran la identidad urbana:

- a) evaluación externa, que se refiere a la característica ya comentada. Se evalúa la percepción de un carácter especial de los habitantes de la ciudad frente a los demás.
- b) continuidad con el pasado personal, recoge la significación del ambiente urbano para desarrollar un sentido subjetivo de continuidad temporal.

- c) apego general, supone un sentimiento general de sentirse "en casa" en la propia ciudad, e identificarse con ella.
- d) percepción de familiaridad, abarca los efectos de las experiencias diarias en la ciudad.
- e) compromiso, cubre las intenciones y deseos de permanecer en la ciudad en el futuro.

También los aspectos de continuidad y compromiso coinciden con el principio de continuidad de Breakwell. Lalli (1992) propone estas cinco dimensiones basándose en su propio análisis teórico del concepto. Elabora una escala general de identidad urbana compuesta de cinco subescalas, que responden a las dimensiones propuestas, obteniendo buenos resultados de consistencia interna. El autor encuentra una alta correlación entre todas las subescalas, lo que le lleva a mantener su propuesta sobre las dimensiones de la identidad urbana. Sin embargo, estos resultados no son suficientes para asegurar que forman parte del mismo constructo.

A pesar de su énfasis en los aspectos sociales, Lalli define la identidad urbana como una subestructura de la identidad personal. Otros autores (Valera, 1993; Valera y Pol, 1994), consideran que los espacios físicos contribuyen igualmente a la formación de la identidad social. Para desarrollar esta idea, formulan un nuevo concepto: *identidad social urbana*, apoyados en la teoría de la categorización de Turner (1987), el interaccionismo simbólico y el construccionismo social. A continuación se analiza este concepto.

2.1.2.3. Identidad social urbana

Valera comparte básicamente los planteamientos de Lalli y Proshansky, pero añade a éstos una nueva propiedad. Los lugares no sólo contribuyen al desarrollo de la identidad personal, "el espacio o determinados elementos espaciales pueden convertirse en elementos fundamentales de los procesos de identificación social" (Valera, 1993; p.132). Este postulado se deriva de la aplicación de la teoría de la categorización de Turner (1987) al concepto de identidad urbana. Para Turner, la identidad social se deriva básicamente de la pertenencia o afiliación a determinadas categorías tales como grupos sociales, categorías socioprofesionales, grupos étnicos, religiosos, etc., con los que las personas se identifican y que generan un conjunto de atribuciones internas (endogrupales) y externas (del exogrupo al endogrupo) que definen los contenidos de la identidad. Sin embargo, la identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto (Aragónés, Corraliza, Cortés y Américo, 1992). Conjugando estos elementos, Valera (1993) propone ampliar la definición de identidad social de Tajfel (1981), planteándola en estos términos: "la identidad social es aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales y a un entorno o entornos concretos, juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a estas pertenencias" (p. 156, el subrayado es nuestro). De esta forma, el entorno físico se convierte en una categoría social más, y la pertenencia a un determinado entorno da lugar a una forma concreta de identidad social. A partir de aquí Valera se centra en el entorno urbano, que siguiendo el argumento expuesto da lugar al concepto *identidad social urbana*. Se trata de aquella

estructura de la identidad social que deriva de la pertenencia de un individuo a un determinado entorno urbano. Entre las principales características que la definen podemos destacar:

- a) Las categorías urbanas son uno de los diversos tipos de categorías sociales que los individuos y grupos utilizan para definir su identidad social.
- b) El hecho de sentirse vinculado a un entorno urbano concreto conlleva asumir una serie de atribuciones socialmente elaboradas y compartidas a través de las cuales los sujetos se perciben como iguales entre ellos y diferentes del resto de grupos o comunidades que viven en otros entornos.
- c) Las categorías sociales urbanas susceptibles de generar identidad social urbana son, según su nivel de abstracción, barrio, zona y ciudad.
- d) Las dimensiones categoriales que pueden ser consideradas relevantes para la configuración de la identidad social urbana son: la dimensión territorial, conductual, social, ideológica, psicosocial y temporal.
- e) Los individuos o grupos utilizan un nivel u otro de abstracción categorial para formar su identidad según sus necesidades, en función de la categoría con la cual les interesa identificarse delante de los otros individuos o grupos.
- f) Dos elementos pueden convertirse en símbolos representativos de la identidad social urbana de un grupo o comunidad: el nombre de la categoría social urbana y determinados elementos del espacio urbano que son reconocidos como representativos de éste, que pueden ser elementos geográficos (ríos, montañas, etc.) o arquitectónicos (monumentos, plazas, etc.). Estos últimos se denominan espacios simbólicos urbanos, y su función principal es facilitar la

génesis, consolidación y mantenimiento de la identidad social urbana. "La existencia de espacios simbólicos urbanos contribuye a hacer más saliente una determinada categoría social urbana, es decir, incrementar el sentimiento de pertenencia categorial de los individuos asociados a ella".

La investigación realizada en un barrio antiguo de Barcelona le permitió comprobar que los residentes de dicho barrio compartían una identidad social urbana, manifestada en el reconocimiento mayoritario de un nombre común (Poblenou), de unas determinadas características que les diferencian de otros barrios, y de unos espacios simbólicos que son representativos del barrio y de los valores compartidos por sus habitantes (Valera, 1993; 1997).

Como vemos, los tres conceptos anteriores aluden a procesos de identidad, ya sea ésta personal o social. Lo esencial aquí es el autoconcepto en relación con el lugar donde vivimos. Aunque en la definición de Proshansky de identidad de lugar se incluyen los sentimientos hacia los lugares (ver más arriba), lo que la asemeja al apego al lugar, el mismo autor señala que "la identidad de lugar va más allá del simple apego emocional y la pertenencia a lugares particulares" (Proshansky y cols., 1983; p. 62). Han sido otros autores los que posteriormente han tratado a ambos como sinónimos (Brown y Werner, 1985; Cuba y Hummon, 1993; Taylor y cols., 1984a, 1984b; Unger y Wandersman, 1985, etc.). Sin embargo, en la definición se alude claramente a un concepto cognitivo. Por el contrario, el apego al lugar se considera preferentemente un concepto afectivo, emocional, hacia los lugares, y si este

sentimiento o afecto forma parte o no de la identidad personal o social no es cosustancial al concepto. Es posible que el apego al lugar contribuya al desarrollo de la identidad de lugar o viceversa, pero de cara a avanzar en el conocimiento de estos conceptos es preciso analizarlos por separado.

2.1.3. Otros conceptos

Además de los ya revisados, existen otros constructos que algunos autores han identificado con el apego al lugar. A continuación vamos a revisar aquellos que más a menudo han estado ligados a él, tales como satisfacción residencial, apropiación del espacio, territorialidad y dependencia del lugar. La confusión con algunos de estos conceptos parece haber sido superada actualmente, por ejemplo en el caso de la satisfacción residencial. No obstante, hemos optado por presentarlos aquí con objeto de ofrecer una visión completa de la ambigüedad conceptual que ha reinado en este campo.

2.1.3.1. Satisfacción residencial

Durante cierto tiempo fue relativamente frecuente utilizar indistintamente los conceptos de apego al lugar y satisfacción residencial. Es fácil encontrar trabajos donde esto ocurre (por ejemplo Brown y Werner, 1985; Buttell y cols., 1979; Fried, 1982, 1984; Wasserman, 1982; Kaplan, 1984).

Afortunadamente, a este problema sí se le ha dedicado esfuerzo teórico y empírico, y actualmente contamos con un gran número de trabajos que muestran las diferentes características de ambos conceptos (Guest y Lee, 1983; Hummon, 1992; Ringel y Finkelstein, 1991; Shumaker y Taylor, 1983; Stokols, Shumaker y Martínez, 1983; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984), tanto en su definición como en su comportamiento a nivel empírico.

En cuanto a la definición de satisfacción residencial, no existe un acuerdo generalizado. Así, encontramos definiciones que enfatizan el componente afectivo (Holahan, 1991; Weideman y Anderson, 1985) según las cuales la satisfacción residencial es una respuesta emocional hacia el lugar de residencia; otras en las que se enfatiza el carácter cognitivo de la satisfacción (Canter y Rees, 1982; Marans y Rodgers, 1975; Wiesenfeld, 1992) en las que se considera como una respuesta cognitiva, resultado de una comparación entre necesidades y deseos o entre la realidad y las expectativas o aspiraciones; y por último, también existen algunas definiciones que tratan de integrar los componentes afectivos, cognitivos y conductuales de la satisfacción (Amérigo, 1990). Siguiendo a ésta última, la satisfacción residencial se define como "un estado afectivo de carácter positivo que el individuo posee hacia su ambiente residencial y que le llevará a desarrollar determinadas conductas destinadas a mantener o elevar la congruencia con el mismo" (p. 104). Serían las definiciones *afectivas* las más susceptibles de ser confundidas con el apego al lugar. Cuando la satisfacción residencial es concebida como el resultado de una evaluación, la distancia con el apego al lugar se hace mayor. Por otro lado, en lo que respecta a las diferencias a nivel empírico, diversos estudios realizados han mostrado

diferentes predictores para ambos conceptos (Guest y Lee, 1983; Ringel y Finkelstein, 1991; Shumaker y Taylor, 1983).

Una vez superada la confusión entre apego al lugar y satisfacción residencial, algunos autores han tratado de analizar la relación existente entre ellos. A partir de los estudios realizados, no hay duda de que el apego al lugar y la satisfacción residencial están íntimamente relacionados (Amérigo, 1990; Guest y Lee, 1983, Ringel y Finkelstein, 1991). Así, por ejemplo, Amérigo (1990) encuentra que el apego al barrio es uno de los principales predictores de la satisfacción residencial en varias de las muestras analizadas. Parece que estar apegado al barrio conlleva una evaluación más positiva de éste.

2.1.3.2. Apropiación del espacio

Otro de los conceptos relacionados con el de apego al lugar ha sido el de *apropiación del espacio* (Brower, 1980; Korosec-Sefarty, 1976; Pol, 1996; Werner, Altman y Oxley, 1985). Tampoco en este caso la definición es simple. Partiendo de un enfoque fenomenológico, se asume que es un concepto complejo y global que comprende una variedad de matices. Recientemente Pol (1996) ha realizado una detallada revisión del concepto, que vamos a seguir en nuestra exposición. Apropiarse de un lugar implica actuar sobre él para adueñarlo y transformarlo, es el proceso por el cual hacemos "nuestro" un lugar. Cuando nos mudamos a una nueva casa, el periodo durante el cual nos adaptamos a él, y las cosas encuentran *su* sitio, es un proceso de apropiación del espacio. Este proceso integra

además, según diferentes autores, los aspectos de acción, imagen, identificación, interacción, proyección, personalización, territorialidad y privacidad. Esto es, cuando nos apropiamos de un lugar, actuamos sobre él y lo modificamos a nuestra imagen (Villela Petit, 1976), nos identificamos con ese espacio (Sansot, 1976) y proyectamos sobre él nuestra personalidad (Villela Petit, 1976), interactuamos con otros (Canter, 1977), lo defendemos de posibles agresores y controlamos el acceso a él (Brower, 1980). Una definición que recoge todos estos aspectos es la de Chombart de Lauwe (1976), según la cual "apropiarse de un lugar no es sólo hacer de él una utilización reconocida sino establecer una relación con él, integrarlo en las propias vivencias, enraizarse y dejar la propia impronta, organizarlo y devenir actor de su transformación. Puede ser también acotarlo para limitar el acceso sólo a los elegidos, aceptados, y con ello diferenciarse de los demás, situar su lugar en la sociedad, especificándose y oponiéndose" (p. 524, citado en Pol, 1996). Como vemos, este concepto parece ser que implica una variedad de procesos. Para Brower (1980), tanto la apropiación como el apego al lugar son conceptos subsidiarios de la conducta territorial. Define apropiación como el control sobre un entorno concreto en relación con la ocupación, la defensa y el sentimiento de pertenencia (*apego*) a un espacio. En cuanto al apego al lugar, se refiere a él como el sentimiento de posesividad hacia un territorio particular. La relación entre apropiación y apego al lugar considera que se produce en dos sentidos: en el sentido de protección y en el sentido de identificación. La identificación con un lugar lleva de algún modo a personalizarlo, utilizando para ello objetos o símbolos que funcionan como indicadores de la personalidad. Estos símbolos al mismo tiempo sirven como señales de apropiación, ya que de esta forma se acota o delimita un espacio personal que se usa como protección para controlar las interacciones no deseadas.

En este modelo propuesto por Brower (1980) se incluyen como habrá podido observarse además de apropiación y apego al lugar los conceptos de territorialidad e identidad de lugar, proponiéndose una explicación sobre la forma en que todos ellos interactúan. Sin embargo, hasta el momento este modelo no ha sido sometido a comprobación empírica.

Por otra parte, Pol (1996) propone un modelo explicativo que trata de integrar las diferentes perspectivas sobre apropiación. Según este modelo, la apropiación consta de dos componentes principales: acción-transformación (componente comportamental) e identificación (componente simbólico). Entre ambos componentes se da una secuencialización, siendo la apropiación por acción-transformación más primaria y la apropiación por identificación más elaborada. No obstante, esta segunda fase revierte sobre la primera, estableciéndose un proceso cíclico y temporal. Así, el proceso de apropiación consiste en una primera fase en actuar sobre un lugar y modificarlo y adaptarlo para dotarlo de significación. En una segunda fase el individuo se identifica con esa significación que ha creado y tiende a preservarla, a resistirse a su transformación. Para Pol, este proceso es fácilmente reconocible en los espacios autogestionados (habitación, casa, oficina) y puede explicar el apego al lugar de origen.

De hecho, Pol recuerda cómo el interés por el concepto de apropiación se desarrolla a partir de la llamada de atención que hace la Sociología urbana respecto al "desarraigo" (o ausencia de apego al lugar) de los habitantes de las nuevas ciudades, atribuyendo este hecho a que el tipo de vida urbana no permite la apropiación del espacio. Por otra parte, en un estudio realizado por este autor (Pol, y

Guardia, 1991; Pol y Moreno, 1992) comprobaron que la apropiación era un factor importante en la decisión de quedarse o marchar del centro antiguo de la ciudad, al menos para la población de edad.

Así, vemos cómo para diferentes autores los conceptos de apego al lugar y apropiación se presentan a menudo conjuntamente y tienen influencias recíprocas. No obstante, de cara a la definición de apego al lugar es importante resaltar que no necesariamente tienen que ir unidos. Podemos encontrar ejemplos de apego hacia lugares de los que no nos apropiamos, "adueñamos", o transformamos a nuestra imagen. Es el caso del apego a los lugares públicos, como un determinado lugar de la clase o de la ciudad, donde al menos habría que prescindir del componente acción-transformación.

2.1.3.3. Territorialidad

Otro concepto que se ha relacionado de diversos modos con el apego al lugar ha sido el de *territorialidad*. Así, varios autores han considerado a aquél como un componente de ésta (e.g. Brower, 1980; Brown, 1987), mientras que otros mantienen que el apego al lugar es una actitud cuyo componente conductual es la territorialidad (Rotton, 1990). Igualmente, no es extraño encontrar ocasiones en las que ambos términos se intercambian (Brown y Werner, 1985; Edney, 1976a). Sin embargo, en ninguno de estos casos se han justificado suficientemente estas afirmaciones.

Tratando de definir la territorialidad vemos que también en este concepto pueden encontrarse diferentes definiciones. Básicamente podemos encontrar dos orientaciones: la perspectiva biologicista, que enfatiza los aspectos de demarcación, control y defensa del espacio, aspectos comunes a la conducta territorial animal, y la perspectiva sociocultural, para la cual el análisis que hace la perspectiva anterior es excesivamente simplista. Para esta segunda aproximación, la territorialidad presenta en los humanos rasgos únicos derivados de la compleja organización social y cultural que hacen que se diferencie cualitativamente de la propia de los animales. Así por ejemplo, en la conducta territorial humana la defensa no siempre está presente (Holahan, 1987), los humanos muestran más conductas territoriales hacia objetos significativos (Brown, 1987), o cumplen diferentes funciones (Brown, 1987).

Como indica Taylor (1988), aunque existen similitudes entre apego al lugar y territorialidad, se encuentran suficientes diferencias entre ambos conceptos como para que uno de ellos sea redundante. Entre otras diferencias Taylor (1988) destaca que el apego se puede dirigir a lugares de mayor amplitud que la territorialidad, tales como barrios, ciudades e incluso países (para este autor el lugar de mayor escala en que se manifiesta la territorialidad es una calle, o lo que él llama *streetblock*). Esta diferencia es debida a que ambos conceptos tienen diferentes orígenes evolutivos: mientras la territorialidad está basada en procesos de grupo, el apego al lugar se desarrolla a través de procesos psicológicos: una persona acude a un lugar repetidamente, se familiariza con él y se desarrolla el apego. Una segunda diferencia que señala este autor, y que en nuestra opinión resulta crucial es que el apego al lugar no implica deseos de exclusión. Tampoco de apropiación y demarcación, podríamos añadir. La territorialidad supone apropiación, demarcación y defensa en mayor o menor grado. El apego al lugar

refleja un deseo de permanecer próximo a un lugar, pero habitualmente no va acompañado de ningún tipo de demarcación o control. Por ejemplo, podemos tener apego a la ciudad donde nacimos, y desear vivir cerca de ella, pero no por ello tratamos de adueñarnos de sus calles y excluir a los demás. Es posible que en lugares de menor escala como la casa, apego y territorialidad se superpongan, pero las diferencias emergen cuando se comparan en lugares de mayor dimensión.

2.1.3.4. Dependencia de lugar

En su "Análisis transaccional de los escenarios de conducta", Stokols y Shumaker (1981) desarrollan el concepto de *dependencia del lugar*, haciendo referencia a "la fuerza de asociación percibida por un ocupante entre él o ella y lugares específicos" (p.457). Según estos autores, los individuos tienen diferentes percepciones de su asociación con los lugares. Cuando una persona percibe que tiene una fuerte asociación con un lugar, podemos considerar que es *dependiente del lugar*. Esta asociación con respecto al lugar puede ocurrir a diferentes niveles de análisis, esto es, una persona puede ser dependiente de una casa, un barrio o ciudad, etc. Para evaluar la "fuerza de asociación" Stokols y Shumaker proponen aplicar el modelo de Thibaut y Kelley (1959) de nivel de comparación y nivel de comparación de alternativas. Según esto, el proceso de evaluación tiene dos componentes: el juicio del individuo de la calidad del lugar actual en comparación con otros lugares de su experiencia previa (CL), así como de la calidad relativa de otros lugares alternativos comparables (CLalt). Así, la

fuerza de asociación con un lugar vendrá determinada por la comparación de éste tanto con otros lugares previos como con los otros lugares actuales alternativos.

El desarrollo de este concepto no llegó muy lejos, y en un trabajo posterior Shumaker y Taylor (1983) optan por integrarlo dentro de otro más general: *el apego al lugar*, definiéndolo como "un vínculo o asociación afectiva positiva entre los individuos y su ambiente residencial" (p. 233). Eligen este otro concepto por considerarlo más desarrollado teóricamente, y lo proponen incluso como alternativa a la satisfacción residencial, concepto al que consideran estático, y que en su opinión ha sido analizado como un resultado en vez de como un proceso. Curiosamente, el paso del tiempo se ha inclinado por éste, y actualmente son mucho más numerosos los trabajos teóricos y empíricos sobre satisfacción residencial. Basados en trabajos anteriores (Gerson, Stueve y Fischer, 1977; Stokols y Shumaker, 1981) afirman que la fuerza de este vínculo afectivo denominado apego está determinada por las características físicas y sociales del ambiente, la percepción de elección residencial, las redes sociales locales, las necesidades individuales y el estilo de personalidad, y una evaluación comparativa de la calidad del lugar actual y de lugares pasados y futuros. Consideran que el apego al lugar puede manifestarse en varios niveles: individual, grupal (bloque o manzana) y de barrio, y proponen un modelo diferente de apego para cada uno de estos niveles. En estudios posteriores pusieron a prueba algunos de los componentes de estos modelos (Taylor, Gottfredson y Brower, 1984), confirmándose parcialmente. No obstante, esta propuesta no ha contado con la aceptación de otros investigadores, de manera que no se han realizado estudios para su comprobación.

En cualquier caso, el valor de este trabajo quizás radica en que supone el asentamiento de una de las vías que se estaban abriendo en torno a los sentimientos hacia los lugares: el concepto de apego al lugar. Aunque esta vía no ha seguido una única trayectoria, e incluso han continuado surgiendo otras líneas paralelas a ésta, la aportación de Shumaker y Taylor (1983) ha constituido uno de los aspectos fundamentales. A continuación vamos a analizar el concepto de apego al lugar desde el punto de vista de otros autores.

2.2. Concepto de apego al lugar

Hasta ahora hemos revisado aquellos conceptos cercanos al de apego al lugar que en ocasiones han sido confundidos con éste. A partir de aquí vamos a centrarnos en aquellos trabajos que han utilizado preferentemente el término apego al lugar, con objeto de ofrecer una definición. En general se considera que el apego al lugar es un lazo o vínculo afectivo entre las personas y determinados lugares, y así lo han definido numerosos autores. Por ejemplo, hemos visto que para Shumaker y Taylor (1983) es "un lazo o asociación afectiva positiva entre los individuos y su ambiente residencial"; Hummon (1992) lo considera una "implicación emocional con los lugares" (p. 256), y Low (1992) lo define como la "conexión cognitiva y emocional de un individuo a un escenario o ambiente particular" (p. 165).

No sólo éstos, seguramente la mayoría de los investigadores sobre apego al lugar suscribirían estas definiciones globales del concepto. Sin embargo, detrás de esta consensuada generalidad se esconden importantes divergencias. Giuliani y Feldman (1993) han clasificado estas diferencias en al menos tres aspectos:

- (1) el contenido del lazo o vínculo: afectivo, cognitivo, conductual y/o simbólico;
- (2) la valencia del vínculo: positivo o también negativo;
- (3) la especificidad del vínculo: específico o global;

En cuanto al contenido, parece haber acuerdo en que se trata de un vínculo fundamentalmente afectivo. Como afirman Low y Altman (1992) "emoción y sentimiento son centrales en el concepto" (p. 4). Es en la descripción de este afecto o sentimiento en lo que se comienzan a advertir diferencias: amor, preferencia, satisfacción, seguridad, pertenencia, implicación, etc. Al igual que ha ocurrido en otras áreas de la Psicología, el estudio de los afectos y sentimientos ha presentado grandes dificultades para los científicos sociales. Asimismo, se ha discutido la cuestión de si además de afecto el apego al lugar consta de un componente cognitivo y otro conductual. En realidad, aunque no esté incorporado en la definición, la mayor parte de los análisis del concepto consideran que este estado afectivo va acompañado de cogniciones y conductas referidas a los lugares de apego (por ejemplo Hufford, 1992; Lawrence, 1992; Low, 1992; Pellow, 1992; Shumaker y Taylor, 1983), si bien éstas apenas se han descrito.

Por otra parte, respecto a la valencia del vínculo existe una posición mayoritaria que considera el apego al lugar como un vínculo positivo, aunque también algunos autores incluyen dentro de este concepto los sentimientos negativos hacia los lugares (Ahrentzen, 1992; Rubinstein y Parmelee, 1992). Por ejemplo Ahrentzen (1992) lo define como "un lazo entre un individuo y un escenario particular, pero la interpretación o el significado emocional de ese lazo puede ser positivo o negativo" (p. 115). Sin embargo, como señalan Giuliani y Feldman (1993), el significado de la palabra apego (afición o inclinación hacia una persona o cosa), nos induce a pensar en un sentimiento positivo, por lo que no parece adecuado definir el concepto en términos negativos.

Por último, en lo referente a la especificidad es donde se encuentra en nuestra opinión la principal discrepancia. Así, mientras unos consideran el apego al lugar como un concepto global, del que forma parte la gran variedad de sentimientos que podemos desarrollar hacia los lugares (Harris, Brown y Werner, 1996; Low y Altman, 1992; Rubinstein y Parmelee, 1992), otros lo tratan como un vínculo específico, diferente de otros tipos de afectos (Brown y Perkins, 1992; Chawla, 1992; Giuliani y Feldman, 1993; Hummon, 1992). Por ejemplo, dentro del primer grupo Low y Altman (1992) mantienen que el apego al lugar es un concepto complejo e integrador, que comprende numerosos aspectos interrelacionados e inseparables de la relación personas-lugares. Es éste un acercamiento holístico que los autores reconocen compatible con la perspectiva transaccional (Altman y Rogoff, 1987), orientaciones contextualistas (Stokols, 1987) o la perspectiva fenomenológica (Buttimer y Seamon, 1980, Relph, 1976, Seamon, 1982, Tuan, 1974). Desde esta aproximación el apego al lugar

incluye una variedad de ideas análogas, por ejemplo topofilia, identidad de lugar, sentimiento de comunidad, etc. (Low y Altman, 1992). No obstante, estamos de acuerdo con Giuliani y Feldman (1993) en que tal concepción ocasiona serios problemas. Como estas autoras escriben: "Tales definiciones del fenómeno son tan generales que fracasan al explicar la naturaleza de las cogniciones y afectos que caracterizan los lazos y vínculos psicológicos con los lugares" (p. 272). Así, trabajar con un concepto tan global conlleva grandes dificultades. Como hemos visto, son varios los autores que han encontrado en ésta la causa del lento progreso de este campo. Brown y Perkins (1992) comparten esta visión al afirmar: "no consideramos que todos los lazos afectivos hacia los lugares constituyen apego" (p. 284). Por otra parte, si aceptamos como definición de apego al lugar la gran variedad de sentimientos y afectos que las personas experimentan hacia los lugares, nos encontraremos con la paradoja de que sentir apego hacia un lugar puede tratarse de sentimientos opuestos hacia ese lugar (por ejemplo sentir nostalgia hacia nuestra ciudad natal y desear no volver a ella). Los defensores de esta postura son totalmente conscientes de esta variabilidad, siendo precisamente esta característica la que les lleva a considerar el apego al lugar como un concepto global. Low y Altman (1992) proponen como solución a este problema el desarrollo de taxonomías de subtipos de apego al lugar, que permitan comprender mejor su diversidad y complejidad. Esta sugerencia es recogida por Harris, Brown y Werner (1996). De acuerdo con la perspectiva transaccional, construyen una escala de diferentes sentimientos y cogniciones hacia la casa, a la que llaman escala de apego al lugar. Entre estos sentimientos se encuentran: apego general, satisfacción con la casa, arraigo, seguridad, conexión con la familia y restablecimiento de la identidad. Con estas variables, representadas en 23 ítems, realizan un análisis factorial en el que obtienen tres factores: Sentirse en casa, Arraigo e Identidad. Apoyándose

en estos resultados concluyen que el apego es multidimensional, y está compuesto al menos de estos tres elementos. Sin embargo, no justifican teóricamente la elección de estas variables como componentes del apego. En el primer capítulo de esta tesis hemos defendido la diferenciación del apego al lugar de constructos como la satisfacción residencial y la identidad de lugar. Por otra parte, tampoco a nivel empírico es posible alcanzar esas conclusiones. A partir de los resultados obtenidos por Harris y cols. (1996) puede afirmarse que los tres factores obtenidos: Identidad, Arraigo y Sentirse en casa son factores relacionados e independientes, pero no que formen parte de un constructo global llamado apego al lugar.

Parece evidente que los sentimientos hacia los lugares pueden variar ampliamente. Sin embargo, no existen motivos para pensar que se agrupan bajo un mismo concepto. El término *apego* hace referencia a un sentimiento concreto, diferente de otros sentimientos posibles. Según el diccionario significa arrimo, cariño, adhesión, afecto, querencia, inclinación o vínculo y es opuesto a desinterés, apatía, etc. Asimismo, desde el punto de vista de la investigación, resulta más útil delimitar los diferentes afectos que las personas tienen hacia los lugares. Esto no implica necesariamente estudiarlos por separado. Por el contrario, una vez diferenciados los conceptos podremos analizar qué relación hay entre ellos, y cómo pueden influenciarse (véase p.e. Twigger-Ross y Uzzell, 1996).

Una vez revisadas las principales cuestiones en torno a la definición de *apego al lugar*, haremos una breve síntesis de la concepción que vamos a mantener en esta tesis. Consideramos que el apego al lugar es un vínculo afectivo, positivo y específico, de las personas hacia determinados

lugares con los que se relacionan. Esta definición, no obstante, resulta aún demasiado vaga e imprecisa, y susceptible de recoger en ella varios de los conceptos que estamos analizando. Por esta razón parece necesario desarrollarla y al mismo tiempo concretarla más. Para ello vamos a recurrir a un campo de estudio con gran tradición en la investigación sobre apego: el apego infantil.

Como hemos visto hasta ahora, el concepto de apego es difuso y difícil de definir. El estudio del apego al lugar surgió y se desarrolló al margen de la investigación sobre otros tipos de apego, tales como el apego que desarrollan los niños hacia sus padres o cuidadores o el más recientemente investigado apego entre adultos. Así, pues, los estudios sobre apego al lugar y aquellos otros sobre apego infantil y adulto han seguido caminos distintos. Ignoramos por tanto si estos dos fenómenos tienen mucho o poco en común. No obstante, en ambos casos estamos hablando de un único concepto, el apego, con dos referentes distintos, las personas o los lugares. Por esta razón, en tanto no se adviertan diferencias entre ellos, podemos suponer que son conceptos cercanos, con propiedades y características similares. En este sentido, dado que el apego infantil ha despertado un mayor interés y consecuentemente un mayor volumen de análisis e investigación, recurriremos a estos trabajos con objeto de profundizar en el concepto de apego al lugar.

Desde la Psicología Evolutiva el apego se ha definido como un *'lazo afectivo que una persona o animal forma entre él mismo y otro de su especie, un lazo que les impulsa a estar juntos en el espacio y a permanecer juntos en el tiempo. La característica más sobresaliente es la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad al*

objeto de apego que permita tener un contacto físico en algunas circunstancias o comunicarse a cierta distancia, en otras" (Ainsworth y Bell, 1970; pág. 50). Esta definición es fruto de la observación de los lazos de apego que se desarrollan entre los niños y sus madres o principales cuidadores. Sin duda ésta ha sido la forma de apego más estudiada, si bien recientemente se ha despertado el interés por otros vínculos afectivos, principalmente el que se forma entre parejas adultas estables (Hazan y Shaver, 1987). Asimismo, es aceptado por parte de los investigadores sobre apego infantil que existen otras formas de apego, por ejemplo hacia objetos, lugares, símbolos o conceptos (Durkin, 1995; López, 1984; 1995), aunque no hayan recibido una gran atención por su parte.

Así, pues, si adaptamos esta última definición a nuestro objeto de estudio podemos decir que *el apego al lugar es un lazo afectivo que una persona o animal forma entre él mismo y un determinado lugar, un lazo que le impulsa a permanecer junto a ese lugar en el espacio y en el tiempo. La característica más sobresaliente es la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad al objeto de apego.*

Comparando esta nueva definición con la que ofrecimos anteriormente, vemos que ambas coinciden sustancialmente: *lazo o vínculo afectivo entre una persona y determinados lugares*. Lo que incorpora ésta es la característica específica de este lazo afectivo: *la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad al objeto de apego*. Es ésta una característica que aunque implícita en muchas definiciones y operacionalizaciones del concepto, apenas

se ha resaltado explícitamente. Tan sólo encontramos una descripción del apego al lugar en estos términos, aunque bajo una denominación diferente. Sarbin (1983) habla del término español *querencia*, que refleja la *tendencia frecuentemente observada de las personas a preferir permanecer cerca de determinados lugares*. Es la inclinación de los seres humanos y otros animales a buscar el lugar donde se criaron o encontrar un espacio en el que sentirse confortables y seguros. El toro buscando un lugar especial en el ruedo suele usarse para ejemplificarlo. El diccionario la define como la tendencia del hombre y de ciertos animales a volver al sitio en que se han criado o tienen costumbre de acudir, o tendencia natural de un ser animado hacia algo. Sin embargo, como decíamos, a excepción de este autor apenas se ha descrito el apego al lugar en estos términos. Por el contrario, otros muchos aspectos se han incorporado en su descripción, por ejemplo el papel que cumple el apego sobre la identidad, su influencia sobre el sentimiento de comunidad, etc. En nuestra opinión, estos otros aspectos no son inherentes al apego, no son definitorios, y en cambio sí lo es la tendencia a permanecer cerca del objeto de apego.

2.3. Componentes del apego

Dentro del apego infantil se han distinguido **3 componentes básicos**: las conductas de apego, el modelo mental de la relación con las figuras de apego, y los sentimientos que conlleva. **Las conductas de apego** son aquellas que están orientadas a mantener la proximidad y el contacto con las figuras de apego, tales como llamadas mediante lloros, sonrisas, vocalizaciones, etc. Se ha

comprobado que estas conductas poseen una especificidad y consistencia indudables. El grado de intimidad, la desformalización y frecuencia de estas conductas es mucho mayor: tienen lugar contactos más frecuentes, más íntimos, más extensos, y la comunicación se basa más en gestos, es más informal (ruptura frecuente del espacio interpersonal, uso de palabras que no existen, transformación de otras, etc. (López, 1993). **El modelo mental** de la relación (o modelo de trabajo) se refiere a los recuerdos de ésta, el concepto que se mantiene de la figura de apego y de sí mismo, las expectativas sobre la relación, etc., siendo los contenidos más relevantes la representación sobre la accesibilidad de la figura de apego y la disposición a responder a ésta. Por último, **los sentimientos** son el componente menos estudiado, por ser el más difícil de abordar. Dado que el apego se define como un vínculo afectivo, se deduce que conlleva sentimientos referidos a la figura de apego y a sí mismo. Sin embargo, actualmente no se está en disposición de ofrecer "un cuadro completo de estos sentimientos" (López, 1993). Únicamente puede asegurarse que una adecuada relación con la figura de apego implica un sentimiento de seguridad asociado a su proximidad y contacto, y una pérdida de esa figura produce miedo y angustia.

Aunque no se hace referencia a él, estos componentes básicos del apego infantil fácilmente nos recuerdan al modelo tridimensional de la actitud, y sus componentes afectivo, cognitivo y conductual. Ya hemos mencionado que en la definición de apego al lugar existe cierto consenso en reconocer estos tres componentes. Encontramos pues cierto paralelismo entre ambos campos. La diferencia con los estudios de apego infantil radica en que mientras éstos han dedicado una mayor atención al componente conductual, el estudio del apego al lugar se ha centrado mayoritariamente en el afectivo, precisamente

el más difícil de abordar. Es posible que ésta sea otra de las causas de su lento progreso. Quizás, al igual que en el apego infantil, una vía fructífera de investigación pudiera ser analizar con mayor detalle los aspectos conductuales del apego al lugar.

2.4. **Teorías sobre el apego**

El estado de la investigación sobre apego al lugar no ha propiciado el desarrollo de teorías generales o parciales que intenten explicar este fenómeno. Sin embargo, aún sin el respaldo de una teoría asentada, algunos autores han apuntado ideas sobre las posibles causas de esta vinculación con los lugares. Entre estas explicaciones podemos encontrar dos grupos: unas que se centran en aspectos individuales y otras que recurren a factores filogenéticos.

Para las primeras la formación y el desarrollo del apego al lugar se debe a la experiencia directa de las personas con determinados lugares, y su asociación a lo largo del ciclo vital con situaciones y momentos de carácter placentero y afectivo. Por ejemplo Chawla (1992) atribuye el apego que desarrollamos a aquellos lugares donde hemos jugado de niños a la felicidad que estos espacios nos proporcionan. Y Cooper Marcus (1992) enfatiza el papel de la experiencia emocional con los lugares a través de los recuerdos que dichos lugares nos elicitán.

Para otros autores, sin embargo, hay que remontarse a nuestro pasado evolutivo para encontrar las causas y funciones del apego al lugar en la conducta humana. Así, por ejemplo, Shumaker y Taylor (1983) señalan el valor adaptativo que tiene, al menos para los primates y humanos, permanecer en un lugar familiar. Desde el punto de vista de la filogénesis, el área de la casa y sus alrededores son lugares de mayor seguridad frente a ataques de otros miembros de la especie. Además, debido a que el residente está familiarizado con los recursos del área, le resulta más fácil defenderse dentro de este área que en otro lugar menos conocido. Asimismo, la satisfacción de necesidades básicas como la comida y el agua resulta más fácil de obtener en los lugares habituales. Todo esto lleva a Shumaker y Taylor (1983) a concluir que "el sistema de apego localiza la conducta alrededor de la casa debido a que resulta funcionalmente ventajoso" (p.238). Otros autores han destacado la función del apego al lugar de contribuir a mantener la seguridad del individuo (Brown y Perkins, 1992; Low y Altman, 1992; Rivlin, 1982). Permanecer en un lugar conocido nos permite tener un mayor grado de control sobre nuestro entorno. Nuestra capacidad para predecir los acontecimientos y el acceso a los recursos también son mayores en ambientes familiares. Cuando nos alejamos de nuestro entorno habitual nuestra capacidad de control y previsibilidad sobre lo que puede ocurrir es mucho menor. Nuestra vulnerabilidad por tanto aumenta. El apego al lugar de esta forma cumple la función de mantenernos en lugares seguros.

En esta función del apego al lugar encontramos un nuevo punto de unión con el apego infantil. También en los estudios sobre el apego madre-hijo se ha destacado la función de búsqueda y mantenimiento de la seguridad. No obstante, no ha sido ésta la única explicación ofrecida, y

previamente se desarrollaron otras teorías explicativas. A continuación se presenta un breve resumen de éstas.

Inicialmente, la relación afectiva que los niños desarrollan hacia sus madres fue explicada tanto por el psicoanálisis como por el conductismo como una búsqueda de satisfacción de las necesidades biológicas del niño: alimento, temperatura, etc. El interés por las personas que le cuidan se produce cuando el niño aprende que son éstos los que satisfacen sus necesidades. Para Freud, dado que es la madre quien cubre las necesidades biológicas del niño en la mayoría de las circunstancias, el niño invierte su energía libidinal en ella, convirtiéndose en el objeto primario de amor del niño (Miller, 1993). En cuanto a las teorías del aprendizaje, explican el apego infantil mediante la asociación repetida de la madre con el alimento, lo que la convierte en un reforzador positivo. El niño se apega a la madre porque es ésta la que le proporciona el alimento. De esta forma, el apego hacia los adultos para ambas teorías es aprendido y secundario. Lo primario es la satisfacción de las necesidades y como resultado de ésta, se desarrolla el apego hacia las personas que cubren esas necesidades.

Sin embargo, algunas observaciones pusieron en entredicho esta explicación. Por ejemplo, los niños criados en orfanatos y los hallazgos de la etología sobre la impronta. En primer lugar, Bowlby, en contacto con numerosas instituciones para niños sin familia comprobó que éstos mostraban problemas psicológicos por la falta de vínculos afectivos a pesar de tener cubiertas las necesidades físicas. Esto hacía suponer que la alimentación y el cuidado no eran los únicos motivos del interés de los niños por sus madres. Por otra parte, los estudios de la etología llevaban a la misma conclusión. Es famosa la imagen de Konrad Lorenz perseguido por una pollada de gansos, que le ayudó a

demostrar que algunas aves tienen una tendencia innata a apegarse a la madre, previa a cualquier aprendizaje e independientemente de recompensas alimentarias, y que este instinto es tan fuerte que en el caso de sustituir la figura de la madre por otra figura (por ejemplo el mismo Lorenz) u objeto, las crías se apegarán a éstos. Lorenz (1935) llamó a este fenómeno *impronta*, y ha sido explicado en términos de su valor adaptativo desde el punto de vista filogenético. Posteriormente, Harlow y sus colaboradores (1962, 1965) demostraron que los monos tienen una preferencia por el contacto con superficies suaves, similares a la figura materna, independientemente de la alimentación.

Estos diferentes hallazgos llevaron a Bowlby a formular la que ha sido conocida como Teoría del apego (Bowlby, 1969, 1973, 1980). Según ésta, la conducta de apego en los humanos es similar a la de otros animales, y así, la tendencia de los niños hacia los adultos es primaria, cumpliendo la función de mantener su seguridad. Es decir, el niño tiene una predisposición biológica a buscar la proximidad y el contacto con los miembros de su especie. Esta preferencia acaba convirtiéndose en una vinculación afectiva con las personas que le cuidan, cuya función es favorecer la supervivencia. La manifestación objetiva de esta función es mantener próximos y en contacto a las crías y progenitores. Desde el punto de vista subjetivo se traduce en la búsqueda de seguridad mediante la presencia y el contacto con las figuras de apego. La ausencia o pérdida de estas figuras es percibida como amenazante, especialmente en los momentos de aflicción. Las figuras de apego funcionan como una base de seguridad a partir de la cual se explora el ambiente, siendo la relación apego-exploración una de las más estudiadas, no sólo en la especie humana sino también en otras como aves y mamíferos.

Igualmente, estudios realizados sobre apego entre adultos (Hazan y Zeifman, 1994; Kirkpatrick y Davis, 1994) han puesto de manifiesto que también estas relaciones humanas cumplen las funciones de mantenimiento de la proximidad, resistencia a la separación, base segura y refugio. Estos estudios han comprobado que las relaciones adultas van sustituyendo progresivamente a las relaciones entre padres e hijos en cada una de estas funciones.

En resumen, vemos que desde la Teoría del apego el vínculo afectivo madre-hijo se considera una predisposición primaria, no aprendida, hacia los miembros de la propia especie. Su función es mantener la seguridad, pero no puede ser explicado únicamente a partir de ella. Ya hemos visto que garantizar esta necesidad no es suficiente para los niños huérfanos. Es necesario recurrir a su carácter primario: la preferencia por los miembros de la especie viene determinada biológicamente. Del mismo modo, la preferencia por los lugares conocidos puede ser una predisposición innata, no adquirida. Como hemos visto, la supervivencia no solamente es más probable junto a otros miembros de la especie, sino también permaneciendo en aquellos lugares familiares. Es posible pues que las relaciones entre el apego al lugar y el apego infantil y adulto sean más estrechas de lo que hasta ahora se ha supuesto, y estas tres formas de apego constituyen tres elementos de un mismo sistema adaptativo.

CAPÍTULO 3

ESTUDIOS SOBRE APEGO AL LUGAR

Como hemos visto en el primer capítulo, una primera línea de investigación sobre los sentimientos afectivos de las personas hacia las comunidades donde residen se desarrolló en el campo de la Sociología, centrada fundamentalmente en torno al debate sobre los modelos sistémico y lineal. Al mismo tiempo, y por otros motivos, el interés por los sentimientos hacia el ambiente residencial se fue desarrollando en el seno de la Psicología Ambiental, dando lugar a la aparición del término apego al lugar (Gerson y cols. 1977). Este interés dió lugar como hemos visto al surgimiento de un gran número de conceptos cercanos. Actualmente parece haber una aceptación global del concepto apego al lugar, aunque el número de estudios es todavía moderado. El estado de la investigación es incipiente. Como indican Low y Altman (1992), la historia del pensamiento sobre apego al lugar está siguiendo una trayectoria similar a la de muchos conceptos de las ciencias sociales. En un primer momento, un fenómeno se hace saliente y se comienza a verter esfuerzo intelectual sobre él. En esta etapa, el fenómeno es analizado como si hubiera consenso sobre su significado. En una segunda fase, la presunción de consenso comienza a debilitarse, y los investigadores describen el fenómeno con mayor rigor y desarrollan taxonomías de subtipos para a menudo concluir que es multidimensional y consiste en varios fenómenos relacionados pero diferentes. Todavía existe una tercera fase en la investigación, consistente en el desarrollo de posiciones teóricas sistemáticas y programas de investigación claramente delineados, así como en la aplicación del conocimiento adquirido a la solución de problemas prácticos. Para estos autores, la investigación sobre apego al lugar se encuentra actualmente en la segunda fase, y de hecho reconocen la multidimensionalidad del concepto y animan al desarrollo de taxonomías. El hecho es que en estos momentos no contamos con modelos teóricos globales o parciales que nos permitan integrar los conocimientos adquiridos. A pesar del optimismo inicial de Shumaker y Taylor (1983), poco esfuerzo posterior se ha realizado en este sentido.

A continuación se presentan las principales investigaciones realizadas bajo el término apego al lugar. Analizaremos los principales resultados encontrados hasta el momento junto con los problemas que presentan. En primer lugar comenzaremos exponiendo algunos aspectos metodológicos característicos de este campo, para centrarnos posteriormente en las principales cuestiones que se han planteado en torno a la investigación.

3.1. Aspectos metodológicos de la investigación sobre apego al lugar

Antes de comenzar a describir los resultados de la investigación vamos a analizar algunas de las características metodológicas que presentan estos estudios. En primer lugar hay que destacar el carácter correlacional de la mayor parte de la investigación sobre apego al lugar, junto a unos cuantos trabajos basados en enfoques cualitativos. Entre los primeros generalmente se emplean diseños multivariados de covariación y/o predicción, donde se intenta encontrar relación entre el apego al lugar y otras variables. En cuanto a los estudios cualitativos, normalmente consisten en análisis descriptivos de casos.

Centrándonos en los estudios correlacionales, por ser los más numerosos, las técnicas más empleadas son la entrevista y el cuestionario. Así, para medir el apego al lugar lo habitual es preguntar al sujeto sobre diferentes tipos de sentimientos, y a veces de conductas, hacia su lugar de residencia. Este procedimiento presenta los problemas de fiabilidad y validez propios de estas técnicas. La fiabilidad suele corregirse buscando un buen nivel de consistencia interna. En cuanto a la validez, rara vez se informa sobre ella. Asimismo, en el caso que nos ocupa puede existir la dificultad añadida de que tal y como han manifestado varios autores (Brown y Perkins, 1992; Giuliani y Feldman, 1993) el apego al lugar es a

menudo inconsciente por parte del individuo. De esta forma, interrogar directamente al sujeto por su grado de apego puede no ser una forma adecuada de medición. Para Brown y Perkins (1992), el apego al lugar se hace realmente evidente para el individuo cuando se produce una disrupción, cuando se ve obligado a abandonar dicho lugar, por lo que ellos sugieren utilizar esta situación para evaluarlo.

En cuanto a los cuestionarios o escalas utilizados, las mayores dificultades se presentan en la elección de ítems válidos para medir el apego al lugar. Una revisión de los empleados en la bibliografía desvela una gran variabilidad, no siempre afortunada. Esta diversidad, por otro lado, es fruto de la confusión conceptual a la que nos referimos en el capítulo anterior. De esta forma, diferentes definiciones del concepto han dado lugar a diferentes operacionalizaciones. En general, podemos diferenciar en los cuestionarios sobre apego al lugar entre aquellos que utilizan un único ítem y los que emplean una escala compuesta por un número variable de ítems. Entre los primeros resulta curioso advertir que no hay dos estudios que utilicen el mismo ítem (Tabla 3.1). Por ejemplo, Guest y Lee (1983) emplearon como medida de apego el ítem: echaría de menos este lugar si me fuera a vivir a otro sitio. Taylor, Gottfredson y Brower (1984a) buscan una medida más original y utilizan la capacidad para dar un nombre al barrio como medida de apego. Para justificarlo se basan en estudios anteriores en los que se encuentra relación entre estas dos variables (Hunter, 1974; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984b). Otros autores, sin embargo, no están de acuerdo con esta medida. Para Kaplan (1984), por ejemplo, la capacidad para recordar el nombre del barrio propio constituye una medida débil de apego, y sería preferible una medida multi-ítem. Amérigo (1990), en un trabajo sobre satisfacción residencial incluye una medida de apego al barrio como variable predictora a través del ítem: Si pudiera, ¿se cambiaría de barrio?, con una segunda cuestión en el caso de contestar negativamente a la primera: ¿Y si fuera a otra casa mejor?. Ringel y Finkelstein (1991) emplean también un sólo ítem. En este caso es una pregunta directa: ¿Cuánto apego siente hacia su

barrio?. Esta medida tiene el inconveniente como comentamos más arriba de que el apego al lugar puede ser inconsciente por parte del sujeto. Por último, Cuba y Hummon (1993), a pesar de que hablan de identificación con un lugar, emplean una medida utilizada en otros estudios para medir apego al lugar (Kasarda y Janowitz, 1974): ¿Se siente usted "en casa" aquí?, una pregunta que puede reflejar sentirse cómodo, a gusto, etc. más que sentir apego.

Tabla 3.1
Medidas de 1 solo ítem utilizadas en diferentes estudios

Estudio	Medida de apego utilizada
Guest y Lee (1983)	Echaría de menos este lugar si me fuera a vivir a otro sitio
Taylor, Gottfredson y Brower (1984)	Capacidad para dar un nombre al barrio
Amérigo (1990)	Si pudiera, se cambiaría de barrio?
Ringel y Finkelstein (1991)	¿Cuánto apego siente hacia su barrio?
Cuba y Hummon (1993)	¿Se siente usted "en casa" aquí?

Por otra parte, entre aquellos que utilizan una escala el número y contenido de los ítems también varía. Por ejemplo, Gerson y cols. (1977) en la operacionalización del apego construyen una escala de 19 ítems referidos mayoritariamente a índices de relaciones sociales: presencia de amigos o familiares en el

barrio, participación en asociaciones vecinales, relaciones con los vecinos, etc., junto a otros referidos al barrio en general: feliz con el barrio y descontento en caso de marcharse. A partir de esta escala, y dado que obtienen bajos niveles de asociación entre las diferentes medidas de apego, hablan de cuatro tipos de apego hasta cierto punto independientes: tres referidos a lazos sociales y un cuarto al que denominan apego afectivo, si bien en sentido estricto sólo éste último puede considerarse realmente una medida de apego al lugar, ya que los otros tres hacen referencia a *frecuencia* de relaciones sociales. En el estudio de Taylor, Gottfredson y Brower (1985) las medidas de apego utilizadas fueron todas variables con las que se había encontrado relación en otros estudios previos con el apego: tener la vivienda en propiedad, tiempo de residencia, similitud percibida con los vecinos, conocimiento de los vecinos, pertenencia a organizaciones locales, confianza en los vecinos, capacidad para dar un nombre al barrio y, de nuevo de forma novedosa, cuidados del jardín. Sin embargo, no parece adecuado medir un concepto a través de sus correlatos, sobre todo cuando estos resultados no están nada claros, como veremos. Otro estudio que destaca por la forma original de medir el apego es el de Brown y Werner (1985); junto a otras medidas ya habituales, como nivel de relaciones sociales, satisfacción, identificación y sentimiento de seguridad, se añade la decoración de las casas en fiestas como navidades y haloween, en la suposición de que aquellas personas que no se sientan vinculadas afectivamente con sus casas no se verán motivadas a decorarlas para estas fiestas transitorias.

Tabla 3.2
Diferentes escalas utilizadas para medir apego al lugar

Gerson y cols. (1977)	Taylor y cols. (1985)	Brown y Werner (1985)	Fuhrer y Kaiser (1993)	Harris y cols. (1996)
relaciones sociales participac	vivienda propiedad tiempo de	relaciones sociales	relaciones sociales intencione	apego satisfacci ón

ión feliz con barrio descontent o de marcharse	residencia similarida d percibida con los vecinos conocimien to de los vecinos capacidad para dar un nombre al barrio cuidados del jardín	satisfacci ón identifica ción sentimient o de seguridad decoración de las casas en fiestas como navidades y haloween	s respecto a la casa conductas en la casa opiniones sobre la casa	arraigo identidad sentimient os de agrado comodidad seguridad
---	---	---	---	---

Fuhrer y Kaiser (1993) construyen una escala de 17 ítems referidos a contactos sociales, intenciones, conductas y opiniones sobre la casa y sus alrededores, pero no los incluyen en su estudio. Twigger-Ross y Uzell (1996) utilizan una escala de 20 ítems, aunque tampoco los describen. Por último, Harris, Brown y Werner (1996) construyen una escala formada por 23 ítems referidos a apego, satisfacción, arraigo, identidad, y sentimientos de agrado, comodidad y seguridad en la casa. En la Tabla 3.2 se ofrece un resumen de las diferentes escalas.

Tras esta revisión parece claro que está lejos de existir consenso a la hora de medir el apego al lugar. En todo caso algunas de las medidas utilizadas pueden resultar más apropiadas que otras. En general, desde un punto de vista metodológico las medidas multiítem son preferibles a las de un sólo ítem, pues incrementan la fiabilidad. Sin embargo, las escalas multiítem desarrolladas a menudo

presentan un grave problema de validez. Y es que da la impresión de que "todo vale" en la operacionalización del apego al lugar. Quizás esta última afirmación sea exagerada, pero queremos resaltar con ella la falta de rigor al respecto, utilizándose variables/ítems tan diversos como frecuencia de interacciones sociales, cuidados del jardín, satisfacción, identidad, decoración navideña, tiempo de residencia o seguridad.

Resulta pues necesario profundizar en la operacionalización del apego al lugar. No obstante, ya hemos dicho que este problema no es independiente de otros sino más bien debido a la confusión conceptual, y no podrá avanzarse en aquél mientras no se haga en éste.

3.2. Predictores de apego al lugar

Una de las cuestiones que más se han planteado los investigadores sobre este tema ha sido la identificación de variables que ayuden a predecir cuándo las personas se sentirán más apegadas a los lugares en los que viven. A pesar del interés desplegado en este sentido, no se han alcanzado unas conclusiones firmes, ya que los resultados obtenidos varían de un estudio a otro. Esta falta de acuerdo en la búsqueda de predictores no es un problema exclusivo de este campo. Entre los conceptos cercanos que hemos revisado en el capítulo 1, al menos en dos de ellos se reproduce esta discordancia: el sentimiento de comunidad y la satisfacción residencial. En ambas áreas de investigación la búsqueda de predictores ha arrojado resultados diferentes en los distintos estudios realizados (véase por ejemplo

las revisiones de Hill, 1996 y Américo, 1995). Y también en ambos la explicación ofrecida ha sido la misma. Según estos autores, los predictores varían en función de las características del ambiente residencial evaluado, de ahí que no sea posible obtener predictores generalizables a toda la población, sino en todo caso a poblaciones similares. Sin embargo, esta explicación no ha sido comprobada empíricamente. Por otra parte, como ya hemos comentado, al menos en el estudio del apego al lugar es posible que las diferencias en los predictores encontrados sean debidas a las diferentes formas de operacionalizar el concepto. En este sentido, se necesitan nuevos estudios que ayuden a clarificar esta situación.

A continuación se presentan los resultados hallados hasta este momento. Entre las variables analizadas como posibles predictoras de apego al lugar hay que destacar al menos dos grupos: el nivel de relaciones sociales y los factores sociodemográficos, mientras que otros factores de distinta naturaleza han sido poco explorados. En la Tabla 3.3 se ofrece un resumen de las principales variables analizadas y los resultados obtenidos.

En los estudios sobre apego al lugar, las relaciones sociales en el barrio o comunidad estuvieron presentes desde el primer momento como un factor fundamental. Entre otros motivos, hay que señalar el impacto de algunos estudios desarrollados en el “West End” de Boston. En estos trabajos se puso de manifiesto la importancia de las redes sociales del vecindario para sus habitantes (Gans, 1962; Fried, 1963). El West End era un barrio antiguo de clase obrera situado en el centro de la ciudad. Sus calles eran estrechas, con edificios de tres a cinco plantas, y pequeños comercios entre ellos. La vida social

dentro del barrio era particularmente intensa. Debido a que gran parte del barrio se encontraba en mal estado, se planificó una renovación urbana, para lo cual fue necesario realojar a sus habitantes. Fried llevó a cabo su estudio precisamente durante el periodo de realojamiento forzoso a que se vieron sometidos los residentes. Descubrió que las personas forzadas a abandonar su barrio manifestaban una gran aflicción, tan intensa como el dolor y la pena por la pérdida de un ser querido. Esta reacción de aflicción fue explicada fundamentalmente como una consecuencia de la pérdida de las relaciones sociales establecidas en el vecindario, que no podía remediarse ni siquiera con la obtención de una casa propia.

Por otra parte, también en los trabajos sobre *apego a la comunidad* hemos visto que la existencia de relaciones sociales en el barrio (presencia de familiares y amigos) apareció como un factor importante a la hora de predecir los sentimientos afectivos hacia la comunidad.

De esta forma, las relaciones sociales en el barrio se convirtieron en un factor crucial en la investigación sobre apego al lugar, hasta el punto de que en ocasiones para operacionalizar el apego se utilizaron medidas de relaciones sociales, como hemos visto en el apartado de aspectos metodológicos. Sin llegar a este extremo, otros trabajos han confirmado la relación entre el nivel de relaciones sociales en el barrio y el apego al lugar (Ahlbrandt, 1984; Guest y Lee, 1983; Ringel y Finkelstein, 1991), si bien otros autores no han encontrado esta relación (Cuba y Hummon, 1993) o algunos como Gerson y cols. (1977) mantienen que tener amigos en el barrio puede ser una *consecuencia* del apego, y no una causa.

Además de las relaciones sociales se ha analizado el poder predictivo de un conjunto de variables sociodemográficas. Entre éstas destaca el tiempo que la persona lleva residiendo en el lugar actual. Ya vimos en los estudios realizados desde la Sociología que el tiempo de residencia se mostró una variable importante. También en las investigaciones posteriores se ha comprobado que las personas que llevan más tiempo residiendo en un lugar sienten más apego hacia ese lugar (Riger y Lavrakas, 1981; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984b). Ahora bien, si este aumento en el apego es fruto directamente de permanecer mayor tiempo en la zona, o se debe a otras variables mediadoras no ha quedado suficientemente claro. Así por ejemplo, Gerson y cols. (1977), Taylor, Gottfredson y Brower (1984a) y Sampson (1988) obtienen resultados que indican que el tiempo de residencia influye sobre el nivel de apego al lugar a través del incremento del número de relaciones sociales en el barrio. Esto es, las personas que llevan más tiempo residiendo en un lugar conocen a un mayor número de personas y por tanto disfrutan de un mayor nivel de relaciones sociales, siendo éstas las que tienen un efecto directo sobre el apego. Así, cuando se eliminan los efectos de las relaciones sociales, el poder predictivo del tiempo de residencia desaparece. Otros estudios no han encontrado ningún tipo de relación entre estas variables (Cuba y Hummon, 1993; Ringel y Finkelstein, 1991).

Algo similar ocurre con la clase social. A pesar de que algunos estudios han mostrado su efecto sobre el apego (Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a, 1985), otros mantienen que cuando se controla el nivel de calidad física, la influencia de la clase social desaparece (Gerson y cols., 1977).

Un factor sobre el que parece haber acuerdo es el régimen de vivienda en propiedad o alquiler. Todos los estudios revisados que han analizado esta variable han encontrado un mayor apego al lugar entre aquellos que poseen la vivienda en propiedad (Gerson y cols., 1977; Riger y Lavrakas, 1981; Ringel y Finkelstein, 1991; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a, 1984b, 1985). En la mayor parte de estos trabajos la relación encontrada ha sido directa, si bien en uno de ellos (Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a) esta relación estuvo mediatizada por el nivel de participación local.

En cuanto a la edad, aunque Kasarda y Janowitz (1974) no consiguieron mostrar su efecto, los estudios posteriores que la han analizado encontraron una relación positiva (Cuba y Hummon, 1993; Goudy, 1982; Sampson, 1988, etc.). Sin embargo, la etapa del ciclo vital interfiere de forma curiosa. Así, parece ser que tener hijos promueve el deseo de mudarse (Gerson y cols., 1977), posiblemente por adquirir necesidades diferentes a otras etapas anteriores (más habitaciones, presencia de espacios recreativos, escuelas, etc.).

El género, en cambio, apenas ha sido analizado en los estudios realizados. En algunos estudios descriptivos se ha observado que las mujeres sienten más apego a la casa que los hombres (Csikzentimihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Krupat, 1985). Cuba y Hummon (1993) comprobaron esta relación empíricamente y en efecto encontraron mayor apego a la casa entre las mujeres.

Otras variables relacionadas ocasionalmente con el apego al lugar han sido: expectativas de permanecer en el lugar actual (Riger y Lavrakas, 1981), participación local (Cuba y Hummon, 1993;

Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a), nivel de ingresos y educación (Taylor, Gottfredson y Brower, 1985), número de viviendas anteriores (Cuba y Hummon, 1993), uso de los recursos locales (Ahlbrandt, 1984; Ringel y Finkelstein, 1991) y privacidad (Harris, Werner y Brown, 1995; Harris, Brown y Werner, 1996). Este último trabajo destaca por utilizar el análisis de vías para comprobar esta relación.

Tabla 3.3
Predictores de apego al lugar analizados en la literatura

Variable	Relación directa	Relación indirecta	No hay relación
Relaciones sociales	Ahlbrandt, 1984; Guest y Lee, 1983; Ringel y Finkelstein, 1991	Gerson y cols., 1977	Cuba y Hummon, 1993
Tiempo de residencia	Riger y Lavrakas, 1981; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984b	Gerson y cols. 1977; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a; Sampson, 1988	Cuba y Hummon, 1993; Ringel y Finkelstein, 1991
Propiedad	Gerson y cols., 1977; Riger y Lavrakas, 1981; Ringel y Finkelstein, 1991; etc.	Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a	
Clase social	Riger y Lavrakas, 1981; Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a, 1985	Gerson y cols., 1977	
Edad	Riger y Lavrakas, 1981; Cuba y Hummon, 1993; Goudy, 1982; Sampson, 1988	Kasarda y Janowitz, 1974	
Sexo	Cuba y Hummon, 1993		
Tener hijos	Gerson et al, 1977 (-)		
Expectativas permanecer	Riger y Lavrakas, 1981		

Participación local	Cuba y Hummon, 1993 Taylor, Gottfredson y Brower, 1984a		
Nº viviendas anteriores	Cuba y Hummon, 1993		
Uso recursos	Ahlbrandt, 1984		Ringel y Finkelstein, 1991
Privacidad	Harris, Brown y Werner, 1996		

Como hemos visto, la búsqueda de predictores de apego al lugar no ofrece unos resultados definitivos. Por un lado, las divergencias entre estudios no permiten extraer conclusiones firmes respecto a las variables analizadas. Por otro, parece haber un excesivo interés en factores sociodemográficos, que difícilmente nos van a ofrecer una explicación del apego al lugar. A este respecto, podría resultar de interés analizar otras variables que pudieran dar cuenta de las causas del apego, las funciones que cumple, etc.

3.3. El ámbito de análisis

Una cuestión sobre el apego al lugar que no ha recibido una gran atención por parte de los investigadores sobre el tema es determinar los diferentes lugares hacia los que se desarrolla fundamentalmente el apego. Si tenemos en cuenta los trabajos realizados hasta este momento comprobaremos que la mayoría de ellos ha centrado su ámbito de análisis en el entorno del barrio o la comunidad. Esto es, el estudio del apego al lugar se ha reducido casi exclusivamente al estudio del apego al barrio. Desde los primeros estudios sobre apego a la comunidad (Kasarda y Janowitz, 1974), o los realizados anteriormente por Fried (1963) en el West End de Boston, centrados en el nivel del barrio, éste

ha sido el ámbito espacial mayoritariamente elegido por los investigadores. Los motivos para la preferencia por este ámbito pueden ser varios. Por un lado, puede ser un efecto de los estudios sobre satisfacción residencial, muy ligados en principio al estudio del apego al lugar, tal como hemos visto. Por otro, existe cierta asunción implícita de que el barrio es el nivel de apego preferido, es decir, que el apego al barrio será mayor que el apego a otros niveles espaciales, como por ejemplo la casa, la ciudad o la región. Los estudios realizados indican que un alto porcentaje de personas (entre el 40% y el 65%) manifiestan apego a sus barrios (Cuba y Hummon, 1993; Gerson y cols, 1977; Guest y Lee, 1983). Sin embargo, se plantea la cuestión de si es el barrio el nivel de apego preferente, o por el contrario existen otros niveles espaciales donde el apego es más relevante.

En general, todos los autores reconocen implícita o explícitamente que las personas pueden desarrollar sentimientos de apego hacia otros lugares de ámbito inferior, como una casa o una calle y lugares de ámbito superior, como una nación. A pesar de ello, son pocos los que se deciden a investigarlos empíricamente. Una excepción a esta tendencia general es el libro de Altman y Low (1992). De acuerdo con estos autores, los lugares a los que se puede estar apegado varían en escala, especificidad y tangibilidad, desde muy pequeños (por ejemplo, objetos) hasta una nación, la tierra o el universo. Y el libro editado por ambos así lo muestra. En los diferentes capítulos se describen ejemplos de apego a diferentes lugares tales como la casa (Cooper Marcus, cap. 5; Ahrentzen cap. 6), los espacios de juego infantiles (Chawla, cap. 4), una plaza (Lawrence, cap. 10; Low, cap. 8), el bosque (Pellow, cap.9; Hufford, cap. 11) u objetos (Belk, cap. 3). Cada uno de estos trabajos, no obstante, analiza únicamente un nivel, por lo que no permiten realizar comparaciones en el apego a diferentes niveles espaciales.

Una investigación que sí ha analizado simultáneamente varios niveles espaciales es la de Cuba y Hummon (1993). Aunque estos autores no hablan de apego sino de identidad de lugar, la medida empleada en este estudio (¿Se siente usted "en casa" aquí?) ha sido utilizada en otros trabajos para medir el apego al lugar (p.e. Kasarda y Janowitz, 1974), por lo que podemos considerar sus resultados relevantes para este campo. En este trabajo se analiza la existencia de distintos niveles de identificación espacial (sentirse "en casa") entre los habitantes de un condado de Massachusets. Los tres niveles analizados fueron casa, comunidad y región. Los sujetos respondían "Sí" o "No" ante la pregunta anterior. La mayoría de los sujetos (42,6%) admitió identificarse con los tres niveles, seguidos por un 16% que se identificaba sólo con la región, un 13% sólo con la casa y por último únicamente un 10,3% se identificaba sólo con la comunidad. Así, estos resultados parecen indicar que es precisamente el nivel más estudiado (el barrio o comunidad) hacia el que un menor número de personas siente apego. En cualquier caso, sería necesario contar con otros trabajos que utilicen medidas específicas de apego y exploren otros niveles, de manera que sea posible compararlos entre sí.

Por otra parte, es posible que el apego pueda desarrollarse no sólo hacia los lugares donde residimos, sino también hacia otros tipos de lugares. Piénsese por ejemplo en la tendencia de los estudiantes a ocupar el mismo lugar en el aula, la preferencia por una esquina del sofá o un lado de la cama.

A menudo, cuando se habla de apego al lugar no se especifica la concepción de lugar que se está utilizando. Si atendemos a los estudios realizados podemos observar que la mayor parte de ellos han considerado los lugares únicamente como entornos sociales, suponiendo por tanto que el apego está dirigido hacia dichos entornos. Así, por ejemplo, hemos visto que una medida bastante frecuente del apego al lugar ha sido la existencia de relaciones sociales en el barrio, asumiendo que éstas son reflejo de aquél. Por el contrario, encontramos una escasez de referencias a la dimensión física de los lugares, tanto en las definiciones del concepto como en su operacionalización. Excepcionalmente, algunos autores como Low y Altman (1992) se han ocupado de esta cuestión, para afirmar que “los lugares son el contexto en el que ocurren las relaciones interpersonales, y es a estas relaciones sociales a lo que las personas están apegadas, no a los lugares como tales” (pág. 7). Igualmente, en los trabajos pioneros en este campo realizados por Fried (1963) en el West End de Boston, encontramos un excesivo énfasis en el papel de las relaciones sociales sobre el desarrollo de sentimientos afectivos hacia los lugares de residencia, que ha dejado su huella en gran parte de los trabajos posteriores.

Desde esta perspectiva por tanto podría suponerse que el apego al lugar es en realidad apego a las personas que habitan en dicho lugar, y consecuentemente, la falta de este apego que podríamos denominar "social" daría como resultado una ausencia o disminución del apego global por el lugar de residencia. Esta última afirmación no parece muy razonable, sobre todo en el seno de la Psicología Ambiental, surgida fundamentalmente para reclamar el papel de los entornos físicos sobre el funcionamiento psicológico de los individuos. El concepto de lugar ha sido definido de diversas maneras en la breve historia de esta disciplina. Una de las más aceptadas ha sido la propuesta por Canter (1977) en su “Teoría del lugar”, según la cual un lugar se define como "el resultado de la relación entre acciones,

concepciones y atributos físicos” (pág. 159). Es decir, el concepto de lugar comprende las acciones o conductas que se llevan a cabo en este lugar, las propiedades físicas de ese lugar y la concepción que la persona mantiene de tales acciones en dicho espacio físico. Así, según esta perspectiva, la concepción que tenemos de los lugares depende entre otras cosas de los atributos físicos de ese lugar, por lo que no parece pertinente su olvido.

En otros campos cercanos, por ejemplo en la satisfacción residencial, tradicionalmente se evalúa tanto la dimensión social como la física de los entornos residenciales, a pesar de que la primera tenga un peso mayor. Asimismo, existen algunos estudios sobre apego al lugar que apoyan esta perspectiva. Riger y Lavrakas (1981), mediante análisis factorial, identificaron la existencia de dos dimensiones o "tipos" de apego al barrio: *arraigo o apego físico* y *vinculación o apego social*. Posteriormente, otros autores han confirmado estas dos dimensiones del apego al lugar. Por ejemplo, Taylor, Gottfredson y Brower (1985) obtuvieron también dos dimensiones o factores de apego: uno de ellos llamado *Arraigo e Implicación*, que equiparan al apego físico, y un segundo al que denominaron *Lazos locales*, equivalente al apego social, aunque también incluía otras variables como el tiempo de residencia. No obstante, en estos estudios las medidas de apego empleadas fueron todas indirectas, tales como el tiempo de residencia o poseer la vivienda en propiedad. Por este motivo hay que interpretar sus resultados con cierta cautela.

En cualquier caso, estos resultados no han sido lo bastante contundentes para conseguir romper con el excesivo peso otorgado a la dimensión social de los lugares sobre la formación del apego al lugar. En este sentido, son necesarios nuevos estudios que permitan discernir las relaciones entre las posibles dimensiones física y social del apego a los lugares.

3.5. Apego al lugar y otras formas de apego

Hasta ahora hemos analizado algunos de los problemas que presenta la investigación sobre apego al lugar. Sin embargo, existen otras cuestiones de interés que hasta ahora no han recibido atención empírica por parte de los investigadores de este campo. Como vimos en el capítulo anterior, la falta de una detallada descripción y definición del concepto ha ocasionado a menudo su confusión con otros conceptos cercanos. Con objeto de arrojar algo de luz a este campo, en este trabajo hemos recurrido a los estudios sobre apego infantil y adulto, en la suposición de que ambos conceptos se asemejan en algunas de sus características.

Sin embargo, hasta ahora no existe ningún trabajo en que se comparen las semejanzas o diferencias posibles entre el apego al lugar y las otras formas de apego. En esta tesis vamos a ocuparnos de esta cuestión. Concretamente analizaremos la relación entre el apego al lugar y el apego adulto, dado que el primero ha sido estudiado casi exclusivamente con muestras de personas adultas. Para ello nos centraremos en un aspecto que goza actualmente de amplia aceptación en el estudio del apego adulto, y que a su vez ha sido tomado del apego infantil: los diferentes estilos de apego. En el estudio del apego infantil (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978), así como más recientemente en los de apego adulto (Hazan y Shaver, 1987, 1990; Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990), se ha observado que las personas no sólo varían en el grado de apego que sienten, sino sobre todo en el "estilo" o la forma en que experimentan ese apego. Según estos trabajos, pueden distinguirse al menos tres formas o estilos de apego: seguro, evitante y ansioso-ambivalente. Estos estilos de apego se identificaron originalmente en el apego infantil, pero posteriormente Hazan y Shaver (1987) los trasladaron a las relaciones afectivas entre adultos,

encontrando que también éstas pueden clasificarse de estas tres formas. El *apego seguro* se considera la forma ideal de apego. Se caracteriza por unas relaciones afectivas fáciles y fluidas, sin preocuparse por la dependencia o el abandono. Las personas que se identifican con este estilo de apego confían en la accesibilidad y disponibilidad de las figuras de apego. Por el contrario, los otros dos estilos tienen en común la dificultad para establecer relaciones afectivas, aunque lo manifiestan de diferente forma. El *apego evitante* se caracteriza por negar la importancia que las demás personas tienen para uno mismo, produciéndose un rechazo a intimar con otras personas. En cambio, el *apego ansioso* adopta la estrategia contraria, y busca incesantemente el contacto y la intimidad con otras personas, al tiempo que desconfía de que sus sentimientos sean recíprocos.

Dentro de este área de investigación se considera que los tres estilos de personas sienten apego hacia otros, ya sea la madre u otros cuidadores en el caso del apego infantil o la pareja sentimental en el caso del apego adulto. Varían sin embargo en la forma en que manifiestan ese apego. Diversos estudios realizados han comprobado que estos estilos se distribuyen en la población del siguiente modo: alrededor del 56% de las personas manifiesta un apego seguro, en torno al 23% muestra un apego evitante y el 20% restante se identifica con un estilo de apego ansioso. Estos porcentajes son muy similares en diferentes muestras analizadas, así como en los estilos de apego infantil.

Del mismo modo, en el apego al lugar es posible que existan diversos estilos de apego. Quizás esta clasificación obtenida en el estudio de otras formas de apego sea apropiada también en nuestro caso. Así, encontramos ejemplos de personas que sintiéndose muy cercanos a su "tierra" no encuentran demasiados inconvenientes en alejarse de ella. Otras, en cambio, se resisten a alejarse no sólo por temporadas largas, sino incluso por estancias breves. Por último, también podemos encontrar quienes continuamente tratan

de "escapar" de los lugares donde viven, y no soportan permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. ¿Se trata de personas que están más o menos apegadas a su tierra? ¿O es simplemente que manifiestan su apego de forma diferente? Si tenemos en cuenta los trabajos mencionados sobre apego infantil y adulto parece más adecuado hablar de distintos estilos de apego. Puede, por tanto, resultar de interés comprobar si estos estilos se reproducen en el apego al lugar.

3.6. Objetivos

En resumen, a tenor de lo comentado hasta aquí, los objetivos de esta tesis son:

- 1) Analizar el apego a otros niveles diferentes del barrio y compararlos entre sí

- 2) Comprobar la existencia de apego a la dimensión física de los lugares, al margen del apego a la dimensión social.

- 3) Determinar los predictores de apego a la casa, al barrio y a la ciudad.

- 4) Analizar la semejanza entre el apego al lugar y el apego adulto. Para ello comprobaremos si los estilos de apego infantil y adulto se reproducen en el apego al lugar.

PARTE EMPÍRICA

CAPÍTULO 4

ESTUDIO 1

ÁMBITOS DE ANÁLISIS DEL APEGO AL LUGAR

4.1. Introducción

Como hemos comentado en la revisión teórica, una de las limitaciones en el estudio del apego al lugar ha sido su restricción mayoritaria al ámbito espacial del barrio. A excepción de algunos trabajos que analizan el apego a la casa, en general se ha producido un olvido de otros ámbitos espaciales. De esta forma, desconocemos en qué medida las personas pueden estar apegadas a otros lugares de categoría espacial superior o inferior, y si efectivamente, tal y como asume un gran número de estudios, es el nivel del barrio el nivel básico de apego. Esto nos llevó a plantear nuestra investigación en otros niveles además del barrio. Así, escogimos un nivel de ámbito superior, la ciudad, y otro de ámbito inferior, la casa, con objeto de comprobar la existencia de apego a otros niveles diferentes del barrio y analizar las posibles diferencias entre ellos. Para comprobar la adecuación de estos tres niveles de análisis en futuras investigaciones, planteamos un primer estudio con este objetivo principal. Esperamos encontrar un grado diferente de apego para cada uno de estos ámbitos, lo que justificaría la adecuación de su análisis en el estudio del apego al lugar. Asimismo, existen razones para pensar que el apego a la casa y a la ciudad resultan más importantes que el apego al barrio. Por un lado, el único estudio hasta el momento que ha realizado una comparación en este sentido (Cuba y Hummon, 1993) ha encontrado que el ámbito del barrio es el menos significativo para sus residentes, frente a la casa y la región. Por otro, el tipo de vida actual en las ciudades ha llevado a disminuir el tiempo y las actividades que se

desarrollan en el barrio (trabajo, compras, amigos, ocio, etc.), de manera que es posible que el barrio haya perdido importancia en la vida de sus residentes frente a otros ámbitos como la casa y la ciudad.

Por otra parte, dados los resultados contradictorios que se han obtenido en la búsqueda de predictores, hemos incluido en nuestro estudio las variables sociodemográficas más relevantes que se han estudiado hasta este momento. Concretamente se analizará el efecto de la edad, el sexo, el estado civil, el nivel socioeconómico de la vivienda, el tiempo de residencia en la casa, el barrio y la ciudad, el régimen de vivienda en propiedad o alquiler, el número de personas que habita en la vivienda, el número de viviendas anteriores, y el nivel de relaciones sociales. La relación de algunas de estas variables con el apego al lugar es confusa, ya que diversos estudios han encontrado resultados opuestos. Es el caso de la edad, la clase social, el régimen de vivienda, el tiempo de residencia o las relaciones sociales. En otros casos (sexo, estado civil, número de personas en la vivienda, número de viviendas anteriores) existe escaso apoyo empírico. Así pues, en este estudio trataremos de comprobar la relación entre estas variables y el apego al lugar. La existencia de diversas medidas de apego (casa, barrio y ciudad) nos permitirá establecer comparaciones en los diferentes ámbitos. Es de esperar que algunas de estas variables tales como la edad, el sexo, el estado civil o la clase social estén asociadas por igual con los tres ámbitos. Por el contrario, otras variables, por su naturaleza específica, estarán más ligadas a ámbitos concretos. Por ejemplo, el régimen de vivienda en propiedad, el número de viviendas anteriores y el número de personas en la vivienda podemos pensar que estarán relacionadas positivamente con el apego a la casa, pero no necesariamente con el apego al barrio y a la ciudad. El nivel de relaciones sociales en el barrio puede afectar únicamente al apego al barrio. El tiempo de

residencia en la casa, el barrio y la ciudad se asociará positivamente con los tres ámbitos de apego: casa, barrio y ciudad.

En resumen, los objetivos específicos de este estudio son:

1. Comprobar el grado de apego a la casa, el barrio y la ciudad y analizar las diferencias existentes entre estos tres ámbitos.
2. Determinar los predictores de apego a la casa, apego al barrio y apego a la ciudad.

Las hipótesis asociadas a estos objetivos son:

1. Existen diferencias en el grado de apego a la casa, el barrio y la ciudad. Concretamente esperamos que el apego al barrio será menor que el apego a la casa y a la ciudad.
2. Esperamos encontrar una relación positiva entre las variables sociodemográficas registradas y el apego al lugar. No obstante, algunos predictores de apego variarán en función del ámbito analizado:

- 2.1. Los predictores de apego a la casa serán: la edad, el tiempo de residencia en la casa, el número de viviendas anteriores y el número de personas en la vivienda.

Asímismo se espera encontrar un efecto del sexo (mujer), el estado civil (casado), y el régimen de vivienda (propiedad).

2.2. Los predictores de apego al barrio serán: la edad, el tiempo de residencia en el barrio y el nivel de relaciones sociales. También se esperan diferencias en función del sexo (mujer), el estado civil (casado) y el régimen de vivienda (propiedad).

2.3. Los predictores de apego a la ciudad serán: la edad, el tiempo de residencia en la ciudad y el nivel de relaciones sociales en la ciudad. También en este caso se esperan diferencias en función del sexo (mujer) y el estado civil (casado).

4.2. Método

4.2.1. Sujetos

Para este estudio contamos con la participación voluntaria de una muestra incidental de 115 personas, residentes en Santa Cruz de Tenerife. Dado que interesaba analizar el efecto de variables como la edad y el sexo, se controló que en la muestra apareciera suficiente variabilidad. La distribución resultante es la siguiente. El 63% de los sujetos son mujeres y el 37% restante hombres. En cuanto a

la edad, osciló entre los 18 y los 65 años, siendo la media de 31 años. En la Tabla 4.1 se presenta la distribución por grupos de edad. Como puede apreciarse, más de la mitad de los sujetos (63%) tiene entre 18 y 35 años. Un 20% se sitúa entre los 35 y 45 años, y sólo un 16% son mayores de 45 años.

Tabla 4.1
Distribución de la variable edad (n=115)

Edad	Frecuencia	Porcentaje
18-24	36	32,7
25-34	34	30,9
35-44	22	20
45-54	15	13,7
55-65	3	2,7

Así, disponemos de una muestra con un número superior de mujeres y ligeramente joven. No obstante, consideramos que existe suficiente variabilidad para los objetivos del estudio.

En cuanto al resto de variables sociodemográficas que serán analizadas posteriormente en relación con el apego al lugar, a continuación se presenta su distribución en la muestra. Respecto al estado civil, el 53% de la muestra es soltero, el 39% casado y un 2% viudo o separado (Tabla 4.2). Esta mayoría de solteros se debe probablemente a la joven edad de la muestra.

Tabla 4.2
Distribución de la variable estado civil en la muestra (n=115)

Estado civil	Frecuencia	Porcentaje
--------------	------------	------------

Soltero	59	53%
Casado	44	39%
Viudo/Separado	3	2%

El nivel de clase social se clasificó en tres grupos: alto, medio y bajo. La asignación a cada uno de estos grupos se realizó a partir del nivel de calidad de la vivienda. Del total de sujetos, un 7% vive en chalets o pisos de lujo, frente al 18% que reside en viviendas de baja calidad, mientras que el grupo más numeroso (73%) habita en pisos o casas de buena calidad (Tabla 4.3).

Tabla 4.3
Distribución de la variable clase social en la muestra (n=115)

Clase social	Frecuencia	Porcentaje
Alta	8	7%
Media	81	73%
Baja	20	18%

Por otra parte, se observa que una gran mayoría (77%) tiene la vivienda en propiedad, y tan sólo el 14% vive en régimen de alquiler (Tabla 4.4). El resto vive en residencias de estudiantes, pensiones, etc. Respecto al número de viviendas anteriores (Tabla 4.5), un 16% sólo ha residido en la vivienda actual, el 62% ha residido entre 1 y 3 casas antes de la que habita actualmente, y el 22% restante en más de 3.

Tabla 4.4
Distribución de la variable régimen de vivienda en la muestra (n=115)

Rég. vivienda	Frecuencia	Porcentaje
Alquiler	15	14
Propiedad	86	77

Refiriéndonos al número de personas que residen en la vivienda (Tabla 4.6), vemos que un escaso porcentaje de los sujetos viven solos, el 15% comparte la vivienda con otra persona (pareja, amigo, etc.) y la gran mayoría (76%) con dos o más personas.

Tabla 4.5
Distribución de la variable n° viviendas en la muestra (n=115)

N° viviendas	Frecuencia	Porcentaje
0	17	16
1-3	67	62
+3	23	22

Tabla 4.6
Distribución de la variable n° personas en la muestra (n=115)

N° personas	Frecuencia	Porcentaje
0	9	8,4
1	16	15
+1	82	76

Por último, otra variable de interés es el tiempo que los sujetos llevan residiendo en sus casas, barrios y ciudades. En la Tabla 4.7 se muestran estos datos. Como puede verse, más del 50% de los sujetos lleva un tiempo superior a los 6 años viviendo en la misma casa, y llega hasta el 35% los que llevan residiendo en sus casas más de 15 años. Por el contrario, tan sólo un 16% se ha mudado en el último año. Consecuentemente, también más de la mitad de los sujetos (66%) lleva más de 6 años en el barrio, frente al 13% que lleva menos de un año. En cuanto al tiempo de residencia en la ciudad, llega hasta un 83% los que no han cambiado de residencia en los últimos 6 años. Estos datos reflejan en general una tasa reducida de movilidad residencial.

Tabla 4.7
Tiempo de residencia en la casa, el barrio y la ciudad (n=115)

Nº años	Casa	Barrio	Ciudad
0-1	16,7	13,1	3,7
1-5	18,5	18,7	13,1
6-15	23,1	23,3	19,6
16-25	35,2	35,6	38,4
+26	7,5	9,3	25,2

Para la recogida de datos se elaboró un cuestionario especialmente diseñado para los objetivos de esta investigación (ver Anexo 1). El cuestionario consta de varias partes: en primer lugar un apartado referido a los datos de carácter sociodemográfico. En este apartado se recogía la edad, el sexo, el estado civil, el régimen de vivienda, el nivel socioeconómico de la vivienda, el tiempo de residencia, el lugar de nacimiento, el número de personas en la vivienda y el número de viviendas anteriores. A continuación se presenta una escala sobre Apego al lugar (Tabla 4.8). La medida de apego empleada en este caso fue similar a la utilizada en otros trabajos sobre Apego al lugar. Se escogieron los seis ítems que en nuestra opinión mejor representan el concepto. La diferencia con trabajos anteriores radica en que la escala se encuentra dividida en tres subescalas, en función del ámbito espacial al que se refieren: la casa, el barrio, y la ciudad de residencia. Cada subescala consta de los mismos seis ítems, aunque en cada caso referidos a un ámbito diferente. Por ejemplo: siento afecto por mi casa, siento afecto por mi barrio y siento afecto por mi ciudad.

En total, la escala de apego al lugar está compuesta de 18 ítems, evaluados en una escala de 4 puntos (nada, algo, bastante, mucho). Se utilizaron dos versiones de la escala. En una de ellas aparecían en primer lugar los seis ítems referidos a la casa, posteriormente los referidos al barrio, y por último los de la ciudad de residencia. En la segunda versión los ítems se presentaron exactamente en el orden inverso a la primera.

4.2.3. Procedimiento

La cumplimentación del Cuestionario se realizó en sesiones individuales. Para ello se contó con la participación voluntaria de estudiantes de Psicología, que tras recibir una serie de instrucciones sobre la técnica de la entrevista y sobre las características que debía cumplir la muestra lo aplicaron a personas de su entorno que se ajustaran a estas características: edad, sexo y clase social.

Tabla 4.8
Escala de apego al lugar

	Nada	Algo	Bastante	Mucho
Siento afecto por mi casa				
Me siento vinculado a mi casa				
Siento que pertenezco a mi casa				
Mi casa es importante para mí				
Me identifico con mi casa				
Me apenaría mudarme a otra casa				
Siento afecto por mi barrio				
Me siento vinculado a mi barrio				
Siento que pertenezco a mi barrio				
Me identifico con mi barrio				
Mi barrio es importante para mí				
Me apenaría mudarme a otro barrio				
Siento afecto por mi ciudad				
Me siento vinculado a mi ciudad				
Siento que pertenezco a mi ciudad				
Me identifico con mi ciudad				
Mi ciudad es importante para mí				
Me apenaría mudarme a otra ciudad				

4.3. Resultados

Los resultados obtenidos se han dividido en dos apartados, que responden a los diferentes objetivos de este estudio. En el primer apartado se incluyen los análisis de fiabilidad de la escala de apego al lugar y el análisis de los tres ámbitos de apego: casa, barrio y ciudad. En el segundo apartado se detallan los resultados relativos al análisis de las variables sociodemográficas.

4.3.1. Adecuación de la escala y los ámbitos propuestos

En primer lugar, con objeto de comprobar la adecuación de la escala utilizada, así como de los diferentes ámbitos de apego propuestos, se realizó un análisis de componentes principales con rotación varimax en el que se incluyeron todos los ítems referidos a apego a la casa, apego al barrio y apego a la ciudad. Como resultado se obtuvieron 3 factores que en su conjunto explican el 68,23% de la varianza de las respuestas. En la Tabla 4.9 se muestran estos resultados. Únicamente se incluyen las saturaciones de los ítems en cada factor superiores a 0,30. Como puede verse, los tres factores recogen la totalidad de los ítems, y ninguno de ellos satura en más de un factor por encima de 0,30. En el Factor I se agrupan todos los ítems referidos a apego a la casa. Este factor explica el 23,4% de la varianza. En el Factor II puntúan los ítems de apego a la ciudad, y explica el 22,9% de la varianza. Por último en el Factor III se reúnen los ítems de apego al barrio, explicando el 21,78% de la varianza.

Vemos pues que los tres ámbitos de apego analizados se separan en diferentes factores. Asimismo en los tres casos los seis ítems los seis ítems se muestran adecuados para medir el mismo constructo.

A continuación calculamos la consistencia interna de cada subescala. Para la primera de ellas, apego a la casa, obtuvimos un valor de alpha de Cronbach de 0,91. La segunda, apego a la ciudad, alcanzó un valor de alpha de 0,90 y por último, para la tercera, apego al barrio, el valor de alpha fue 0,91. Es decir, las tres subescalas tienen un nivel de consistencia interna alto, por lo que las consideramos adecuadas para medir el apego a estos niveles.

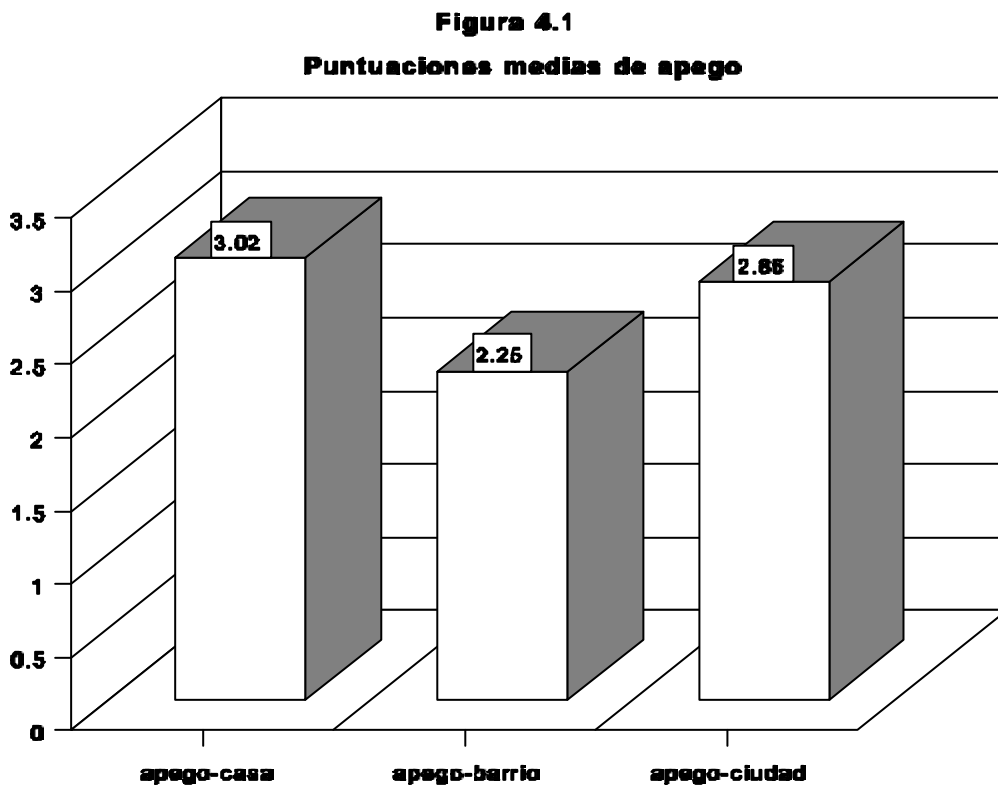
Tabla 4.9
Análisis factorial de los ítems de apego

Variables	Factor I	Factor II	Factor III
Siento afecto por mi casa	0,9059		
Me siento vinculado a mi casa	0,8752		
Siento que pertenezco a mi casa	0,8737		
Mi casa es importante para mí	0,8468		
Me identifico con mi casa	0,8221		
Me apenaría mudarme a otra casa	0,6928		
Me siento vinculado a mi ciudad		0,9227	
Siento que pertenezco a mi ciudad		0,8949	
Siento afecto por mi ciudad		0,8680	
Me identifico con mi ciudad		0,8491	
Mi ciudad es importante para mí		0,7939	
Me apenaría mudarme a otra ciudad		0,6157	
Me siento vinculado a mi barrio			0,8609
Siento que pertenezco a mi barrio			0,8578
Me identifico con mi barrio			0,8525
Siento afecto por mi barrio			0,8330
Mi barrio es importante para mí			0,7317
Me apenaría mudarme a otro barrio			0,6988

Var. explicada: 68,23%

n=110

Así, pues, a partir de cada subescala elaboramos un índice de apego a la casa, otro de apego al barrio y un tercero de apego a la ciudad. Estos índices se calcularon mediante la media equiponderada de los seis ítems de cada subescala. En la Figura 4.1 se muestran las medias para el conjunto de sujetos de cada uno de estos índices. Como puede observarse, la casa es el nivel que presenta un grado mayor de apego, seguido de la ciudad y por último del barrio.



Para saber si estas diferencias son significativas realizamos un análisis de varianza de medidas repetidas. Los resultados de este análisis nos indicaron que existen diferencias globales entre los tres ámbitos ($F_{(2,216)} = 43,24$; $p < 0.001$). La comparación de medias realizada a posteriori demostró que dichos efectos se encuentran entre el apego a la casa y el apego al barrio ($F_{(1,108)} = 89,27$ $p < 0.001$), y entre el apego al barrio y el apego a la ciudad ($F_{(1,108)} = 50,52$ $p < 0.001$), siendo inferior en ambos casos el apego al barrio. En cambio, no resultó significativa la diferencia entre el apego a la casa y el apego a la ciudad ($F_{(1,108)} = 2,69$ $p = 0,104$).

A continuación pasamos a analizar la relación existente entre el apego hacia cada uno de estos tres ámbitos. Los resultados indican que están positivamente correlacionados, como puede apreciarse en la Tabla 4.10. De esta forma, tener apego a la casa generalmente va asociado con tener apego al barrio y a la ciudad, si bien entre apego-casa y apego-ciudad la relación, aunque significativa, es moderada.

Tabla 4.10
Correlación de Pearson entre los diferentes ámbitos de apego

	Apego casa	Apego barrio
Apego casa		
Apego barrio	0,41**	
Apego ciudad	0,20*	0,30**

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$

4.3.2. Análisis de las variables sociodemográficas

Por último analizamos la relación entre las variables sociodemográficas y el apego a la casa, al barrio y a la ciudad. Para ello, se efectuaron dos tipos de análisis: regresión múltiple y contrastes de medias. Para las variables continuas se realizó un análisis de regresión múltiple mediante el procedimiento "paso a paso" con el apego a la casa como variable criterio, otro con el apego al barrio y uno más para el apego a la ciudad. Las variables predictoras incluidas en este análisis fueron la edad, el tiempo de residencia en la casa, en el barrio y en la ciudad, el número de personas que habita en la vivienda, el número total de viviendas en las que se ha residido anteriormente y el nivel de relaciones sociales en el barrio y en la ciudad.

De todas éstas, la edad apareció como única predictora de apego a la casa, explicando tan sólo el 6% de la varianza. De esta forma, según nuestros datos, el tiempo de residencia, el número de personas residentes en la casa o el número de viviendas anteriores no mantienen una relación significativa con el apego al lugar, tal y como ha aparecido en otros trabajos. Tan sólo la edad presenta una relación positiva con el apego a la casa, siendo las personas de mayor edad las que tienden a tener mayor apego a la casa. Los resultados significativos de este análisis se muestran en la Tabla 4.11.

Tabla 4.11
Predictores de apego a la casa

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,0603	0,0179	0,2456	2,534	0,01

F=6,42; p< 0,05

Respecto al apego al barrio, sólo el nivel de relaciones sociales en ese entorno se muestra significativo. Esta variable explica por sí sola el 23,85% de la varianza. Estos resultados aparecen en la Tabla 4.12. En este caso la edad no mostró tener capacidad predictiva, así como tampoco el tiempo de residencia en la casa o en el barrio. De esta forma, se confirma de nuevo la importancia del mantenimiento de relaciones sociales en el barrio sobre el desarrollo de sentimientos de apego hacia este lugar, al tiempo que se cuestiona el efecto del resto de las variables del análisis.

Tabla 4.12
Predictores de apego al barrio

Paso	Variables	R ²	B	Beta	T	p
1	Relaciones sociales	0,2385	0,5624	0,4883	5,568	0,0001

F=31,005; p< 0,0001

Por último, para el apego a la ciudad se obtuvieron dos predictores, las relaciones sociales en el barrio (no en la ciudad) y la edad, explicando ambas el 17,81% de la varianza. Estos resultados se presentan en la Tabla 4.13. Tampoco en este caso el tiempo de residencia ha resultado significativo, a pesar de los resultados hallados en otros trabajos. El apego a la ciudad queda así explicado en parte por el número de relaciones sociales en el barrio y por la edad, de manera que las personas de más edad y con mayor número de relaciones sociales tienden a estar más apegadas a su ciudad de residencia.

Tabla 4.13
Predictores de apego a la ciudad

Paso	Variables	R ²	B	Beta	T	p
1	Relaciones sociales	0,0933	0,3414	0,3042	3,322	0,005
2	Edad	0,1781	0,0199	0,2912	3,181	0,005

F=10,62; p= 0,001

Para el resto de las variables sociodemográficas (sexo, estado civil, clase social, lugar de nacimiento y tipo de residencia: alquiler o propiedad) se realizaron contrastes de medias. Entre todas ellas, sólo aparecieron diferencias significativas en función del estado civil en el caso del apego a la casa ($t_{(103,96)}=-4,05$; $p<0,0001$) y a la ciudad ($t_{(103)}=-2,94$; $p<0,005$) pero no en el apego al barrio ($t_{(104)}=-1,32$; $p=0,188$). Las personas casadas resultaron tener más apego a la casa y a la ciudad que las solteras. En cambio, no se apreciaron diferencias en función del sexo, la clase social, el lugar de nacimiento o el tipo de residencia.

En resumen, como resultado del análisis de las variables sociodemográficas vemos que sólo algunas se han mostrado significativas respecto a los tres ámbitos de apego. En la Tabla 4.14 aparecen los resultados conjuntos del análisis de regresión y los contrastes de medias. Como puede verse, la edad, el estado civil y las relaciones sociales en el barrio son las únicas de las variables analizadas que parecen tener un efecto sobre el apego al lugar, no apareciendo en nuestro estudio otras como el tiempo de residencia, tener la vivienda en propiedad, el sexo o el número de viviendas anteriores.

Tabla 4.14
VARIABLES ASOCIADAS CON LOS TRES ÁMBITOS DE APEGO

Apego casa	Apego barrio	Apego ciudad
Edad Estado civil	Relaciones sociales	Edad Relaciones sociales Estado civil

4.4. Discusión

Como hemos visto, el estudio del apego al lugar se ha reducido mayoritariamente al estudio del apego al barrio. Sin embargo, a partir de los resultados obtenidos en este estudio parece que existen al menos otros dos ámbitos espaciales, la casa y la ciudad, hacia los que las personas sienten un grado mayor de apego, siendo el nivel del barrio el que presenta un grado inferior. Por tanto, sería conveniente que en el estudio del apego al lugar se analizaran otros lugares de diferente ámbito espacial. No es que las personas no sientan apego hacia sus barrios. De hecho sí lo tienen. Pero según nuestros datos, la media alcanzada, en comparación con los otros dos niveles, es moderada. Por el contrario, estas personas reconocen sentir bastante apego por la casa y la ciudad en la que viven. Es posible que el barrio esté perdiendo importancia en la vida de sus residentes. No obstante, a pesar de estas diferencias entre los ámbitos, también hemos podido observar que el apego a diferentes lugares se comporta en una misma dirección, y aquellos con más apego a uno de los ámbitos tienen también más apego a los demás ámbitos. Si bien hay una cierta relación entre ámbitos, puesto que las correlaciones son significativas, los valores son moderados, por lo que parece conveniente mantener la distinción entre los tres ámbitos analizados.

Por otra parte, como resultado del análisis de las variables sociodemográficas vemos que algunas de las tradicionalmente relacionadas con el apego al lugar no se han mostrado significativas en nuestro estudio. Si comparamos nuestros resultados con otros trabajos anteriores, y por tanto nos centramos en el apego al barrio, vemos que únicamente las relaciones sociales tienen efecto sobre el apego. Otras variables que han aparecido en otros estudios, tales como la edad, el tiempo de residencia, tener la vivienda en propiedad, o el número de viviendas anteriores, no han tenido ningún efecto significativo en este trabajo. Estos resultados son contrarios a los obtenidos por numerosos autores (Cuba y Hummon, 1993; Riger y Lavrakas, 1981; Ringel y Finkelstein, 1991; Taylor y cols., 1984a, 1984b, 1985; etc.), por lo que al menos merecen ser tomados con cierta cautela. De esta forma decidimos de momento no aventurar explicaciones al respecto y volver a analizar estas variables en el siguiente estudio, con objeto de comprobar si se confirman nuestros resultados.

En el caso del apego a la casa y a la ciudad, sí aparecen otras variables como la edad y el estado civil, siendo las personas de más edad y casadas las que manifiestan un mayor apego a sus casas y ciudades. Por qué no ocurre lo mismo en el barrio es difícil de explicar. Es posible que exista una interacción entre el tipo de ámbito analizado y algunas de las variables sociodemográficas. Así, las personas casadas pueden estar más centradas en el entorno del hogar, siendo el barrio menos relevante para ellos que para los más jóvenes y solteros. En cualquier caso, dado que es éste el primer estudio en el que se analizan simultáneamente varios ámbitos de apego, parece prematuro extraer unas conclusiones al respecto. En este sentido también en el próximo estudio podremos comprobar si se mantienen estas diferencias en la relación entre variables sociodemográficas y ámbitos de apego al lugar.

CAPÍTULO 5

ESTUDIO 2

DIMENSIONES DE APEGO AL LUGAR

5.1. Introducción

Una vez identificados los ámbitos de apego al lugar que van a ser analizados, nos planteamos abordar el segundo objetivo general. Como mencionamos en la primera parte de esta tesis, una cuestión que llamó nuestra atención fue que numerosos autores consideraban el apego al lugar como un tipo de sentimiento dirigido a las personas que habitan dicho lugar, y no a los lugares como tales. De esta forma, a menudo observamos que el objeto de apego al lugar ha sido únicamente el entorno social, olvidando de este modo el componente físico de los lugares. Incluso se han utilizado medidas de relaciones sociales para operacionalizar el apego, asumiendo por tanto que sin aquéllas no puede existir éste.

En este segundo estudio nos proponemos aclarar este punto. En nuestra opinión, el apego al lugar tiene un componente fundamental que es el apego físico. No estamos negando el papel del entorno social. También en nuestro primer estudio aparece la relevancia de éste. No obstante, dado que sobre esta dimensión existe amplio consenso, nos interesa ocuparnos de la dimensión física. Así pues, nuestra intención es discernir empíricamente los aspectos del apego a los lugares que pudieran tener una explicación social de aquellos que son puramente físicos. En otras palabras, trataremos de determinar si existe un componente físico en el apego a los lugares. Este objetivo se comprobará en los tres ámbitos que hemos postulado y constatado en la primera investigación: casa, barrio y ciudad.

Esto es, queremos comprobar que las personas desarrollan apego hacia la dimensión física de los lugares, además de hacia los entornos sociales y, en ese caso, analizar la relación existente entre estas formas de apego físico y social. Este objetivo se comprobará en el ámbito de la casa, el barrio y la ciudad. Es posible que el apego social tenga un peso mayor sobre el global que el apego físico. No puede negarse la importancia de las demás personas para el desarrollo filogenético y ontogenético. Sin embargo, también los lugares contribuyen a esta función, especialmente al mantenimiento de la seguridad del individuo, tal como vimos en la revisión teórica. Así pues, no debe rechazarse la existencia de un sentimiento de apego hacia los espacios físicos como tales. En este estudio trataremos de aislar el componente físico del apego al lugar, y analizar su relación con el componente social.

Por otra parte, los resultados del estudio anterior relativos a la búsqueda de predictores de apego fueron inesperados, ya que de todas las variables analizadas, tan sólo la edad, el estado civil y el nivel de relaciones sociales mostraron relación con el apego, no mostrándose significativas otras variables reseñadas en diversos estudios anteriores. De esta forma, hemos decidido incluir de nuevo las variables sociodemográficas del estudio anterior, y analizar su relación con el apego a la casa, el barrio y la ciudad. La existencia en este segundo estudio de medidas diferentes para el componente físico y social del apego permitirá analizar su efecto no sólo en relación con el apego global, sino también con las dimensiones física y social.

Por último, en este estudio volveremos a comparar el grado de apego a la casa, el barrio y la ciudad, con objeto de confirmar los resultados del estudio anterior. Según éstos, el barrio parece ser

el que despierta un menor grado de apego, en comparación con los otros dos ámbitos, al contrario de lo que podría esperarse de la investigación de otros autores. Por otra parte, no se encontraron diferencias significativas entre el apego a la casa y a la ciudad. Así, en este segundo estudio analizaremos de nuevo estas diferencias, con el fin de comprobar si estos resultados son consistentes. También en este caso las diferentes medidas para el componente físico y social harán posible realizar estas comparaciones en estas dos dimensiones del apego al lugar.

En resumen, los objetivos específicos de esta investigación van a ser:

1. Explorar la existencia de un componente físico en el apego a los lugares. Este objetivo se comprobará en los tres niveles citados. De este modo, el objetivo 1 queda subdividido en otros tres:
 - 1.1. Comprobar la existencia de apego hacia el componente físico de la casa.
 - 1.2. Comprobar la existencia de apego hacia el componente físico del barrio.
 - 1.3. Comprobar la existencia de apego hacia el componente físico de la ciudad.
2. Analizar las posibles diferencias entre el apego físico y el apego social.
3. Determinar las variables sociodemográficas predictoras del apego a la casa, el barrio y la ciudad, tanto a nivel global como en las dimensiones física y social.
4. Comparar el grado de apego a la casa, al barrio y a la ciudad, tanto a nivel global como en las dimensiones física y social.

Las hipótesis asociadas a estos objetivos son:

1. Las personas mostrarán apego hacia el componente físico de los lugares, y esto se pondrá de manifiesto en los tres niveles analizados: casa, barrio y ciudad.
2. El apego social será mayor que el apego físico, tanto en el ámbito de la casa como en el del barrio y en el de la ciudad.
3. En este caso las hipótesis son las mismas del estudio anterior. Esperamos encontrar una relación positiva entre las variables sociodemográficas registradas y el apego al lugar, aunque con algunas diferencias en función del ámbito analizado:
 - 3.1. El apego global a la casa estará positivamente relacionado con la edad, el tiempo de residencia en la casa, el número de viviendas anteriores y el número de personas en la vivienda. Asimismo, se esperan diferencias en función del sexo (mujer), el estado civil (casado), la clase social (baja) y el régimen de vivienda (propiedad).
 - 3.2. Para el apego global al barrio serán significativos la edad, el sexo (mujer), el estado civil (casado), el nivel de clase social (baja) y el tiempo de residencia en el barrio.
 - 3.3. Por último, para el apego global a la ciudad esperamos encontrar significación con la edad, el sexo (mujer), el estado civil (casado), el nivel de clase social (baja) y el tiempo de residencia en la ciudad.

3.4. En cuanto a la relación entre estas variables y las dimensiones física y social del apego, dado que no contamos con ningún trabajo precedente, no se establecen hipótesis concretas.

4. Por último, de acuerdo con los resultados del estudio anterior, esperamos que el grado de apego al barrio de los sujetos será menor que el apego a la casa y a la ciudad. Esto ocurrirá tanto en la dimensión global como en la física y la social.

5.2.2. Método

5.2.2.1. Sujetos

Para esta investigación se realizó un muestreo por cuotas en función de la edad, el sexo y la clase social. A partir de los datos del censo de población de Tenerife, determinamos los porcentajes correspondientes a cada una de las cuotas. Recogidos los cuestionarios, fue necesario eliminar algunos sujetos por diferentes motivos, por ejemplo un número excesivo de respuestas sin contestar. Como consecuencia, los porcentajes de la muestra no coinciden exactamente con las cuotas asignadas. En las Tablas siguientes se indican las cuotas asignadas originalmente y las recogidas en la muestra. En cualquier caso, las desviaciones no son importantes, por lo que consideramos la muestra adecuada a nuestros propósitos. De esta forma, la muestra final quedó constituida por 177 sujetos. De éstos, el

44% son varones y el 55% mujeres, acercándose esta variable a la distribución en la población (Tabla 5.1).

Tabla 5.1
Distribución de la variable sexo en la muestra (n=177)

Sexo	Cuota	Muestra
Hombre	49%	44%
Mujer	51%	55%

En cuanto a la edad, la muestra se describe como indica la Tabla 5.2. Como puede apreciarse, la edad se distribuye uniformemente en los diversos intervalos, y en todos los casos cercanos a las cuotas correspondientes. El rango de edades va de los 18 a los 83 años, situándose la media en los 40 años ($S_x=16,48$).

Tabla 5.2
Distribución de la variable edad en la muestra (n=177)

Edad	Cuota	Muestra
18-24	16%	23,7%
25-34	22%	18,7%
35-44	19%	16,4%
45-54	16%	22%
55-64	13%	9,6%
+64	14%	9,6%

Otras variables sociodemográficas que resultan de interés por su inclusión en posteriores análisis son el estado civil, la clase social, el tiempo de residencia, el régimen de vivienda, el número de viviendas anteriores y el número de personas que habitan en la vivienda. A continuación se describe su distribución en la muestra. En el apartado de resultados se expondrá la relación de cada una de ellas con el apego al lugar. En primer lugar, respecto al estado civil, el 32% de los sujetos está soltero y un 54% casado. El resto (14%) es viudo o separado. Así, se da una mayoría de personas casadas en la muestra (Tabla 5.3).

Tabla 5.3
Distribución de la variable estado civil en la muestra (n=177)

Estado civil	Frecuencia	Porcentaje
Soltero	58	32%
Casado	97	54%
Viudo/Separado	21	14%

En cuanto al nivel de clase social, se clasificó en tres grupos: alto, medio y bajo (Tabla 5.4). La asignación a cada uno de estos grupos se realizó a partir del nivel de ingresos de la familia, el número de personas que la forman y el nivel del barrio. Entre los sujetos de la muestra, el 23% pertenece a la clase alta, el 41,8% a la clase media y el 34,1% a la clase baja. Así, también respecto a esta variable parece haber suficiente representatividad.

Tabla 5.4

Distribución de la variable clase social en la muestra (n=177)

Clase social	Frecuencia	Porcentaje
Alta	41	23
Media	74	41,8
Baja	62	34,1

Otra variable que analizaremos posteriormente es el tiempo de residencia de los sujetos en sus casas, barrios y ciudades. En la Tabla 5.5 puede apreciarse que una gran mayoría de personas ha residido en el mismo lugar durante más de seis años. En el caso de la casa son más del 75% los que no se han mudado en al menos seis años, en el barrio es casi el 80%, y en la ciudad llega hasta el 90% los que han residido en ella durante al menos seis años, y un 75% los que llevan más de 16 años residiendo en la ciudad actual. Estos datos reflejan la escasa movilidad residencial que existe en nuestro país, una característica que lo diferencia de otros países como EEUU, Gran Bretaña o Canadá, donde las tasas de movilidad residencial indican que alrededor del 20% de la población cambia de residencia cada año, y hasta un 45% cada cinco años.

Tabla 5.5
Tiempo de residencia en la casa, el barrio y la ciudad (n=177)

Nº años	Casa	Barrio	Ciudad
0-1	10,7	9,9	5,1
1-5	13	10,4	3,5
6-15	31,7	25	15,4

16-25	28,2	25,6	25,7
+26	16,4	29,1	50,3

Respecto al régimen de vivienda (Tabla 5.6), tan sólo el 14% de los sujetos vive en casas de alquiler, mientras que el 85% posee la vivienda en propiedad. Estos datos reflejan una escasa preferencia por el régimen de alquiler, como ya han indicado numerosos estudios sociológicos, también al contrario de otros países europeos y americanos.

Tabla 5.6
Distribución de la variable régimen de vivienda en la muestra (n=177)

Rég. vivienda	Frecuencia	Porcentaje
Alquiler	25	14
Propiedad	152	85

En cuanto al número de viviendas anteriores (Tabla 5.7), también aquí se refleja la escasa movilidad residencial. Así, un 5,7% no ha vivido en ninguna otra casa, una mayoría del 61,2% ha habitado entre 1 y 3 casas antes de la actual, y sólo el 33,1% restante ha residido en más de 4 viviendas.

Tabla 5.7
Distribución de la variable nº viviendas en la muestra (n=177)

Nº viviendas	Frecuencia	Porcentaje

0	10	5,7
1-3	106	61,2
+4	58	33,1

Por último, en lo que respecta al número de personas que habita en la vivienda, una gran mayoría (82,5%) convive con dos o más personas, el 12,4% con una única persona y sólo el 5,1% de los sujetos de la muestra vive solo (Tabla 5.8).

Tabla 5.8
Distribución de la variable nº personas en la muestra (n=177)

Nº personas	Frecuencia	Porcentaje
0	9	5,1
1	22	12,4
+1	146	82,5

5.2.2.2. Instrumento

Para este estudio diseñamos un nuevo Cuestionario que nos permitiera diferenciar entre el componente físico y el componente social del apego al lugar. Para ello utilizamos uno de los ítems empleados en el estudio anterior, concretamente aquél que se ajusta más a la definición de apego ofrecida: *Lamentaría tener que mudarme a otro lugar*, y lo adaptamos a nuestros propósitos. Esto es, se especificaba en cada caso lo que el sujeto debía abandonar; bien el entorno físico, bien el

entorno social o ambos. Por ejemplo, en el ámbito de la casa se preguntaba al sujeto cuánto sentiría tener que abandonar tanto su casa como a las personas que en ella viven, cuánto sentiría abandonar sólo la casa y cuánto abandonar a las personas con las que convive actualmente. Estas tres preguntas se repitieron para el nivel del barrio y la ciudad. La escala de apego al lugar queda así compuesta por nueve ítems, tres referidos a la casa, tres al barrio y tres a la ciudad (véase Tabla 5.9).

Tabla 5.9
Escala de Apego al lugar

Lamentaría tener que mudarme a otra casa (sin las personas que viven conmigo actualmente)
Lamentaría que las personas que viven conmigo se mudaran a otra casa
Lamentaría que las personas que viven conmigo y yo nos mudáramos a otra casa
Lamentaría tener que mudarme a otro barrio
Lamentaría que las personas que aprecio en mi barrio se mudaran a otro barrio
Lamentaría que las personas que aprecio en mi barrio y yo nos mudáramos a otro barrio
Lamentaría tener que mudarme a otra ciudad (sin las personas que viven conmigo actualmente)
Lamentaría que las personas que aprecio en mi ciudad se mudaran a otra ciudad
Lamentaría que las personas que aprecio en mi ciudad y yo nos mudáramos a otra ciudad

De cada uno de estos tres ítems, el primero pretende ser una medida de apego global, siendo éste similar al empleado en otros estudios, el segundo apego social y el último apego físico. El rango de respuesta a los ítems va de 1 (Nada) a 4 (Mucho). Se realizaron nueve versiones del cuestionario, de manera que cada ítem apareciera en todas las posiciones el mismo número de veces.

Además de la escala de apego, se recogían en el cuestionario datos referentes a las características sociodemográficas ya analizadas en la primera investigación: edad, sexo, estado civil, clase social, régimen de vivienda: alquiler o propiedad, tiempo de residencia en la casa, en el barrio y en la ciudad, número de casas anteriores y número de personas en la vivienda. Estas preguntas aparecen en el Cuestionario detrás de la escala de apego al lugar.

5.2.2.3. Procedimiento

Para la realización de las entrevistas se solicitó la colaboración voluntaria de estudiantes de Psicología, que actuaron como encuestadores. A estos estudiantes previamente se les entrenó en la técnica de la entrevista. Para ello se realizaron varias reuniones en las que se exponían además de un resumen de la investigación, instrucciones generales sobre las cualidades éticas del encuestador y específicas sobre la aplicación del Cuestionario de Apego al lugar. A continuación se asignó a cada colaborador el número y las características de los sujetos que debía entrevistar. Concretamente se controló la edad, el sexo y la clase social de los sujetos, con objeto de garantizar la representatividad de la muestra. Las entrevistas se llevaron a cabo en los meses de mayo y junio de 1996, de forma

individual. La duración media de las entrevistas fue de 11 minutos. Como sistema de control se solicitó el número de teléfono de los entrevistados.

5.2.3. Resultados

La descripción de los resultados obtenidos se ha clasificado en función de los objetivos propuestos. Así, tras comprobar la fiabilidad de la escala utilizada, pasamos a identificar el componente físico del apego al lugar. A continuación analizamos el grado de apego de los sujetos hacia los tres ámbitos (casa, barrio y ciudad) tanto a nivel global como respecto a las dimensiones física y social. Por último se presenta la relación entre las variables sociodemográficas y el apego a la casa, el barrio y la ciudad.

5.2.3.1. Análisis de fiabilidad

En primer lugar calculamos la consistencia interna de la escala utilizada. Como resultado obtuvimos un valor de alpha de Cronbach de 0,85 para la escala total, lo que indica un buen índice de fiabilidad. Igualmente se calculó para las tres subescalas por separado, apego a la casa, apego al barrio y apego a la ciudad, obteniendo un valor de alpha de 0,70 en los tres casos. Este resultado, aunque inferior al anterior, indica también un alto índice de fiabilidad.

5.2.3.2. Apego físico y apego social

A continuación nos ocupamos del objetivo principal de este estudio, esto es, aislar el componente físico del apego al lugar. Para ello decidimos eliminar estadísticamente los efectos del apego social. Con este objetivo llevamos a cabo un análisis de correlación parcial entre el nivel de apego físico y el global, controlando los efectos del apego social. En él encontramos una relación fiable del apego físico con el global en ausencia de los efectos explicados por el apego social ($r = 0,40$; $p < 0,001$). Este análisis se repitió para el ámbito de la casa, para el barrio y para la ciudad. En los tres casos se obtuvieron relaciones significativas entre el apego físico y el apego global ($r = 0,25$; $p < 0,001$ para la casa; $r = 0,40$; $p < 0,001$ para el barrio y $r = 0,41$; $p < 0,001$ para la ciudad). Estos resultados nos indican que el apego físico se relaciona positivamente con el apego global al margen de los efectos del apego social.

Seguidamente calculamos la puntuación media de todos los sujetos en los tres tipos de apego (global, social y físico) hacia cada uno de los ámbitos espaciales (casa, barrio y ciudad). En la Tabla 5.10 aparecen estas puntuaciones, que indican el grado de apego de la muestra a los diferentes ámbitos y dimensiones propuestos. Atendiendo a la medida de apego global al barrio, que es la equivalente a la empleada en otros estudios, vemos que alcanza una media de 2,9 puntos en una escala de 1 a 4. Esto es, los sujetos de la muestra se encuentran bastante apegados a sus barrios de residencia, en consonancia con los resultados de estudios anteriores, así como a la casa y a la ciudad. No obstante, al igual que en el estudio anterior, existen diferencias significativas entre los tres ámbitos ($F(2,350) =$

3,69; $p < 0,001$). Las comparaciones planificadas indican que el apego global al barrio es significativamente menor que el apego global a la casa ($F(1,175) = 5,15$; $p < 0,05$) y a la ciudad ($F(1,175) = 5,91$; $p < 0,05$).

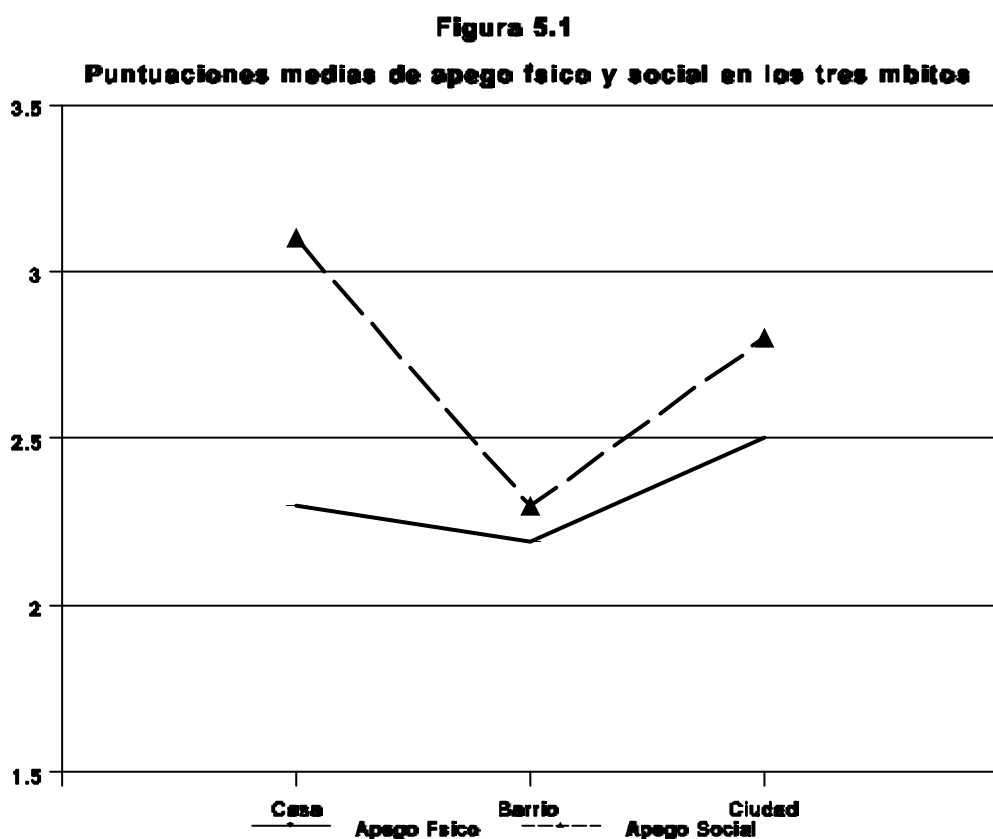
Tabla 5.10
Puntuaciones medias en los diferentes ámbitos y dimensiones de apego

	Apego global	Apego social	Apego físico
Casa	3,1	3,1	2,3
Barrio	2,9	2,3	2,2
Ciudad	3,1	2,8	2,5
Medias	3,03	2,7	2,3

De esta forma, en este segundo estudio se confirman los resultados del estudio anterior. Estas diferencias se mantienen también en la dimensión social ($F_{(2,352)} = 34,47$; $p < 0,0001$) y en la física ($F_{(2,352)} = 6,42$; $p < 0,005$) en el mismo sentido que en la global. Esto es, el apego social al barrio es menor que el apego social a la casa ($F_{(1,176)} = 60$; $p < 0,0001$) y a la ciudad ($F_{(1,176)} = 25,71$; $p < 0,0001$). En la dimensión física no resultó significativa la comparación entre el barrio y la casa, pero sí entre el barrio y la ciudad ($F_{(1,176)} = 12,44$; $p < 0,001$).

Una vez comparados los ámbitos pasamos a comparar las dimensiones física y social. Como puede apreciarse en la Tabla 5.10, todas las puntuaciones de apego social son superiores a las de

apego físico. Para comprobar si estas diferencias en el grado de apego son estadísticamente significativas realizamos un análisis de varianza en el que se compararon por un lado el tipo de apego (físico o social) y por otro el ámbito espacial (casa, barrio y ciudad). Los resultados mostraron la



existencia de una interacción entre ambas variables ($F_{(2, 352)}=17,72$; $p<0,0001$). Los contrastes de medias planificados nos indicaron que esta interacción se debe a que el apego social es significativamente mayor que el apego físico en el nivel de la casa ($F_{(1,176)}=53,65$, $p<0,0001$) y de la ciudad ($F_{(1,176)}=7,13$, $p<0,01$), pero no en el barrio ($F_{(1,176)}=1,01$). En la figura 5.1 puede apreciarse esta interacción.

Seguidamente, con objeto de conocer la relación existente entre los tres tipos de apego, realizamos un análisis de correlación de Pearson con las puntuaciones medias de apego global, físico

y social. En este nivel general encontramos que el apego social y el físico están significativamente correlacionados entre sí y con el apego global. En la Tabla 5.11 se muestran estos resultados. Así pues, parece que el apego físico y el apego social no son independientes entre sí. Por el contrario, tienden a desarrollarse conjuntamente. Las personas más apegadas a sus entornos sociales también lo están a sus entornos físicos.

Tabla 5.11
Correlación de Pearson entre los diferentes tipos de apego

	Apego global	Apego social
Apego global		
Apego social	0,64**	
Apego físico	0,58**	0,48**

** p<0,01

Esta relación positiva se encuentra también en cada uno de los ámbitos (correlación apego físico y social para la casa: 0,27**; para el barrio: 0,39**; y para la ciudad: 0,34**).

Por último analizamos la influencia sobre el apego de las variables sociodemográficas. Estos análisis se realizaron en dos fases. En una primera fase se comprobó el efecto univariado de cada una de estas variables, siguiendo el mismo patrón que en el primer estudio. Los resultados obtenidos en esta fase hicieron sospechar la existencia de efectos de interacción. De esta forma, en la segunda fase realizamos un análisis multivariado de covarianza con todas las variables que se mostraron significativas en la fase anterior.

Para la primera fase seguimos el mismo procedimiento del estudio anterior. Para las variables cuantitativas realizamos análisis de regresión múltiple mediante el procedimiento "paso a paso". Las variables dependientes o criterios en este caso fueron el apego a la casa, el apego al barrio y el apego a la ciudad, en sus tres dimensiones: global, social y física. Las variables predictoras incluidas en estos análisis fueron las mismas del estudio anterior, excepto el nivel de relaciones sociales, que será objeto de un estudio posterior. Quedan por tanto la edad, el tiempo de residencia en la casa, en el barrio y en la ciudad, el número de personas que habita en la vivienda y el número total de viviendas en las que se ha residido anteriormente. Los resultados obtenidos varían ligeramente respecto a los de la primera investigación. Así, los predictores de apego global a la casa han sido la edad y el número de casas anteriores, explicando ambas el 16,87% de la varianza. Estos resultados se muestran en la Tabla 5.12. Como puede verse, en primer lugar entra la edad en la ecuación de regresión, explicando el 13,19% de la varianza, y aparece el número de viviendas en segundo lugar, con signo negativo. De esta forma, al aumentar la edad se produce también un incremento en el apego a la casa, mientras que con el número de casas en las que se ha residido anteriormente ocurre lo contrario, esto es, disminuye el

apego hacia la casa actual. Parece que cambiar frecuentemente de residencia produce una "desensibilización" al apego.

Comparando estos resultados con los del Estudio 1 vemos que permanece el efecto de la edad, y aparece como significativa una nueva variable: el número de viviendas anteriores. Por otra parte, el tiempo de residencia sigue sin entrar en la ecuación de regresión, así como tampoco lo hace el número de personas que residen en la vivienda.

Tabla 5.12
Predictores de apego global a la casa

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,1319	0,0204	0,3932	5,507	0,0001
2	Num. casas	0,1687	-0,0508	-0,1941	-2,719	0,01

F=16,94; p< 0,0001

A continuación se repitieron estos análisis para las dimensiones física y social del apego a la casa. Los resultados se muestran en las tablas 5.13 y 5.14. Como puede observarse, el apego físico se asocia con las mismas variables que el apego global: edad y número de casas anteriores, incrementándose un poco el porcentaje de varianza explicada (19,53%). En cambio, en el apego social además de la edad aparecen el tiempo de residencia en el barrio (en sentido negativo) y el número de personas que residen en la vivienda, explicando conjuntamente el 10,19% de la varianza.

Tabla 5.13
Predictores de apego social a la casa

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,0379	0,0237	0,3987	4,087	0,0001
2	Tiempo barrio	0,0726	-0,0158	-0,2920	-2,995	0,005
3	Num. personas	0,1019	0,1125	0,1766	2,326	0,05

F=16,94; p< 0,0001

Tabla 5.14
Predictores de apego físico a la casa

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,1339	0,0289	0,4047	5,760	0,0000
2	Num. casas	0,1953	-0,0902	-0,2508	-3,570	0,0005

F=16,94; p< 0,0001

Seguidamente pasamos a analizar los predictores del apego al barrio. A nivel global encontramos que es explicado en un 16,13% por la edad y el tiempo de residencia en el barrio. Estos resultados se muestran en la Tabla 5.15. En este caso vuelve a aparecer la edad y el tiempo de

residencia. Son las personas de más edad y las que llevan más tiempo residiendo en el barrio las que tienen un grado mayor de apego hacia éste.

Tabla 5.15
Predictores de apego global al barrio

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,1389	0,1345	0,2504	2,737	0,01
2	Tiempo barrio	0,1613	0,0094	0,1933	2,113	0,05

F=16,06; p< 0,0001

Curiosamente, cuando analizamos estas mismas variables en relación con las dimensiones física y social del apego al barrio encontramos que cada una de ellas se muestra significativa para una de las dimensiones y no para la otra. La edad aparece relacionada con el apego físico, explicando el 13,64% de la varianza y el tiempo de residencia con el apego social, reduciéndose en este caso el porcentaje de varianza explicada al 7%.

Tabla 5.16
Predictores de apego social al barrio

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Tiempo barrio	0,0722	0,0158	0,2687	3,617	0,0004

F=16,94; p< 0,0001

Tabla 5.17
Predictores de apego físico al barrio

Paso	Variables	R²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,1364	0,024	0,3694	5,153	0,000

F=16,94; p< 0,0001

Por último, el apego global a la ciudad se puede predecir a partir del tiempo de residencia en la ciudad, explicando tan sólo un 4,9% de la varianza. Estos resultados se muestran en la Tabla 5.18.

Por primera vez no aparece ningún efecto de la edad.

Tabla 5.18
Predictores de apego global a la ciudad

Paso	Variables	R²	B	Beta	T	p
1	Tiempo ciudad	0,0499	0,0098	0,2235	2,973	0,005

F=8,8399; p< 0,005

Sin embargo, al diferenciar entre la dimensión física y la social del apego a la ciudad, el efecto del tiempo de residencia desaparece, quedando únicamente la edad asociada al apego físico (explicando un 11,07% de la varianza), mientras que el apego social no se relacionó con ninguna de las variables analizadas.

Tabla 5.19
Predictores de apego físico a la ciudad

Paso	VARIABLES	R ²	B	Beta	T	p
1	Edad	0,1107	0,2195	0,3328	4,575	0,0001

F=16,94; p< 0,0001

Para el resto de variables sociodemográficas se realizaron contrastes de medias. En primer lugar analizamos el efecto del estado civil sobre los tres ámbitos de apego global. Los resultados mostraron que las personas casadas tienen un mayor grado de apego que las solteras a la casa ($t_{(105)}=-7,80$; $p<0,0001$), al barrio ($t_{(125)}=-4,69$; $p<0,0001$) y a la ciudad ($t_{(117)}=-3,16$; $p<0,005$). En cuanto al sexo, las mujeres tienen en todos los casos mayor apego al lugar que los hombres. Esta diferencia resultó significativa en el apego a la casa ($t_{(149,7)}=-2,33$; $p<0,05$) y en el apego a la ciudad ($t_{(146)}=-3,11$; $p<0,005$), pero no en el apego al barrio. El nivel de clase social (alta, media o baja) sólo mostró diferencias significativas en el apego al barrio ($F= 3,67$; $p<0,05$), siendo la clase baja la que presentó la mayor puntuación, seguida de la clase media y la clase alta en último lugar. Por último, el régimen

de vivienda en propiedad o alquiler, al igual que en el primer estudio, no arrojó diferencias significativas en ninguno de los tres ámbitos.

Al igual que hicimos con los análisis de regresión, los contrastes de medias se repitieron respecto a las dimensiones física y social del apego al lugar. Y también en este caso observamos que varían los resultados obtenidos. Así, el efecto del estado civil se mantiene en el apego físico en los tres ámbitos (para la casa: $t_{(145,01)}=-3,67$; $p<0,0001$; para el barrio: $t_{(149,66)}=-3,27$; $p<0,001$; y para la ciudad: $t_{(128,61)}=-3,58$; $p<0,0001$), y en el apego social a la casa ($t_{(101,94)}=-5,78$; $p<0,0001$), pero las diferencias desaparecen para el apego social al barrio y a la ciudad. En cuanto al sexo, no aparecen diferencias en ninguna de las dimensiones, como tampoco en el régimen de vivienda. Por último, el nivel de clase social arrojó diferencias significativas en el apego físico a la casa ($F= 3,16$; $p<0,05$) y en el apego social al barrio ($F= 3,50$; $p<0,05$). En la Tabla 5.20 se presenta un resumen de las variables asociadas con las diferentes clases de apego al lugar.

En resumen, según los análisis univariados vemos que las variables que se relacionan con el apego al lugar son diferentes en función del ámbito y la dimensión a los que nos refiramos. No obstante, es posible encontrar algunas similitudes. Por ejemplo, vemos que la variable más consistente es el estado civil y después la edad. Parece ser que las personas casadas y las de más edad tienen más apego por sus lugares de residencia, fundamentalmente a la casa y a la dimensión física del barrio y la ciudad, ya que en la dimensión social de estos dos ámbitos no ocurre así. El sexo se relaciona con el apego global a la casa y a la ciudad, pero al separar las dimensiones física y social, su efecto

desaparece. Otra variable tradicionalmente relacionada con el apego al lugar, el tiempo de residencia, muestra un disperso papel. Para el apego a la casa no parece ser importante. En el ámbito del barrio es donde su efecto aparece más claramente, sobre todo en la dimensión social, y en el ámbito de la ciudad aparece únicamente cuando se analiza el apego a nivel global. El efecto de la clase social sólo aparece en el apego al barrio. Por último, hay que destacar que el apego a la casa se relaciona con dos variables exclusivas que no aparecen en los otros dos ámbitos; para el apego social a la casa es importante el número de personas que viven en ella, y para el apego físico el número de casas en las que se ha vivido anteriormente.

Como comentábamos al comienzo de este apartado, estos resultados hacen suponer que existen interacciones entre las variables analizadas. Es posible que el efecto de algunas de ellas sea debido a la influencia de otras. Con el objeto de estudiar la influencia de tales variables de un modo integral, esto es, teniendo en cuenta no sólo las influencias individuales de cada una de ellas sino las posibles interacciones y efectos compuestos, en una segunda fase hemos llevado a cabo un análisis de covarianza múltiple (MANCOVA) en el que tomamos como variables independientes y covariables las variables sociodemográficas que han resultado significativas en los análisis anteriores, y como variables dependientes las medidas de apego. Concretamente las variables independientes fueron el sexo, el estado civil, la clase social, el ámbito de apego (casa, barrio y ciudad) y la dimensión (global, social y física). Como covariables se utilizaron la edad, el tiempo de residencia, el número de personas en la vivienda y el número de casas anteriores.

Tabla 5.20

Variables asociadas con los diferentes ámbitos y dimensiones de apego

Apego global casa	Apego social casa	Apego físico casa
Edad N. casas Sexo E. civil	Edad Tiempo barrio N. personas E. civil	Edad N. casas E. civil
Apego global barrio	Apego social barrio	Apego físico barrio
Edad Tiempo barrio E. civil Clase social	Tiempo barrio Clase social	Edad E. civil
Apego global ciudad	Apego social ciudad	Apego físico ciudad
Tiempo ciudad Sexo E. civil		Edad E. civil

En definitiva, esta prueba nos permitió el análisis conjunto de todos los efectos que llevamos a examen en este estudio. Pudimos comprobar que los efectos de las variables independientes puras, es decir, aquellas que habíamos manipulado directamente y constituyen el objetivo fundamental del estudio, se mantuvieron fiables cuando se analizaron conjuntamente con las variables predictoras. Como veremos no sucedió lo mismo con la mayor parte de las variables sociodemográficas cuyos efectos se diluyeron en el análisis global, mostrándose fruto de la interacción con otras variables. A continuación se detallan estos resultados.

El efecto principal del ámbito de apego (casa, barrio y ciudad) aparece como significativo ($F_{(2,168)}=12,58$; $p<0,0001$) en el mismo sentido que en el análisis univariado. Lo mismo sucede con la dimensión del apego al lugar ($F_{(2,168)}=12,05$; $p<0,0001$), y de nuevo aparece una interacción entre ambas variables ($F_{(4,336)}=6,54$; $p<0,001$). Esto es, el apego social es significativamente mayor que el apego físico en el nivel de la casa y de la ciudad, pero no en el barrio, tal y como ya indicamos (véase Figura 5.1, pág. 132).

Por el contrario, ninguna de las variables sociodemográficas ejerce una influencia fiable sobre el apego por sí misma, y sólo el estado civil se muestra significativo en interacción con las variables independientes ámbito y dimensión de apego. Así, la interacción del estado civil con la dimensión de apego ($F_{(2,168)}=3,08$; $p<0,05$) nos indica que las personas casadas muestran un apego de naturaleza global, mientras que las solteras parecen hacer un mayor énfasis en la dimensión social del apego. Pero mayor sentido tiene la observación de la interacción de segundo orden entre el estado civil, la dimensión de apego y el ámbito de apego ($F_{(4,336)}=4,53$; $p<0,001$). Podemos apreciar esta interacción en la Tabla 5.21. De esta forma constatamos que el patrón general de mayor apego en las personas casadas sólo desaparece en uno de los ámbitos de la dimensión social: concretamente en el ámbito de la ciudad, donde las personas solteras muestran un apego tan alto como el de las casadas, mientras que a la dimensión social de la casa el apego es claramente superior para las casadas (3,5 frente a 2,5).

Tabla 5.21
Medias de apego

	CASA		BARRIO		CIUDAD	
	Solteros	Casados	Solteros	Casados	Solteros	Casados
Global	2,27	3,53	2,36	3,19	2,70	3,26
Social	2,53	3,47	2,08	2,41	2,74	2,73
Físico	1,94	2,60	1,87	2,40	2,13	2,75

5.2.4. Discusión

A partir de los resultados obtenidos es posible extraer algunas conclusiones. En primer lugar, respecto al objetivo principal de este estudio puede afirmarse que las personas sienten apego no sólo hacia la dimensión social del ambiente residencial, sino también hacia los entornos físicos. En este sentido parece adecuada la distinción entre apego físico y social. Estas dos dimensiones aparecen en los tres ámbitos analizados: casa, barrio y ciudad. Estos resultados llevan a cuestionar la afirmación de Low y Altman (1992) de que el apego al lugar es en realidad apego a las personas que habitan ese lugar. Según nuestro estudio, el apego a los lugares tiene un componente físico, al margen del componente social.

En cualquier caso, al comparar ambos tipos de apego hemos comprobado que el apego social es significativamente mayor que el físico, al menos en dos de los ámbitos analizados, la casa y la ciudad (en el nivel del barrio también es mayor, pero esta diferencia no fue significativa). Quizás sea esta preferencia la que ha llevado a algunos investigadores a suponer que lo realmente importante es el

apego social. Sin embargo, ya hemos visto que aunque menor, el apego físico es un componente del apego al lugar.

En cuanto al grado de apego hacia cada uno de los ámbitos espaciales, en este segundo estudio el apego al barrio ha resultado de nuevo ser el más bajo, tanto en el apego global como en el físico y el social. Este resultado confirma los hallados en la investigación anterior, de forma que parece claro que en el estudio del apego al lugar el ámbito del barrio no es el más apropiado. Al menos existen otros dos niveles, la casa y la ciudad, en los que el apego al lugar resulta más significativo. Cuál de estos dos ámbitos es más importante para el apego depende de la dimensión de que se trate. Así, para el apego social el nivel primordial es la casa, mientras que para el apego físico la ciudad es más importante. Estos resultados no son sorprendentes. Cuando se trata de personas, parece lógico que sintamos más apego hacia las más cercanas, las que viven en nuestra casa. Por el contrario, respecto al medio físico, abandonar la ciudad implica un coste mayor, puesto que supone mayores cambios en la vida en general que mudarse de casa.

Por último, en lo que se refiere a la influencia de las variables sociodemográficas, hemos visto que los resultados del análisis multivariado matizan y modulan los análisis previos. Esto es, algunos de los efectos obtenidos en la primera fase son debidos a la interacción con otras variables. De esta forma, cuando se controla la influencia de estas otras variables, dichos efectos desaparecen.

Así, analizadas de forma individual, vemos que los efectos más consistentes son los de las variables edad y estado civil, que aparecen en casi todos los subtipos de apego, siendo las personas de más edad y casadas las que tienden a tener más apego a sus casas, barrios y ciudades. De estos resultados, el efecto del estado civil permanece constante, aunque en interacción con el ámbito y la dimensión de apego. Es decir, las personas casadas tienen mayor apego al lugar que las solteras en todos los casos excepto uno: en el apego *social* a la ciudad. En el ámbito de la casa y el barrio, los casados tienen más apego que los solteros, tanto a la dimensión social como a la física. Sin embargo, en el ámbito de la ciudad el apego de los solteros por la dimensión social alcanza el mismo valor que en los casados. Estos resultados pueden ser reflejo de un mayor interés de los solteros por otras personas y las relaciones sociales con ellas.

En cambio, en el análisis multivariado se diluye el efecto de la edad. Es decir, cuando se elimina el efecto de otras variables demográficas, la edad no resulta significativa para el apego al lugar. Posiblemente este efecto queda matizado por el del estado civil, más potente que el anterior. Por lo general las personas casadas tienen mayor edad que las solteras y así, aparece un efecto de la edad sobre el apego. Sin embargo cuando se controla el estado civil, ese efecto desaparece.

Aunque de forma menos consistente que las anteriores, otras variables han resultado significativas en la primera fase pero posteriormente su efecto desaparece en el análisis multivariado. Por ejemplo en la variable sexo, las mujeres tienen más apego a la casa y a la ciudad que los hombres, aunque no al barrio. Otras dos variables que se muestran significativas en el apego a la casa son el número de personas que habitan en la vivienda para la dimensión social y el número de viviendas

anteriores (en sentido negativo) para la dimensión física. Estos efectos parecen lógicos: por un lado, a mayor número de personas en la casa, mayor grado de apego hacia éstas; por otro, cambiar de vivienda frecuentemente hace que nos habituemos a ello y que nos cueste menos abandonar la casa.

En cuanto al tiempo de residencia, no predice el apego a la casa, aunque sí al barrio y a la ciudad. Una posible explicación es que el apego a la casa se desarrolle rápidamente, en muy corto periodo de tiempo, después del cual no se encuentran diferencias. En cambio, el apego al barrio y a la ciudad es posible que necesite más tiempo para desarrollarse.

Por último, el nivel de clase social no resulta significativo para el apego a la casa o la ciudad, pero sí para el barrio, siendo la clase baja la que presenta un grado mayor de apego, seguido de la clase media y la alta.

En cualquier caso, los resultados del análisis multivariado nos indican que algunos de estos efectos se deben a la interacción con otras variables. Cuando se controla el efecto de las demás, tan sólo el estado civil se muestra significativo, desapareciendo la influencia de la edad, el sexo, el tiempo de residencia, la clase social, el número de casas anteriores o el número de personas en la casa. Es posible que ésta sea la razón de los resultados contradictorios obtenidos en diferentes estudios. Analizadas individualmente, estas variables sociodemográficas parecen estar relacionadas con el apego al lugar. Sin embargo, tomadas en conjunto sólo las personas casadas muestran un mayor apego a sus

lugares de residencia que las solteras, excepto en la dimensión social de la ciudad. Otros trabajos futuros podrán confirmar o rechazar la consistencia de estos resultados.

Por otra parte, ser propietario de la vivienda no ha implicado un aumento en el nivel de apego en ningún caso, a pesar de que numerosos autores han encontrado una relación entre ambos. Esto puede ser debido a que en otros países es menos habitual tener la vivienda en propiedad, y cuando esto ocurre se percibe un mayor compromiso con el lugar de residencia.

En definitiva, según los resultados de nuestro estudio parece que el desarrollo del apego al lugar no depende en gran medida de factores sociodemográficos. En este sentido, se hace necesaria la búsqueda de otras variables de diferente naturaleza que ayuden a comprender las diferencias individuales en este tipo de afecto.

CAPÍTULO 6

ESTUDIO 3

APEGO FÍSICO AL LUGAR

6.1.1. Introducción

El estudio anterior nos ha permitido comprobar que las personas sienten apego hacia la dimensión física de los lugares, y que este apego se mantiene incluso cuando controlamos los efectos del componente social. No obstante, sería posible aducir que este apego físico se desarrolla como consecuencia del apego social. Es decir, que el apego que podamos sentir hacia un determinado lugar es fruto de las experiencias e interacciones sociales que desarrollamos en ese lugar. De hecho, esto es lo que mantienen algunos autores. Más que negar la existencia del apego físico, explican éste a partir del apego social. Entre otros factores, el hecho de que uno de los principales predictores de apego al barrio haya sido el nivel de relaciones sociales ha llevado a pensar que dichas relaciones son una especie de requisito para la existencia de apego. El apego al lugar es pues considerado un tipo de afecto que se desarrolla hacia aquellos lugares en los que las personas se desenvuelven e interactúan con los demás, un afecto que se forma como consecuencia de dicha interacción y del significado que ésta adquiere para cada individuo.

Sin embargo, la concepción sobre apego al lugar que hemos mantenido en esta tesis no se corresponde con esta última afirmación. Así, hemos considerado el apego al lugar, de la misma forma que el apego infantil y adulto, como una disposición primaria, una tendencia posiblemente no aprendida

a permanecer en lugares familiares frente a aquellos otros no conocidos o con los que no se ha tenido contacto previo, y esta preferencia debería darse al margen del apego social. Es más, si atendemos a sus funciones, tanto el apego social como el físico contribuyen, entre otras cosas, a mantener la seguridad del individuo. Desde esta perspectiva, el apego social no constituye un requisito para la existencia de apego físico.

A continuación nos proponemos ocuparnos de esta cuestión. Trataremos de comprobar que es posible desarrollar apego hacia la dimensión física de los lugares, incluso en ausencia total de relaciones sociales. Para comprobarlo diseñamos el siguiente estudio. En él nos propusimos aislar experimentalmente el apego físico. Para ello, creamos una situación de laboratorio, en la que la manipulación y el control de variables resulta más accesible. Dada la dificultad de encontrar un espacio natural en el que las personas permanezcan en ausencia total de relaciones sociales, diseñamos una situación artificial en la que los sujetos permanecieran en solitario. Posteriormente comprobamos si desarrollaban algún tipo de apego hacia ese lugar. De esta forma, el objetivo específico de este estudio será comprobar que las personas, en ausencia de relaciones sociales, desarrollan apego hacia los lugares. La hipótesis de partida es que los sujetos mostrarán apego hacia un lugar en el que hayan permanecido en solitario.

6.1.2.1. Sujetos

Participaron en el experimento de forma voluntaria 30 estudiantes de F.P., con una edad media de 19 años.

6.1.2.2. Diseño

La variable dependiente fue el lugar en que se ubicaron los sujetos tras el tratamiento experimental. Nos interesaba determinar si lo hacían en el mismo o en distinto lugar de donde habían sido ubicados inicialmente. Por lo tanto, se manipuló como variable independiente la colocación inicial de los sujetos en dos niveles (lugar A y lugar B) para cuya determinación se utilizaron dos sillas. La variable independiente se bloqueó mediante un contrabalanceo para poder evaluar la variable dependiente con referencia a un criterio externo probabilístico; de modo que la mitad de los sujetos se sentaron inicialmente en la silla A y la otra mitad en la silla B.

6.1.2.3. Procedimiento

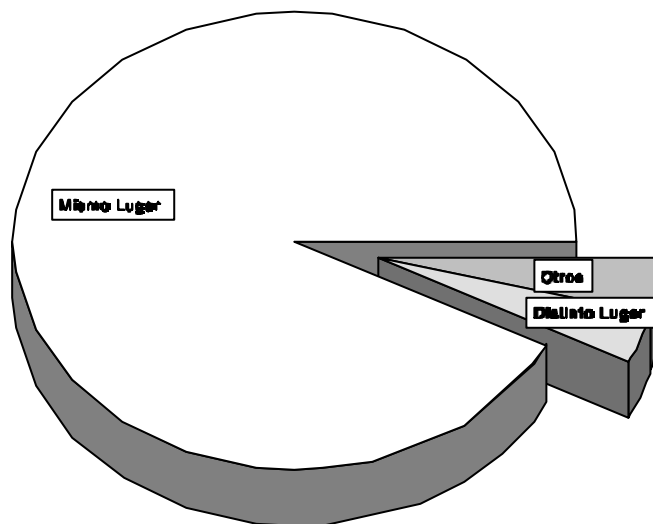
El experimento se llevó a cabo en una habitación cerrada, en la que los sujetos no habían estado previamente. Dentro de la sala se colocó una mesa rectangular situada en el centro de la habitación y una silla a cada lado de la mesa, de manera que existía la misma distancia entre la puerta y cada una de las dos sillas.

El experimentador hizo pasar a los sujetos a la sala de uno en uno, explicándoles que se trataba de realizar una tarea de atención, consistente en tachar una serie de números de un recuadro. Dentro de la sala los sujetos encontraban la tarea de atención y un bolígrafo sobre la mesa junto a una de las dos sillas. Se establecieron dos condiciones de balanceo de modo que la mitad de los sujetos encontraba la prueba junto a una de las sillas y la otra mitad junto a la otra. Se les dió 4 minutos de tiempo para realizar la prueba. Transcurrido ese tiempo, los sujetos debían abandonar la sala. Seguidamente, con objeto de comprobar en qué lugar de la sala se situaban, se les pedía que volvieran a ésta durante unos instantes, mientras corregíamos la prueba para darles los resultados. Una vez que los sujetos volvían a la sala, el experimentador anotaba en qué lugar de ésta se colocaban. En concreto se registraron dos categorías: esperar en el mismo lugar en el que han estado previamente y esperar en otro lugar. Con el objetivo de asegurar que las dos sillas permanecían en el mismo lugar tras la prueba de atención realizada, una persona entraba en la sala en el intervalo en que los sujetos la abandonaban, y volvía a colocar las sillas. Una vez registrados los datos, se agradecía a los sujetos su participación y se les despedía.

6.1.3. Resultados

Para los análisis se contó el número de sujetos de cada categoría, esto es, aquellos que esperaron situados en el mismo lugar en el que habían realizado la tarea y aquellos que esperaron en cualquier otro lugar. El porcentaje de sujetos que esperó en el mismo lugar fue el 92,6%, frente al 3,7% que se situó en otro lugar de la sala. El 3,7% restante no pudo llegar a ser observado (Figura 2). Un

Figura 6.1. Porcentajes de sujetos adscritos a cada categoría.



contraste de proporciones para categorías mutuamente excluyentes indicó que la primera categoría es significativamente mayor que la segunda ($Z=11,11$; $p<0,001$). Esto es, el número de sujetos que volvió a situarse en el mismo lugar

que había ocupado previamente es significativamente mayor que aquellos que se colocaron en cualquier otro lugar de la habitación.

6.1.4. Discusión

Los resultados de este estudio indican que las personas desarrollan una forma elemental de apego a espacios físicos en ausencia de relaciones sociales en dicho espacio. Como hemos visto, un breve contacto con un determinado lugar es suficiente para posteriormente preferirlo frente a otros. La cuestión que se plantea es si podemos considerar esta preferencia como una forma de apego al lugar. En un capítulo precedente hemos definido el apego al lugar como una tendencia a permanecer próximos a un lugar, a preferir determinados lugares frente a otros, a volver al mismo sitio. Esto es lo que hemos observado en la situación experimental. Los sujetos tienden a volver al mismo lugar en el que se han situado previamente, prefieren ese sitio frente a todos los demás. Esto mismo es lo que habitualmente les ocurre con sus casas, barrios y ciudades, con su lugar en el aula, etc. Sin embargo, en este caso ha ocurrido sin la presencia de relaciones sociales e incluso de cualquier otra persona. Esto es, las personas en solitario y tras un mínimo contacto con un lugar, desarrollan una forma básica de apego a ese lugar. Obviamente este apego es mínimo, y por ello difícil de comparar en muchos aspectos con el que se desarrolla hacia otros lugares más cotidianos y relevantes para el sujeto. Sin embargo, lo que hemos intentado ha sido detectar las condiciones mínimas para que se comience a formar el apego al lugar. La suma de otros muchos factores a estas condiciones mínimas irán desarrollando y complejizando esta preferencia. Es posible pues que esta forma elemental de

vinculación con los lugares sea el germen de formas más complejas de apego. No obstante, parece que las relaciones sociales no son un requisito indispensable para que se produzca el apego al lugar, como se ha venido afirmando frecuentemente hasta ahora.

En cualquier caso, el procedimiento utilizado en este experimento puede presentar algunas limitaciones. Así, una pregunta que surge inmediatamente es la siguiente: ¿Es realmente el apego la causa de que los sujetos vuelvan al mismo lugar en que estuvieron previamente?. Pese a que esta explicación puede ser la más plausible, existe al menos una explicación alternativa: dado que inicialmente se indicaba a los sujetos el lugar que debían ocupar (aunque esta indicación se hizo de forma indirecta, dejando la prueba junto a una de las sillas), es posible que se produjese algún efecto del criterio de autoridad, y los sujetos se sentaran en el mismo lugar que se les había indicado al comienzo de la sesión. Como comentamos anteriormente, esta manipulación se hizo para controlar el efecto de posibles preferencias de los sujetos por alguna de las dos sillas (luz, orientación, etc.), lo que impediría atribuir al apego la explicación de su comportamiento. Sin embargo, tiene este otro inconveniente que hemos mencionado. Para evitarlo, llevamos a cabo el siguiente experimento.

Como hemos comentado, una posible limitación del experimento anterior es que ha podido influir sobre los sujetos el criterio de autoridad, es decir, que éstos pudieran elegir en la segunda ocasión la misma silla que se les había indicado en el primer momento porque creyeron que así debían de hacerlo. Para controlar este efecto, llevamos a cabo un segundo experimento, similar al anterior en casi todo excepto en que se permitió a los sujetos que eligiesen el lugar en que se sentaban en cada una de las ocasiones. De esta forma, se evitaba la posible influencia de criterios externos en la elección de cada sujeto. Por otra parte, otra cuestión que nos planteamos fue qué ocurriría si los sujetos volvían a la sala un cierto tiempo después. Nos interesaba observar si los efectos del apego se mantendrían durante un periodo más largo que el observado en el experimento anterior. Así, otra modificación que realizamos en esta segunda fase fue añadir una segunda medición de la variable dependiente 24 horas después de la primera.

6.2.2. Método

6.2.2.1. Sujetos

Participaron en el experimento de forma voluntaria 27 estudiantes de Psicología, con una edad media de 25 años. Tres de ellos tuvieron que ser excluidos de la muestra antes del análisis por problemas en la administración del experimento, por lo que la muestra final quedó constituida por 24 sujetos.

6.2.2.2. Diseño

Dado que el objetivo era evitar el efecto de la autoridad, en este caso no se pudo manipular la V.I. (colocación inicial de los sujetos), sino que éstos elegían desde el principio el lugar en el que se sentaban. De esta forma, nos encontramos con un cuasiexperimento en el que la variable asignada es el lugar en el que se sientan los sujetos inicialmente, y la variable dependiente el lugar en el que se sientan después. Se tomaron en cuenta dos medidas de la variable dependiente: una de ellas inmediata (como en el experimento anterior) y otra demorada veinticuatro horas.

6.2.2.3. Procedimiento

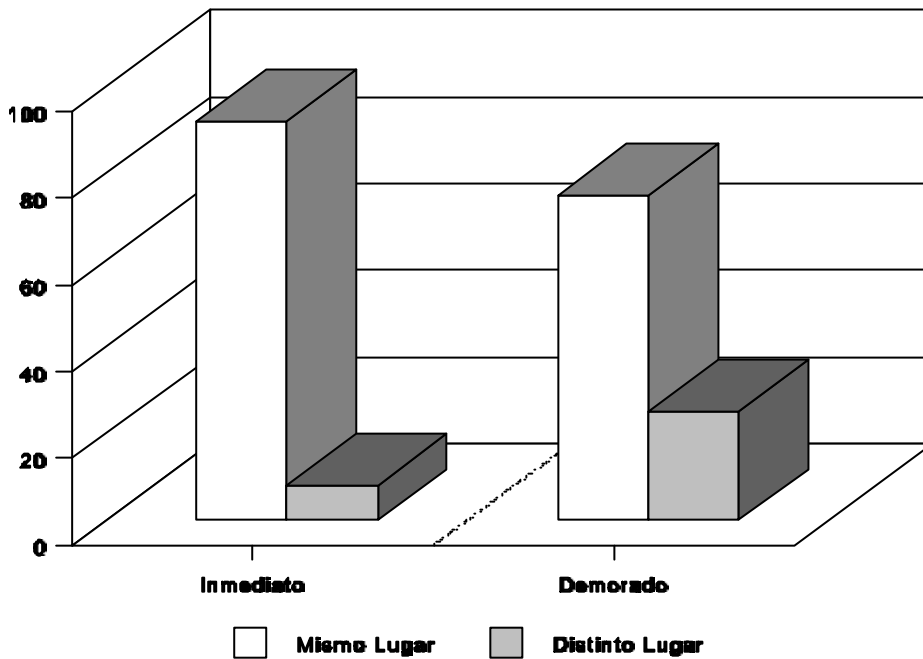
El procedimiento seguido es similar al del experimento anterior. Fue realizado en una habitación de forma cuadrada, con una mesa también cuadrada situada en el centro de la habitación y dos sillas equidistantes de la puerta. Los sujetos entraron a la sala de uno en uno, con objeto de contestar un cuestionario sobre actitudes ambientales. La diferencia con el experimento anterior es que en este caso no se predeterminó el lugar en que habían de sentarse inicialmente, sino que, simplemente, se les indicó la sala en que habían de hacerlo y ellos mismos eligieron entre las dos sillas. Después de los primeros trece participantes, las sillas se cambiaron de sitio para compensar posibles preferencias no previstas (iluminación, orientación, etc.), siempre garantizando la misma distancia entre las dos sillas y la puerta. Una vez terminada la prueba, se pedía a los sujetos que volvieran a la sala, con objeto de registrar en qué lugar de ésta se colocaban: en el mismo lugar en el que habían estado previamente o en otro lugar.

En ese momento se les informaba de que el cuestionario tenía una segunda parte que debían contestar al día siguiente. Todos los participantes accedieron a volver. De esta forma dispusimos de una segunda oportunidad de medida de la variable dependiente veinticuatro horas después de la primera.

6.2.3. Resultados

En la primera oportunidad de medida (inmediata) el porcentaje de sujetos que esperó en el mismo lugar fue el 92%, frente al 8% que se situó en otro lugar de la sala (Figura 3). Un contraste de proporciones para categorías mutuamente excluyentes indicó que la primera categoría es significativamente mayor que la segunda ($Z=7,58$; $p< 0,001$). Esto es, el número de sujetos que volvió a situarse en el mismo lugar que había ocupado previamente fue significativamente mayor que aquellos que se colocaron en cualquier otro lugar de la sala. El efecto se replicó en la segunda oportunidad de medida, aunque atenuado ligeramente: en este caso, el 75% ocupó el mismo lugar y el 25%, un lugar distinto ($Z=2,83$; $p< 0,003$).

Figura 5.2.
Porcentajes de cada categoría en las fases Inmediata y demorada.



El efecto de la demora fue significativo, de forma que los participantes se sentaron en el mismo sitio con mayor frecuencia cuando la fase de prueba se realizó de forma inmediata que cuando se hizo al cabo de 24 horas (Wilcoxon, $Z=2,0$; $p<0,05$, dos colas).

6.2.4. Discusión

Como hemos podido observar, la preferencia por un lugar con el que se ha mantenido contacto previo permanece cuando se elimina la posible influencia de la autoridad. Según los resultados

obtenidos, una gran mayoría de personas elige el mismo lugar en el que ha estado previamente, y este efecto persiste al menos veinticuatro horas después, si bien de forma atenuada. No obstante, el hecho de que la demora tenga un efecto significativo es también favorable a la hipótesis de que se sentaban en el mismo sitio por apego y no por cualquier otro tipo de preferencia, ya que en tal caso no existe ninguna razón para que la preferencia por un lugar decaiga con el tiempo.

Por otra parte, la preferencia debida a otros factores como iluminación, orientación, etc., fue también controlada cambiando las sillas de sitio para la mitad de los participantes. De esta forma, disponemos de nueva evidencia empírica a favor de la hipótesis de que el apego al lugar no depende de las experiencias e interacciones sociales desarrolladas en ese lugar.

Podría argumentarse que la preferencia observada en estos experimentos no es apego, ya que en ella probablemente no puede hablarse de vínculo afectivo o deseo de permanecer cerca de ese lugar, aspectos recogidos en la definición del concepto. Efectivamente, el afecto que los sujetos pueden sentir hacia el lugar que han ocupado durante el experimento es mínimo, pero también lo ha sido el tiempo que han permanecido en él (cuatro minutos en el primero, y entre cinco y diez minutos en el segundo). Parece lógico suponer que una mayor experiencia y contacto con un determinado lugar irán incrementando el afecto que podamos sentir hacia dicho lugar. Pero además también podemos interpretar la preferencia por una de las dos sillas como una forma de afecto. El hecho de elegir un lugar frente a otro es un indicador de preferencia por ese lugar, y la preferencia, según el diccionario de la

Real Academia, se define como “inclinación favorable o predilección hacia una persona o cosa”, esto es, de forma muy similar al apego (“afición o inclinación hacia una persona o cosa”).

Por otra parte, contamos con investigaciones ya clásicas en Psicología Social que apoyan la hipótesis de que los participantes desarrollan algún tipo de afecto hacia el lugar que ocupan en el experimento. Nos estamos refiriendo a los estudios de Zajonc (1968, 1980) sobre el efecto de la mera exposición. En una larga serie de experimentos, Zajonc y sus colaboradores demostraron que la simple exposición a un estímulo cualquiera, que puede ir desde palabras o nombres conocidos a símbolos sin significado, produce una valoración más favorable de dicho estímulo. De esta forma, si bien no puede hablarse de vínculo afectivo en sentido estricto, sí tenemos indicios para considerar que al menos existe una evaluación más positiva de ese lugar frente a cualquier otro de esa habitación.

En cuanto al deseo de permanecer cerca de ese lugar, es precisamente lo que observamos en la conducta de sentarse en la misma silla. Una vez en la habitación, los sujetos prefieren estar cerca de ese lugar frente a cualquier otro. Obviamente, fuera de esa habitación existen otros lugares preferidos por los sujetos. Pero de hecho, cuando se trata de elegir entre un lugar familiar y otro desconocido, las personas prefieren permanecer cerca del primero.

CAPÍTULO 7

ESTUDIO 4

ESTILOS DE APEGO AL LUGAR

7.1. Introducción

Como mencionamos en la primera parte de esta tesis, el acercamiento a nivel teórico entre el apego al lugar y el apego infantil y adulto lleva implícita la asunción de que estas formas de apego comparten además de la definición algunas de sus cualidades. Sin embargo, hasta el momento ningún estudio ha analizado las posibles similitudes entre el apego al lugar y las otras formas de apego. El objeto del siguiente estudio será precisamente comprobar si el apego al lugar comparte algunas de las características del apego adulto. Para ello nos centraremos en uno de los aspectos que está recibiendo últimamente mayor atención por parte de los investigadores sobre apego adulto, esto es, la clasificación del apego en tres estilos diferentes: seguro, ansioso y evitante.

El objetivo de este estudio será por tanto comprobar si esos mismos estilos se reproducen en el apego al lugar. Es decir, queremos comprobar si el apego al lugar puede clasificarse en seguro, ansioso y evitante, y, en ese caso, si existe relación con el estilo de apego adulto. Para ello hemos adaptado las definiciones de estos tres estilos al apego al lugar. Así, el estilo seguro de apego al lugar quedaría definido como el deseo de permanecer junto al lugar de apego (la casa, el barrio o la ciudad), pero sin preocuparse excesivamente por alejarse temporalmente de éste. En cambio el apego al lugar de estilo ansioso implicaría un alto nivel de malestar e inquietud cuando la persona se encuentra alejada de su lugar de apego, que sólo desaparece cuando vuelve a él. Por último, el apego al lugar de estilo evitante supone un rechazo del lugar de apego, evitando permanecer mucho tiempo en ese lugar.

La metodología empleada en este estudio es la habitual en los trabajos sobre apego adulto. Inicialmente, los estilos de apego adulto se midieron mediante la presentación de tres descripciones sobre

el modo en que se sienten normalmente las personas en las relaciones próximas (Hazan y Shaver, 1987). Los sujetos debían elegir aquella descripción que mejor expresara sus propios sentimientos. Sin embargo, a este procedimiento se le ha atribuido diversos problemas (Hazan y Shaver, 1987; Hendrick y Hendrick, 1989; Simpson, 1990). Por ejemplo, se ha mencionado que esta medida no permite advertir diferencias individuales dentro de cada estilo, asigna un único estilo a cada individuo, a pesar de que algunas personas pueden ser caracterizados como una mezcla de varios estilos, y limita seriamente los análisis estadísticos que pueden llevarse a cabo, entre otros la consistencia interna de cada uno de los estilos.

Estudios posteriores, con el fin de solucionar estos problemas añadieron al anterior otro instrumento. A partir de dichas descripciones elaboraron una escala tipo Likert compuesta por un conjunto de ítems (13 ó 15), a los que los sujetos debían responder en qué grado estaban de acuerdo. De esta forma, el instrumento utilizado actualmente consta en primer lugar de las tres descripciones seguidas de la escala tipo Likert. En este estudio utilizaremos este mismo instrumento.

En resumen, los objetivos específicos de este estudio son:

1. Comprobar si el apego al lugar puede clasificarse en los estilos de apego adulto: seguro, ansioso y evitante.
2. Analizar la relación entre el estilo de apego al lugar y el estilo de apego adulto.

Las hipótesis asociadas a estos objetivos son:

1. El apego al lugar puede clasificarse en los mismos estilos del apego infantil y adulto: seguro, ansioso y evitante.
2. Existe relación entre el estilo de apego adulto y el estilo de apego al lugar, es decir, las personas tenderán a exhibir el mismo estilo de apego adulto y de lugar.

7.2. Método

7.2.1. Sujetos

Participaron en este estudio 261 estudiantes de segundo y quinto curso de Psicología. De éstos, el 23,6% son hombres y el 74,5% mujeres. La edad de los participantes oscila entre los 18 y los 58 años, siendo la media de 27 años. Respecto al estado civil, el 72,6% de la muestra es soltero, mientras que un 17,9% está casado. El 7,7% restante es viudo o separado. En cuanto al régimen de vivienda, el 86,8% tiene la vivienda en propiedad, y sólo un 10,4% vive en régimen de alquiler.

7.2.2. Instrumento

El instrumento elaborado para este estudio está basado en el utilizado habitualmente por otros estudios sobre apego adulto (Hazan y Shaver, 1987; Mikulincer, Florian y Tolmacz, 1990; Simpson, 1990, etc.). Consta de una primera parte destinada a medir el estilo de apego adulto, una segunda para el estilo de apego al lugar y en último lugar un apartado de datos sociodemográficos.

Para la primera parte, el cuestionario de apego adulto, hemos realizado una traducción y adaptación al castellano del empleado por otros autores (Mikulincer y otros, 1989; 1990; Mikulincer y Erev, 1991; Mikulincer y Orbach, 1995). Consta en primer lugar de tres descripciones correspondientes a los tres estilos de apego adulto: seguro, ansioso y evitante (ver Tabla 7.1). Los sujetos, tras leer las tres descripciones deben elegir aquella que mejor exprese sus propios sentimientos. A continuación, con objeto de mejorar la validez concurrente, se presenta una escala compuesta de 15 ítems, extraídos de las tres descripciones anteriores (5 para cada estilo), a los que los sujetos debían responder en una escala Likert de 5 puntos el grado en que estaban de acuerdo con cada uno de ellos. Estos dos apartados conforman el cuestionario sobre estilos de apego adulto.

Tabla 7.1

Descripciones de los tres estilos de apego adulto (Hazan y Shaver, 1987)

- | |
|--|
| <ol style="list-style-type: none">1. Estilo seguro: Me resulta fácil acercarme a otras personas. Me siento a gusto dependiendo de otros y teniendo a otros que dependen de mí. No suelo preocuparme por que alguien me abandone, ni tampoco porque los demás se acerquen demasiado a mí.2. Estilo evitante: No me siento bien estando cerca de otras personas. Para mí es difícil confiar plenamente en otros, y me disgusta tener que depender de alguien. Me inquieta que los demás se acerquen demasiado, y a menudo otras personas desean ser más íntimas conmigo de lo que yo considero adecuado.3. Estilo ansioso: Los demás son reacios a ser tan íntimos como yo quisiera. A menudo me preocupa que mi pareja en realidad no me quiera o no quiera estar conmigo. A veces deseo unirme totalmente con otras personas, y este deseo los aparta. |
|--|

A partir de este cuestionario realizamos una adaptación para elaborar el cuestionario sobre estilos de apego al lugar. Al igual que el anterior, consta de dos partes: tres descripciones correspondientes a los tres estilos de apego al lugar, seguidos de una escala de 15 ítems con un formato

tipo Likert, 5 para cada estilo. Las descripciones de los estilos de apego al lugar fueron elaboradas a partir de las de apego adulto. Por otra parte, siguiendo en la línea de los estudios 1 y 2, el apego al lugar se midió en tres ámbitos: casa, barrio y ciudad. Esto dió lugar a tres versiones del cuestionario: uno para la casa, otro para el barrio y un tercero para la ciudad. A continuación se muestran las tres descripciones para el apego a la casa (Tabla 7.2). Las otras dos son iguales excepto en el lugar al que hacen referencia. Dada la similitud entre las tres versiones, y con objeto de evitar el efecto del cansancio de los sujetos, éstos contestaban únicamente uno de los tres ámbitos de apego al lugar.

Tabla 7.2

Descripciones de los tres estilos de apego al lugar

1. **Estilo seguro:** Me siento a gusto en mi casa. No me preocupa estar alejado de ella, pero siempre me alegra volver. Me gustaría seguir viviendo en mi casa actual y lamentaría tener que mudarme a otra casa.
2. **Estilo evitante:** No me siento a gusto en mi casa. Prefiero estar fuera y no me resulta agradable regresar. No me importaría vivir en otra casa y no lamentaría tener que mudarme.
3. **Estilo ansioso:** En ningún sitio me siento tan bien como en mi casa. No soporto estar alejado de ella y siempre siento un gran placer al volver. No me gustaría vivir en ningún otro sitio, y me dolería mucho tener que mudarme.

Por último, se recogen algunos datos personales. De esta forma, el cuestionario queda como sigue: en primer lugar la escala de estilos de apego adulto, posteriormente la escala de estilos de apego al lugar y finalmente los datos sociodemográficos. En el Anexo se incluye una copia de este cuestionario. Se realizaron dos versiones, cambiando el orden de presentación de los ítems tanto de la escala de apego adulto como de la de apego al lugar.

7.2.3. Procedimiento

La cumplimentación de los cuestionarios se efectuó en sesiones colectivas, durante el horario de clases de los estudiantes. Las diferentes versiones del cuestionario fueron repartidas al azar en cada una de las aulas. Las instrucciones se facilitaron por escrito y se apoyaban con una explicación oral. La participación de los sujetos fue voluntaria. Las sesiones tuvieron una duración aproximada de 15 minutos.

7.3. Resultados

En primer lugar se analizaron los estilos de apego adulto. A continuación se siguió el mismo procedimiento para obtener los estilos de apego al lugar y por último comprobamos su relación con el estilo anterior.

7.3.1. Estilos de apego adulto

Para analizar los resultados seguimos el mismo procedimiento utilizado en los estudios realizados sobre apego adulto. En primer lugar llevamos a cabo un análisis de componentes principales con rotación varimax con los 15 ítems de la escala, con objeto de comprobar si se ajustan al modelo teórico, esto es, si el apego adulto se clasifica en tres estilos: seguro, ansioso y evitante. Los resultados se muestran en la Tabla 7.3. Con objeto de aportar claridad a la Tabla, se han suprimido los valores inferiores a 0,40. Los primeros cinco ítems corresponden a la definición de estilo seguro, del ítem 6 al 10 corresponden al estilo evitante y del ítem 11 al 15 son los correspondientes al estilo ansioso. Como puede verse, todos los ítems excepto uno (el ítem nº 2) se han agrupado en el sentido esperado. En total se obtuvieron tres factores con valores propios superiores a 1. El primer factor recoge los cinco ítems de apego ansioso, más uno de los de apego seguro. Este factor explica el 33% de la varianza. En el segundo factor saturan por encima de 0,40 los cinco ítems de apego evitante, explicando el 27% de la varianza. El tercer factor recoge cuatro de los cinco ítems de apego seguro, a falta del ítem nº 2, que puntuó en el primer factor. Este tercer factor explica el 9% de la varianza. Los tres factores explican conjuntamente casi el 70% de la varianza de apego.

Estos resultados son acordes con los obtenidos por otros autores (Mikulincer y otros, 1990), excepto en la colocación del ítem nº 2, que aparece en estos trabajos en el factor de apego seguro. En nuestro caso la descolocación de este ítem puede ser debido a varios factores. En primer lugar habría que descartar que se debe a la traducción del ítem (estos autores emplean una traducción hebrea de la versión inglesa), quizás redactado en otro sentido, o con alguna leve matización. Eliminada esta posibilidad, habría que optar por modificarlo o sustituirlo por otro más apropiado.

Tabla 7.3
Análisis factorial de los estilos de apego adulto

Items	Factor I	Factor II	Factor III
1.Me resulta fácil estar cerca de otros	0,5510		0,7799
2.Me siento a gusto dependiendo de otros			0,7046
3.Me siento bien con otros dep. de mí			0,8838
4.Me preocupa que otros me abandonen			0,8602
5.Me gusta que los demás estén cerca			
6.Me siento mal estando cerca de otros		0,8626	
7.Me resulta difícil confiar en los demás		0,8474	
8.Me disgusta tener que depender		0,7430	
9.Los demás desean intimar más que yo		0,7842	
10.Me inquieta que otros se acerquen mucho		0,7685	
11.Los demás son reacios a intimar conmigo			
12.Me preocupa que mi pareja no me quiera	0,8326		
13.Me preocupa que mi pareja me abandone			
14.Desearía estar unido a otras personas	0,7527		
15.Mi deseo de unión hace que otros se alejen			
	0,7971		
	0,7758		
	0,7413		

Var. explicada: 69,23%
n=261

A continuación calculamos el análisis de consistencia interna de la escala de apego adulto. Este análisis nos indica que la subescala de apego seguro tiene un alpha de Cronbach de 0,70, incluyendo el ítem nº 2. Si se elimina, la consistencia aumenta hasta 0,86. De esta forma, tanto el análisis factorial como éste de fiabilidad aconsejan la eliminación de este ítem, por lo que será suprimido para posteriores análisis. La consistencia interna de la subescala de apego evitante alcanzó un valor de alpha

de 0,93 y de 0,75 para la subescala de apego ansioso. Estos índices son similares e incluso superiores a los obtenidos en otros trabajos. Por ejemplo, Mikulincer y sus colaboradores obtienen índices de fiabilidad entre 0,63 y 0,83.

A partir de las puntuaciones de los sujetos en cada uno de los ítems, se construyeron tres índices de apego, correspondientes a cada uno de los estilos. Estos índices se calcularon mediante la media aritmética de cada subescala. Así, inicialmente a cada sujeto le correspondían tres puntuaciones: una de apego seguro, otra de apego evitante y una tercera de apego ansioso. Posteriormente se asignaba a cada sujeto el estilo de apego en el que alcanzaba una mayor puntuación. De esta forma obtuvimos que el 53% de los sujetos se clasificaba con un estilo de apego seguro, el 20,8% evitante y un 25,5% ansioso. Estos porcentajes son muy próximos a los obtenidos en otros estudios (Hazan y Shaver, 1987; Mikulincer y otros, 1990; etc.).

A continuación comparamos este resultado con el estilo que los sujetos reconocieron como propio a través de las descripciones. En este caso los estilos obtenidos fueron 59,4% de apego seguro, 21,7% de apego evitante y 8,5% de apego ansioso. El resto no se identificó con ninguno de los tres estilos. En la Tabla 7.4 se presentan estos resultados. Como puede apreciarse, los porcentajes de estilos seguro y evitante son muy aproximados con los obtenidos en la escala, existiendo una diferencia mayor en el estilo ansioso. Son pocas las personas que reconocen depender de los demás y desear intimar más con ellos, mientras que en la escala es posible que este estilo pase más desapercibido y los sujetos contesten más abiertamente.

Tabla 7.4
Porcentajes obtenidos para cada estilo de apego adulto

	Escala	Descripciones
Apego seguro	53,8%	59,4%
Apego evitante	20,8%	21,7%
Apego ansioso	25,5%	8,5%

En total los dos métodos coinciden en el 71,5% de los casos, pero se da un 28,5% de casos en los que el estilo de apego del sujeto difiere en función del instrumento utilizado. El coeficiente de contingencia entre ambas variables es igual a 0,60 ($p < 0,0001$), por lo que puede considerarse que coinciden de forma significativa. No obstante, la estrategia a seguir en aquellos casos en los que no hay coincidencia entre las dos medidas no está muy clara. Así, Mikulincer y cols. (1990) optan por utilizar la puntuación de la escala para todos los sujetos, pero posteriormente Mikulincer y Erev (1991) y Mikulincer y Orbach (1995) eliminan aquellos casos de discordancia entre las dos medidas de los análisis. Ya hemos comentado los problemas que presenta la medición a través de las descripciones. Podríamos añadir a éstos que esta medida presenta una mayor deseabilidad social que la escala, pues unas descripciones parecen más socialmente aceptables que otras. De hecho, la introducción de la escala se hace para optimizar la medida, por lo que no parece lógico retornar a las descripciones para validar la escala. De esta forma, en nuestro estudio optamos por adoptar el estilo de apego obtenido en la escala para todos los sujetos.

Las correlaciones entre estos estilos (Tabla 7.5) nos indican que el apego evitante está negativamente relacionado con el apego seguro, indicando que una mayor puntuación en el estilo seguro va asociado con un menor nivel de estilo evitante. En cambio, no hay relación entre los estilos seguro y ansioso. La relación entre los estilos evitante y ansioso es positiva, aunque moderada.

Tabla 7.5
Correlación de Pearson entre los estilos de apego adulto

	A. evitante	A. ansioso
A. seguro	-0,3633**	-0,0217
A. evitante		0,1605*

**p<0,0001

7.3.2. Estilos de apego al lugar

Una vez obtenidos los estilos de apego adulto pasamos a analizar los estilos de apego al lugar. Para ello seguimos los mismos pasos que en el procedimiento anterior. En primer lugar realizamos un análisis de componentes principales con rotación varimax con los 15 ítems de la escala. Este análisis se repitió para los tres ámbitos de apego por separado: casa, barrio y ciudad, así como para los tres ámbitos conjuntamente. Dado que los resultados obtenidos son similares tanto en los factores extraídos

como en el porcentaje de varianza explicada, detallamos aquí únicamente el análisis factorial de carácter más general, es decir, aquél en el que se han incluido los tres ámbitos. En el Anexo se presentan los otros tres factoriales por separado. Los resultados se muestran en la Tabla 7.6. Como puede apreciarse, en este caso no se confirman los tres estilos propuestos. Si bien aparecen tres factores con valores propios mayor que 1, el tercero lo desechamos ya que sólo un ítem puntúa en ese factor. El primer factor explica por sí solo el 51% de la varianza, y en él saturan la mayoría de los ítems de la escala. Concretamente los cinco ítems de apego evitante saturan con signo positivo, mientras que cuatro ítems de estilo seguro lo hacen con signo negativo, y dos del estilo ansioso. No obstante, uno de estos últimos, el ítem nº 14, satura con mayor peso en el segundo factor, por lo que lo eliminamos del Factor I. De esta forma, el factor I lo interpretamos como una dimensión bipolar entre el estilo seguro y el evitante. Así, denominaremos a este factor “Estilo seguro-evitante”.

Tabla 7.6
Análisis factorial de los estilos de apego al lugar

Items	Factor I	Factor II	Factor III
1.Me gusta pasar el tiempo en mi casa	-0,8066		0,9654
2.Me inquieta estar alejado de mi casa			
3.Me alegra volver a casa	-0,9012		
4.Me gustaría seguir viviendo en mi casa	-0,7701	0,4115	
5. Lamentaría tener que mudarme a otra casa	-0,6394	0,5020	
6.No me gusta estar en mi casa	0,9150		
7.Prefiero estar lejos de casa	0,9036		
8.Me desagrada llegar a casa	0,9251		
9.Me gustaría vivir en otra casa	0,7450		
10.Me alegraría tener que mudarme	0,8522		
11.En ningún sitio me siento tan bien como en casa		0,7409	
12.No soporto estar alejado de mi casa			
13.Siento un gran placer al llegar a casa	-0,7046	0,7583	
14.No me gustaría vivir en ningún otro sitio			
15.Me dolería mucho tener que dejar mi casa	-0,5474	0,8447	

		0,6012	
--	--	--------	--

Var. explicada: 69,23%
n=261

En cuanto al factor II, explica el 16,2% de la varianza, y en él saturan cuatro de los cinco ítems del estilo ansioso, por lo que podemos considerarlo en este sentido. Los ítems nº 4 y 5, dado que saturan con mayor peso en el primer factor han sido asignados a éste. Denominamos pues al segundo factor "Estilo ansioso".

Así, vemos que como resultado del análisis factorial aparecen dos dimensiones: seguro-evitante y ansioso. Estos resultados no confirman la traslación de los tres estilos de apego adulto al apego al lugar. Sin embargo, encontramos al menos un estudio sobre apego adulto con unos resultados similares a los nuestros (Simpson, 1990). Este autor obtiene en la factorización de la escala de apego adulto dos factores que define como “dimensión seguro-evitante” y “dimensión ansioso-no ansioso”, lo que parece coincidir con nuestros factores de apego al lugar. No obstante, debido a que no encuentra diferencias significativas entre utilizar dos o tres estilos de apego, así como por “fuertes razones teóricas” (Simpson, 1990; p. 974), opta por mantener la clasificación de los tres estilos. En nuestro caso la decisión a adoptar no parece fácil. Dado que es éste el primer estudio en el que se pone a prueba esta clasificación en el apego al lugar, y a la luz de los resultados obtenidos, no consideramos adecuado confirmar la clasificación del apego al lugar en los tres estilos de apego adulto. Por otra parte, si tenemos en cuenta los resultados de Simpson (1990), existen indicios para pensar que ambas formas

de apego (apego adulto y apego al lugar) comparten una estructura de dos factores. No obstante, no es éste el resultado obtenido en nuestro estudio, ya que en el apego adulto sí se han confirmado los tres estilos.

De esta forma, decidimos aceptar las dos dimensiones obtenidas en el apego al lugar, y comprobar cómo se relacionan entre sí y con los estilos de apego adulto. En primer lugar calculamos la fiabilidad de los dos factores. Como consistencia interna del primer factor obtuvimos un valor de alpha de Cronbach de 0,80, y de 0,81 para el segundo factor. A continuación, siguiendo el mismo procedimiento que en los estilos de apego adulto, construimos dos puntuaciones para cada sujeto correspondientes a cada uno de los dos factores. Estas puntuaciones se obtuvieron mediante la media aritmética de los ítems de cada factor. Posteriormente asignamos a cada sujeto el estilo en el que obtenía la mayor puntuación. De esta forma obtuvimos que el 48% de la muestra se clasificaba con un estilo de apego al lugar seguro-evitante y el 50% con un estilo ansioso. Calculada la distribución para cada ámbito (casa, barrio y ciudad), observamos que son muy similares (Tabla 7.7). Los resultados obtenidos con las descripciones fueron desechados puesto que éstas no se ajustan a las dimensiones obtenidas.

Tabla 7.7
Estilos de apego al lugar en función del ámbito espacial

	Casa	Barrio	Ciudad

	Casa	Barrio	Ciudad
Seguro-Evit.	50%	48%	46%
Ansioso	50%	45%	52%

Para comprobar la relación existente entre ambos estilos de apego al lugar realizamos un análisis de correlación de Pearson entre las puntuaciones de los sujetos en cada factor. Los resultados indican que existe una relación significativa de signo negativo entre los dos estilos ($r=-0,32$; $p<0,0001$). Es decir, una mayor puntuación en el estilo seguro-evitante se asocia con un nivel más bajo de estilo ansioso.

Seguidamente analizamos la relación entre los estilos de apego al lugar y los estilos de apego adulto. Los resultados se muestran en la Tabla 7.8. Como puede apreciarse, el estilo seguro de apego adulto no correlaciona con ninguno de los dos estilos de apego al lugar. En cambio, sí resultan significativas las correlaciones entre los dos estilos evitantes y los dos estilos ansiosos.

Tabla 7.8
Correlación de Pearson entre los estilos de apego adulto y de apego al lugar

	A. Segur-evi	A. Ansioso
A. Seguro	-0,0299	0,1099
A. Evitante	0,4687**	0,0037

	A. Segur-evi	A. Ansioso
A. Ansioso	0,1106	0,2509**

**p<0,0001

Realizando este análisis para cada uno de los ámbitos, encontramos el mismo patrón. Esto es, el apego adulto de estilo seguro no correlaciona con ninguno de los estilos de apego a la casa, el barrio o la ciudad. En cuanto al apego adulto de estilo evitante, correlaciona de forma significativa con el estilo seguro-evitante en la casa, el barrio y la ciudad. Por último, el apego adulto ansioso correlaciona con su equivalente en el apego al lugar en el ámbito del barrio y de la ciudad. En el ámbito de la casa no alcanza la significación, si bien es próximo a ella.

Tabla 7.9

Correlación de Pearson entre los estilos de apego adulto y de apego a la casa, el barrio y la ciudad

Apego Adulto	Apego Casa		Apego Barrio		Apego Ciudad	
	Segur-Evit	Ansioso	Segur-Evit	Ansioso	Segur-Evit	Ansioso
Seguro	-0,0858	0,1752	0,0432	0,1744	-0,0184	-0,0011
Evitante	0,3263*	-0,0982	0,4506**	0,2464*	0,6038**	-0,1044
Ansioso	0,1419	0,1830	0,0815	0,3428*	0,0952	0,2095*

*p<0,01; **p<0,0001

7.4. Discusión

En este estudio hemos tratado de analizar la relación existente entre el apego adulto y el apego al lugar. Para ello hemos recurrido a los tres estilos en que se ha clasificado el apego adulto: seguro, ansioso y evitante, y hemos tratado de identificarlos en el apego al lugar. Los resultados obtenidos respecto al apego adulto han confirmado su clasificación en estos tres estilos. Asimismo, la distribución de la muestra respecto al estilo de apego adulto ha sido similar a la de otros estudios anteriores, encontrándose una mayoría de personas con estilo seguro, seguido por el estilo ansioso y en último lugar el estilo evitante.

Por otra parte, en lo referente al apego al lugar los resultados indican que la clasificación de estos tres estilos no es adecuada. Del análisis factorial han surgido únicamente dos dimensiones o estilos que hemos definido como *Seguro-evitante* y *Ansioso*. Esto es, parece que los estilos seguro y ansioso del apego adulto tienen un equivalente en el apego al lugar. Es más, la relación entre dichos estilos es significativa en las dos formas de apego, indicando que las personas con un estilo de apego adulto ansioso o evitante tienen también ese mismo estilo de apego al lugar.

Sin embargo, el estilo evitante no ha podido ser identificado en el apego al lugar, apareciendo como el polo opuesto al estilo seguro. Es posible que este estilo no haya sido adecuadamente definido, y por ello haya aparecido como el polo opuesto del estilo seguro. Pero existen otros estudios que al

menos hacen dudar de esta posibilidad. Como hemos visto, Simpson (1990) encontró en el apego adulto dos dimensiones muy parecidas a las obtenidas por nosotros en el apego al lugar, a las que denominó “Seguro-evitante” y “Ansioso-no ansioso”. Esta coincidencia puede hacernos suponer que el apego adulto, y también el apego al lugar, puedan ser clasificados en tan sólo dos estilos, uno que abarca la dimensión seguro-evitante y otro de carácter ansioso. Sin embargo, esta última afirmación nos introduce en un terreno espinoso. Como es sabido, algunos autores han propuesto la clasificación del apego adulto en cuatro estilos en vez de tres (Bartholomew, 1990; Bartholomew y Horowitz, 1991). Nuestra sugerencia de únicamente dos estilos nos llevaría inevitablemente al foco de esta discusión, lo que sin duda excede los propósitos de esta tesis, centrada, no en el apego adulto sino en el apego a los lugares de residencia. Mantenemos por tanto la clasificación de dos estilos únicamente para el apego al lugar, y su relación con los correspondientes estilos de apego adulto.

CAPÍTULO 8

CONCLUSIONES

En este capítulo pretendemos hacer una reflexión general sobre los resultados de este trabajo de tesis. Básicamente podemos extraer dos tipos de conclusiones: las que se derivan del análisis teórico y aquellas otras que son resultado de la investigación empírica. A continuación se exponen ambas.

Realmente no puede decirse que el estudio del apego al lugar haya despertado un gran interés entre los investigadores. Como constatación de este hecho basta con revisar el volumen de los trabajos, teóricos o empíricos, publicados al respecto en los últimos años. Sin embargo, esta misma revisión permite observar que aunque lentamente, la investigación en este campo va consiguiendo asentarse. La frecuencia de aparición de artículos que incluyen el concepto va aumentando, y el tema comienza a tratarse en algunos manuales recientes de Psicología Ambiental (Bonnes y Secchiaroli, 1995; Aragonés y Américo, en prensa), así como en las revisiones del *Annual Review of Psychology* (Sundstrom, Bell, Busby y Asmus, 1996). En cualquier caso, no es exagerado afirmar que este campo de investigación se encuentra aún en las primeras fases de su desarrollo. En este sentido, el trabajo realizado en esta tesis pretende contribuir a su asentamiento, así como a resolver algunos de los problemas planteados.

Sin duda uno de los más graves es la proliferación de términos y conceptos similares que conducen a una gran confusión a todo aquél que se aproxima al tema. No sólo aquéllos que han surgido en otras disciplinas (como apego a la comunidad en la Sociología o arraigo y sentido de lugar

en la Geografía), también desde la Psicología Ambiental se han propuesto conceptos que en algún momento han sido confundidos con el de apego al lugar: dependencia de lugar, identidad de lugar, satisfacción residencial, territorialidad, etc. En este trabajo hemos reclamado la diferenciación entre todos ellos como un paso fundamental para lograr avanzar en este campo. El apego al lugar tiene características distintivas que le permiten disponer de un espacio propio dentro del abanico de descripciones sobre la relación entre el hombre y su lugar de residencia.

Entre estas propiedades específicas del apego al lugar hemos destacado algunas que nos parecen esenciales para su comprensión. Así, un aspecto poco resaltado por los investigadores es la tendencia a permanecer próximos al objeto de apego. Hasta ahora la mayoría de las definiciones sobre apego al lugar se han centrado en destacar el componente afectivo que este concepto conlleva. De esta forma la definición más habitual ha sido la de un lazo o vínculo afectivo entre las personas y determinados lugares. Sin embargo apenas se han analizado las características propias de este vínculo o sus implicaciones en la conducta humana. Es posible que la dificultad para adentrarse en el escabroso terreno de los afectos y sentimientos humanos sea la causa de la vaguedad conceptual. En este trabajo hemos recurrido a otras formas de apego con más respaldo investigador, tales como el apego infantil y adulto, en la esperanza de que nos conduzcan a una mayor comprensión y descripción del apego por los lugares de residencia. De esta forma, basándonos en las definiciones sobre apego infantil y adulto, hemos intentado delimitar de algún modo la definición existente sobre apego al lugar. Para ello hemos añadido al componente afectivo sus implicaciones comportamentales. El apego al lugar ha quedado pues definido como *un lazo afectivo que una persona o animal forma entre él mismo y un*

determinado lugar, un lazo que le impulsa a permanecer junto a ese lugar en el espacio y en el tiempo. La característica más sobresaliente de este vínculo es la tendencia a lograr y mantener un cierto grado de proximidad al objeto de apego. Esta definición, por otra parte, además de describir el concepto permite diferenciarlo del resto de conceptos cercanos tales como identidad de lugar, territorialidad, etc., que difícilmente podrían ser definidos en estos términos, para los cuales tendríamos que recurrir al autoconcepto, la demarcación, etc.

Una segunda característica del apego al lugar que hemos destacado en este trabajo es su función adaptativa a través del mantenimiento de la seguridad del individuo. De acuerdo con las teorías explicativas sobre el apego infantil, la tendencia a permanecer próximos entre crías y progenitores cumple la función de contribuir a la supervivencia, a través del mantenimiento de la seguridad. Para la Teoría del apego (Bowlby, 1969, 1973, 1980), la tendencia de los niños hacia los adultos es primaria. El niño tiene una predisposición biológica a buscar la proximidad y el contacto con los miembros de su especie. Esta preferencia acaba convirtiéndose en una vinculación afectiva con las personas que le cuidan, cuya función es favorecer la supervivencia. La ausencia o pérdida de estas figuras de apego es percibida como amenazante. También en el campo del apego al lugar algunos autores han destacado esta función adaptativa (Brown y Perkins, 1992; Low y Altman, 1992; Shumaker y Taylor, 1983). No sólo para los humanos, también para otros animales permanecer en un lugar familiar ofrece mayores posibilidades para la supervivencia: el acceso a los recursos necesarios es más accesible en los lugares conocidos, existe una menor probabilidad de recibir ataques y una mayor capacidad para la defensa, la facilidad para predecir los acontecimientos también aumenta. Por el contrario, cuando nos alejamos

de nuestro entorno habitual nuestra vulnerabilidad se incrementa: la capacidad de control y previsibilidad sobre lo que puede ocurrir es menor, así como el control de los recursos. En lugares desconocidos estamos por tanto expuestos a mayores riesgos. Todo esto lleva a Shumaker y Taylor (1983) a concluir que el sistema de apego localiza la conducta alrededor de un determinado lugar debido a que resulta funcionalmente ventajoso.

Además de las consideraciones teóricas también se han extraído algunas conclusiones relativas a cuestiones empíricas. Sin duda el desarrollo teórico de cualquier concepto científico contribuye del mismo modo a adelantar algunos pasos en el terreno empírico. En este sentido esperamos que la delimitación del concepto de apego al lugar que hemos realizado sirva para mejorar algunos de los problemas con que cuenta la investigación. Entre estos problemas destaca de manera especial el de la operacionalización. Como hemos visto, son múltiples (y en ocasiones no faltas de originalidad) las formas en que se ha tratado de medir el concepto. No obstante la crítica principal radica en incluir entre estas medidas características o propiedades que corresponden a conceptos diferentes (como identidad, satisfacción, etc.), y ello sin justificación teórica. En este trabajo hemos empleado diferentes mediciones del apego al lugar con objeto de adaptarlas a los diferentes objetivos de cada estudio. La validez de estas mediciones no ha sido contrastada. Esta es una tarea que aún queda por hacer. Sin embargo, se ha hecho hincapié en que respondan a la definición ofrecida del concepto, alejándose de aquellos otros aspectos que en nuestra opinión no corresponden a él. Consideramos que futuras operacionalizaciones del concepto deben ceñirse a aquellas características que pueden considerarse propias del apego al

lugar, no siendo válidas aquellas otras mediciones multidimensionales en las que no se justifica adecuadamente esta elección.

Por otra parte, hemos visto que el apego se desarrolla con distinta intensidad hacia lugares de diferente ámbito espacial. En este trabajo hemos analizado tres de estos ámbitos: la casa, el barrio y la ciudad. Las personas por regla general sienten apego hacia estos tres lugares. Sin embargo, como esperábamos, y de acuerdo con los resultados del único estudio que ha realizado una comparación similar (Cuba y Hummon, 1993), el barrio, el ámbito considerado hasta ahora más importante para la formación de lazos de apego, es el que presenta un grado inferior. Al menos los otros dos ámbitos analizados en este trabajo, la casa y la ciudad, son considerados más significativos para el desarrollo de este vínculo afectivo. Este resultado se ha mantenido en el segundo estudio, por lo que parece consistente. La disminución de actividades realizadas en el barrio en la actualidad y la posibilidad de acudir a éste aunque se resida en otro barrio pueden ser razones que expliquen esta menor relevancia para los sujetos. En todo caso, hay que resaltar que no es que las personas no tengan apego al barrio. De hecho sí lo tienen. Pero al compararlo con otros ámbitos espaciales, este apego resulta más bajo. Investigaciones futuras permitirán analizar y comparar otros ámbitos espaciales. Conocer los ámbitos más significativos para el apego al lugar puede contribuir a la comprensión de este concepto y sus propiedades. En cualquier caso, será necesario comprobar si este resultado es extrapolable a otros ambientes residenciales de diferentes características. Así, por ejemplo, la ciudad en la que se han llevado a cabo estos estudios es de tamaño medio, y quizás éste sea un factor relevante en el hecho de que la vida en el barrio no resulte especialmente significativa para sus residentes. Es posible que en

grandes ciudades donde las distancias son mayores, las actividades en el barrio cobren una mayor importancia, y esto influya de algún modo en el desarrollo del apego.

Otro aspecto que hemos analizado ha sido la dimensión del lugar hacia la que se desarrolla el apego. Hasta este momento un gran número de trabajos han resaltado la importancia de la dimensión social en la formación del apego, hasta el punto de que se ha llegado a identificar el apego al lugar con el apego a las personas que habitan en ese lugar. También en este trabajo se ha reflejado la importancia de las relaciones sociales sobre el apego. Sin embargo, en el Estudio 2 hemos comprobado, como apuntaba nuestra hipótesis, que las personas sienten apego hacia la dimensión física de los lugares al margen del apego social. Sin duda por lo general estos dos componentes del apego al lugar se dan de forma conjunta, convirtiéndose en un sentimiento afectivo general hacia los lugares de residencia, tanto hacia la dimensión física como hacia la social. Pero es importante esta distinción porque evidentemente tiene implicaciones teóricas y empíricas.

Es más, los dos experimentos realizados ofrecen evidencia de que podemos dejar de considerar al apego al lugar en función de las relaciones sociales desarrolladas en ese lugar. Más bien parece que habría que recurrir para explicar el apego a otros factores tales como la familiaridad o el contacto previo. Según los resultados obtenidos, las personas muestran una preferencia (a la que hemos llamado apego) por aquellos lugares en los que han estado previamente, aunque hayan permanecido en dicho lugar en solitario, e incluso aunque el tiempo de permanencia haya sido mínimo. Más arriba hemos mantenido que permanecer en lugares familiares cumple la función de mantener la seguridad del individuo a través del control de los recursos de la zona. Así, los lugares por sí mismos tienen la

propiedad de proporcionar seguridad. También permanecer junto a otras personas contribuye a garantizar la supervivencia, por ejemplo mediante la formación de grupos para la defensa. De esta forma ambas dimensiones del apego al lugar, la física y la social, pueden formar parte de un sistema global de adaptación.

Uno de los principales focos de interés en la investigación sobre apego al lugar hasta el momento ha sido la búsqueda de predictores. La identificación de variables, fundamentalmente sociodemográficas, que ayuden a predecir en qué casos las personas sentirán más apego hacia sus lugares de residencia ha sido el objetivo de gran parte de los trabajos realizados. A pesar de ello, los resultados no han sido suficientemente consistentes. Entre otras razones apuntábamos las diferentes mediciones del concepto como una de las posibles causas de estas divergencias. En parte esta explicación se ha confirmado al obtener también en este trabajo diferentes predictores en los diferentes estudios, en los que la medida utilizada ha sido modificada para adaptarla a los objetivos específicos de cada estudio. Por otra parte, hemos visto que cuando se analizan de forma individual cada uno de los ámbitos analizados se relaciona con diferentes predictores. No obstante, el análisis multivariado nos ha indicado que cuando se elimina la influencia de otras variables, la mayor parte de estos efectos desaparecen. De esta forma el apego al lugar no estaría apenas relacionado con variables sociodemográficas (tan sólo con el estado civil según nuestro estudio). Esto indica la necesidad de recurrir a la búsqueda de otras variables explicativas del apego. En este sentido el trabajo de Harris y cols. (1997) sobre apego al lugar y privacidad puede ser una línea interesante a seguir.

Por último, otra cuestión de la que nos hemos ocupado ha sido la posible relación entre el apego al lugar y el apego adulto. Para ello nos hemos centrado en los diferentes estilos de apego identificados en la investigación sobre apego infantil y posteriormente replicados en el apego adulto. Los resultados del estudio han permitido confirmar la adecuación de la clasificación del apego adulto en seguro, ansioso y evitante. En cambio, no ha sido posible la completa traslación de esta clasificación al apego a los lugares. En este caso se han identificado únicamente dos estilos. El primero de ellos recoge en una sola dimensión los estilos seguro y evitante como polos opuestos. El segundo factor se corresponde con el estilo ansioso. Parece pues más apropiado hablar de dos estilos de apego al lugar: seguro y ansioso. Un dato curioso es que también en el apego adulto encontramos resultados acordes con esta clasificación (Simpson, 1990), por lo que se abre una vía de investigación en este sentido.

En definitiva, las cuestiones que surgen en torno al concepto de apego al lugar son numerosas. Este trabajo ha intentado resolver algunas de ellas, pero sin duda habrá originado otras. Es largo el camino que queda por recorrer para lograr avanzar en este campo. Esperamos que los pasos dados aquí contribuyan de alguna forma a ello.

REFERENCIAS

- Ahlbrandt, R. S. (1984). *Neighborhoods, people and community*. Nueva York: Plenum.
- Ahrentzen, S. B. (1992). Home as a workplace in the lives of women. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Ainsworth, M. D. S., y Bell, S. M. (1970). Attachment, exploration and separation: Illustrated by the behavior of one- year-olds in a strange situation. *Child Development*, 41, 49-67.
- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Hillsdale: Erlbaum.
- Altman, I., y Low, S. (1992). *Place Attachment*. Nueva York: Plenum.
- Altman, I., y Rogoff, B. (1987). World views in psychology: Trait, interactional, organismic and transactional. En D. Stokols y I. Altman (eds.), *Handbook of environmental psychology*, Nueva York: Wiley.
- Amérigo, M. (1990). *Satisfacción residencial. Una aproximación psicosocial a los estudios de calidad de vida*. Tesis doctoral: Universidad Complutense de Madrid.
- Amérigo, M. (1995). *Satisfacción residencial. Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*. Madrid: Alianza Universidad.
- Aragonés, J. I., y Amérigo, M. (en prensa). *Psicología Ambiental*. Madrid: Pirámide.
- Aragonés, J. I., Corraliza, J. A., Cortés, B., y Amérigo, M. (1992). Perception of territory and social identity. *Socio- Environmental Metamorphoses: Builtscapes, Landscapes, Ethnoscape, Euroscape. Proceedings IAPS 12 International Conference*, Marmaras, Greece.
- Belk, R. W. (1992). Attachment to possessions. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Bonnes, M., y Secchiaroli, A. (1995). *Environmental Psychology*.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Vol. 1: Attachment*. Nueva York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss, Vol. 2: Separation*. Nueva York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1980A). *Attachment and Loss, Vol. 3: Loss, sadness and depression*. Nueva York: Basic Books.

Breakwell, G. M. (1986). *Coping with threatened identity*. Londres: Methuen.

- Breakwell, G. M. (1993). Integrating paradigms: methodological implications. En G.M. Breakwell, y D.V. Canter (Eds.), *Empirical Approaches to Social Representations*, Oxford: Clarendon Press.
- Breakwell, G. M. (1992). Processes of self-evaluation: efficacy and estrangement. En G.M. Breakwell (Ed.), *Social Psychology of Identity and the Self-concept*, Surrey: Surrey University Press.
- Brower, S. (1980). Territory in urban settings. En I. Altman, A. Rapoport, y J. Wohlwill (eds.), *Human behavior and environment*, Nueva York: Plenum.
- Brown, B. B. (1987). Territoriality. En D. Stokols, y I. Altman (eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, Nueva York: John Wiley & Sons.
- Brown, B. B., y Perkins, D. D. (1992). Disruptions in Place Attachment. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Brown, B. B., y Werner, C. M. (1985). Social cohesiveness, territoriality and holiday decorations. *Environment and Behavior*, 27, 539-565.
- Buckner, J. (1988). The development of an instrument to measure neighborhood cohesion. *American Journal of Community Psychology*, 16, 771-791.
- Burt, C.D.B. (1993). Concentration and academic ability following transition to university: an investigation of the effects of homesickness. *Journal of environmental psychology*, 13, 333-342.
- Buttel, F. H., Martinson, O. B., y Wilkening, E. A. (1979). Size of place and community attachment: a reconsideration. *Social Indicators Research*, 6, 475-485.
- Buttimer, A., y Seamon, D. (1980). *The human experience of space and place*. Londres: Croon Helm.
- Canter, D., y Rees, K. (1982). A multivariate model of housing satisfaction. *International Review of Applied Psychology*, 31, 185-208.
- Chawla, L. (1992). Childhood place attachments. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Chombart de Lauwe, M. J. (1976). Appropriation de l'espace et changement social. En P. Korosec-Serfaty (ed.), *Appropriation of space*, : Proceedings of the Third International Architectural Psychology Conference at Louis Pasteur University, Strasbourg, France.

- Cooper Marcus, C. (1992). Environmental Memories. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Csikzentimihalyi, M., y Rochberg-Halton, E. (1981). *The meaning of things: Domestic symbols and the self*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cuba, L., y Hummon, D. M. (1993). A place to call home: Identification with dwelling, community and region. *The Sociological Quarterly*, 34 (1), 111-131.
- Davidson, W., y Cotter, P. (1986). Measurement of sense of community within the sphere of city. *Journal of Applied Social Psychology*, 16, 608-619.
- Durkin, K. (1995). Attachment to Others. En K. Durkin, *Developmental Social Psychology. From infancy to old age*, Cambridge: Blackwell.
- Edney, J. J. (1976A). Human territories: Comment on functional properties. *Environment and behavior*, 8, 31-47.
- Feeney, J., y Noller, P. (1996). *Adult attachment*. California: Sage Publications.
- Feldman, R. M. (1996). Constancy and change in attachments to types of settlements. *Environment and Behavior*, 28, 419-445.
- Fried, M. (1963). Grieving for a lost home. En L.J. Duhl (ed.), *The urban condition: people and policy in the metropolis*, Nueva York: Simon y Schuster.
- Fried, M. (1982). Residential attachment: sources of residential and community satisfaction. *Journal of Social Issues*, 38, 107- 119.
- Fuhrer, U., y Kaiser, F. G. (1993). Place attachment and mobility during leisure time. *Journal of Environmental Psychology*, 13, 309-321.
- Gerson, K., Stueve, C. A., y Fischer, C. S. Attachment to place. En C.S. Fischer, R.M. Jackson, C.A. Stueve, K. Gerson, L. Jones, y M. Baldassare (eds.), *Networks and places*, Nueva York: The Free Press.
- Giuliani, M. V. (1991). Toward an analysis of mental representations of attachment to the home. *The Journal of Architectural and Planning Research*, 8, 133-146.
- Giuliani, M. V., y Feldman, R. (1993). Place attachment in a developmental and cultural context. *Journal of Environmental Psychology*, 13, 267-274.
- Glynn, T. (1981). Psychological sense of community: measurement and application. *Human Relations*, 34, 789-818.

- Goudy, W. J. (1982). Further consideration of indicators of community attachment. *Social Indicators Research*, 11, 181-192.
- Gómez, L., y Hombrados, M. I. (1992). Sentido de comunidad y privacidad. *Revista de Psicología Social*, 7 (2), 213-226.
- Guest, A. M., y Lee, B. A. (1983). Sentiment and evaluation as ecological variables. *Sociological Perspectives*, 26 (2), 159-184.
- Harlow, M. K. (1962). Social deprivation in monkeys. *Scientific American*, 207, 136 y ss.
- Harris, P. B., Brown, B. B., y Werner, C. M. (1996). Privacy regulation and place attachment: Predicting attachments to a student family housing facility. *Journal of Environmental Psychology*, 16, 287-301.
- Hazan, C., y Shaver, P. R. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Hazan, C., y Zeifman, D. (1994). Sex and the psychological tether. En K. Bartholomew y D. Perlman (eds.), *Advances in personal relationships*, Londres: Jessica Kingsley.
- Hill, J. L. (1996). Psychological sense of community: Suggestions for future research. *Journal of Community Psychology*, 24 (4), 431-438.
- Holahan, C. J. (1982). *Environmental Psychology*. Nueva York: Random House (Trad. cast. en México: Limusa, 1991).
- Hormuth, S. (1990). *The ecology of self: Relocation and self- concept change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hufford, M. (1992). Thresholds to an alternate realm: Mapping the Chaseworld in New Jersey's Pine Barrens. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Hummon, D. (1990). *Commonplaces: Community ideology and identity in american culture*. New York: State University of New York Press.
- Hummon, D. M. (1992). Community attachment: local sentiment and sense of place. En I. Altman, y S. Low (eds.), *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Hunter, A. (1974). *Symbolic communities*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kaplan, S. (1984). Affect and cognition in the context of home: the quest for intangibles. *Population and Environment*, 7, 126- 133.

- Kasarda, J. D., y Janowitz, M. (1974). Community attachment in mass society. *American Sociological Review*, 39, 328-39.
- Kirkpatrick L.A., y Davis, K. E. (1994). Attachment style, gender and relationship stability: A longitudinal analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 502-512.
- Korosec-Serfaty, P. (1973). The case of newly constructed zones: Freedom, constraint and the appropriation of space. En R. Kuller (ed.), *Architectural psychology*, Stroudsburg, Penn.: Dowden, Hutchinson y Ross.
- Korosec-Serfaty, P. (1975). Comment définir le concept d'appropriation de l'espace? *Bulletin de la Société Française de Sociologie*, 2 (5), 24-26.
- Krupat, E. (1985). *People in cities: The urban environment and behavior*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Krupat, E. (1983). A place for place identity. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 343-344.
- Lalli, M. (1992). Urban-related Identity: Theory, measurement and empirical findings. *Journal of Environmental Psychology*, 12, 285- 303.
- Lawrence, D. L. (1992). Transcendence of place: The role of La Placeta in Valencia's Las Fallas. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Lorenz, K. Z. (1935). Der Kumpan in der Umwelt des Vogels. *Journal fur Ornithologie*, 83, 137-213.
- Low, S. (1992). Symbolic Ties that bind: place attachment in the plaza. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Low, S., y Altman, I. (1992). Place attachment: A conceptual Inquiry. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- López, F. (1984). El apego. En J. Palacios, A. Marchesi, y M. Carretero (eds.), *Psicología evolutiva. Desarrollo cognitivo y social del niño*, Madrid: Alianza Universidad.
- Marans, R. W., y Rodgers, S. W. (1975). Toward an understanding of community satisfaction. En A. Hawley, y V. Rock (eds.), *Metropolitan America in Contemporary Perspective*, Nueva York: Halstead Press.
- McMillan, D. W., y Chavis, D. M. (1986). Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community psychology*, 14, 6-23.

- Mead, G. H. (1934). *Mind, Self and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Miller, P. H. (1993). *Theories of developmental psychology*. Oxford: W.H. Freeman.
- Park, R., y Burgess, E. (1925). *The city*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pellow, D. (1992). Spaces that teach: Attachment to the African compound. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Pol, E. (1996). La apropiación del espacio. En L. Iñiguez, y E. Pol (Comps.), *Cognición, representación y apropiación del espacio*, Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Pol, E. Y Guardia, J. (1991). Qualitat de vida en Ciutat Vella, Universidad de Barcelona, memoria de investigación no publicada.
- Proshansky, H. M. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior*, 10, 147-170.
- Proshansky, H. M., Fabian, A. K., y Kaminoff, R. (1983). Place- identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57-83.
- Relph, E. (1976). *Place and placelessness*. Londres: Pion.
- Riger, S., y Lavrakas, P. J. (1981). Community ties: patterns of attachment and social interaction in urban neighborhoods. *American Journal of Community Psychology*, 9, 55-66.
- Riley, R. B. (1992). Attachment to the ordinary landscape. En I. Altman, y S. Low (eds.), *Place Attachment*, Nueva York: Plenum.
- Ringel, N. B., y Finkelstein, J. C. (1991). Differentiating neighborhood satisfaction and neighborhood attachment among urban residents. *Basic and Applied Social Psychology*, 12 (2), 177-193.
- Robinson, D., y Wilkinson, D. (1995). Sense of community in a remote mining town: validating a neighborhood cohesion scale. *American Journal of Community Psychology*, 23, 137-148.
- Rubinstein, R. L., y Parmelee, P. A. (1992). Attachment to place and the representation of the life course by the elderly. En I. Altman, y S. Low, *Place attachment*, Nueva York: Plenum.
- Sampson, R. J. (1988). Local friendship ties and community attachment in mass society: A multilevel systemic model. *American Sociological Review*, 53 (Octubre), 766-779.

- Sarason, S. B. (1986). Commentary: The emergence of a conceptual center. *Journal of Community Psychology, 14*, 405-407.
- Sarason, S. (1974). *The psychological sense of community: Prospects for a community psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Sarbin, T. R. (1983). Place identity as a component of self: an addendum. *Journal of Environmental Psychology, 3*, 337-342.
- Seamon, D. (1979). *A geography of the lifeworld*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Seamon, D. (1982). The phenomenological contribution to environmental psychology. *Journal of environmental psychology, 2*, 119-140.
- Shumaker, S. A., y Hankin, J. (1984). The bonds between people and their residential environments: theory and research. An introduction. *Population and Environment, 7*, 59-60.
- Shumaker, S. A., y Taylor, R. B. (1983). Toward a clarification of people-place relationships: a model of attachment to place. En N.R. Feimer, y E.S. Geller (eds.), *Environmental psychology. Directions and perspectives*, Nueva York: Praeger.
- Simmel, G. (1903). *Die Grosstädte und das Geistesleben*. 1903: Dresden.
- Skjaeveland, O., y Gärling, T. (1997). Effects of interactional space on neighbouring. *Journal of Environmental Psychology, 17*, 181-198.
- Skjaeveland, O., Gärling, T., y Maeland, J. G. (1996). A multidimensional measure of neighboring. *American Journal of Community Psychology, 24* (3), 413-435.
- Stinner, W. F., Van Loon, M., Chung, S., y Byun, Y. (1990). Community size, Individual Social Position and Community Attachment. *Rural sociology, 55* (4), 494-521.
- Stokols, D. (1987). Conceptual strategies of environmental psychology. En D. Stokols y I. Altman (eds.), *Handbook of environmental psychology*, Nueva York: Wiley.
- Stokols, D., y Shumaker, S. A. (1981). People in places: a transactional view of settings. En J. Harvey (ed.), *Cognition, social behavior and environment*, Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Stokols, D. y Shumaker, S. A. (1982). The psychological context of residential mobility and well-being. *Journal of Social Issues, 38* (3), 149-171.
- Suárez, E., e Hidalgo, M. C. (1997). La participación ambiental a partir de la percepción de las condiciones ambientales y del contexto comunitario. *Revista de Psicología Social Aplicada, 7*, 113-128.

- Sundstrom, E., Bell, P. A., Busby, P. L., y Asmus, C. (1996). Environmental Psychology. 1989-1994. *Annual Review of Psychology*, 47, 485-512.
- Taylor, R. B. (1988). *Human territorial functioning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, R. B., Gottfredson, S. D., y Brower, S. (1985). Attachment to place: discriminant validity, and impacts of disorder and diversity. *American Journal of Community Psychology*, 13 (5), 525-542.
- Taylor, R. B., Gottfredson, S. D., y Brower, S. (1984a). Neighborhood naming as an index of attachment to place. *Population and Environment*, 7, 103-125.
- Taylor, R. B., Gottfredson, S. D., y Brower, S. (1984b). Understanding block crime and fear. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 21, 303-331.
- Thibaut, J., y Kelley, H. (1959). *The social psychology of groups*. New York: Wiley.
- Thomas, W. I. (1967). On social organization and social personality. En M. Janowitz (ed.), Chicago: University of Chicago Press.
- Töennies, F. (1887). *Gemeinschaft and Gesellschaft*. Leipzig: Fues's Verlag. (Trad. cast. en Ed. Península, 1979: Comunidad y Asociación).
- Tuan, Y. F. (1974). *Topophilia: a study of environmental perception, attitudes and values*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Turner, J. C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.
- Twigger-Ross, C. L., y Uzzell, D. L. (1996). Place and Identity Processes. *Journal of Environmental Psychology*, 16, 205-220.

- Unger, D. G., y Wandersman, A. (1985). The importance of neighbors: the social, cognitive and affective components of neighboring. *American Journal of Community Psychology*, 13, 139- 169.
- Valera, S. (1993). *El simbolisme en la ciutat. Funcions de l'espai simbòlic urbà*. Tesis doctoral: Universidad de Barcelona.
- Valera, S. (1997). Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. *Revista de Psicología Social*, 12 (1), 17-30.
- Valera, S., y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, 62, 5-24.
- Wasserman, I. M. (1982). Size of place in relation to community attachment and satisfaction with community services. *Social Indicators Research*, 11, 421-436.
- Weidemann, S., y Anderson, J. R. (1984). A conceptual framework for residential satisfaction. En I. Altman, y C.H. Werner (eds.), *Home Environments*, Nueva York: Plenum Press.
- Werner, C., Altman, I., y Oxley, D. (1985). Temporal aspects of homes. En I. Altman, y C. Werner (eds.), *Home Environments*, Nueva York: Plenum Press.
- Wiesenfeld, E. (1992). Public housing evaluation in Venezuela: A case study. *Journal of Environmental Psychology*, 12, 213-223.
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*, 44 (July), 3-24 (Trad. cast. en M. Fernández Martorell (1988) Leer la ciudad. Barcelona: Icaria) .
- Zajonc, R. B. (1968). Attitudinal effects of mere exposure. *Journal of Personality and Social Psychology*, (Suplemento monográfico, 2ª parte), pp. 1-29.
- Zajonc, R. B. (1980). Feeling and thinking: Preferences need no inferences. *American Psychologist*, 35, 2, pp. 151-175.